

ZAVALA

RATOS PERDIDOS

Poesias
y
Prosas.

PQ7297

.Z39

R3

1911

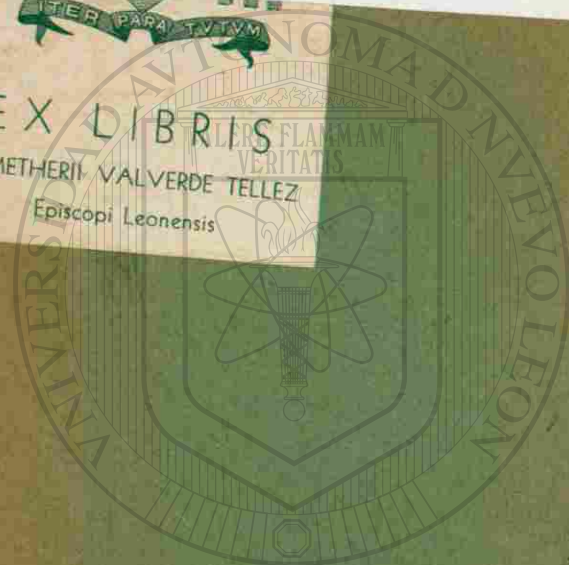
003147



1080019447



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



Ratos Perdidos

Poesías y Prosas de

FRANCISCO J. ZAVALA.



Edición ilustrada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Universitaria y Museo



Guadalajara, Méx.-1911

Tip. "El Regional" Alhóndiga 134.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

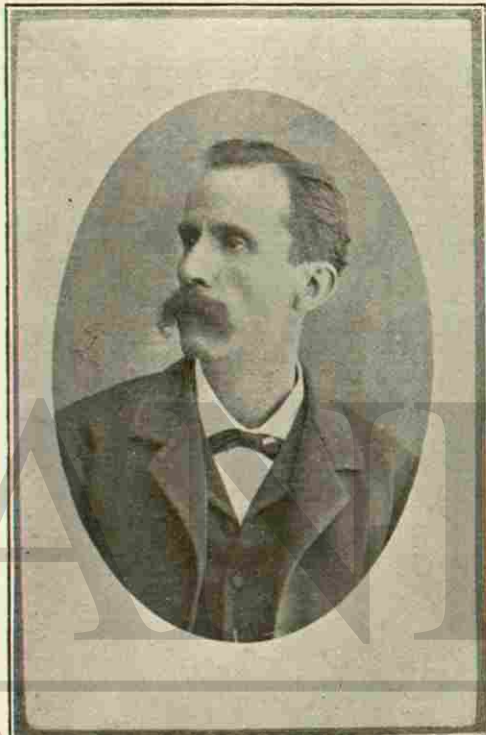
40454

PQ 7297

.Z39

R3

1911



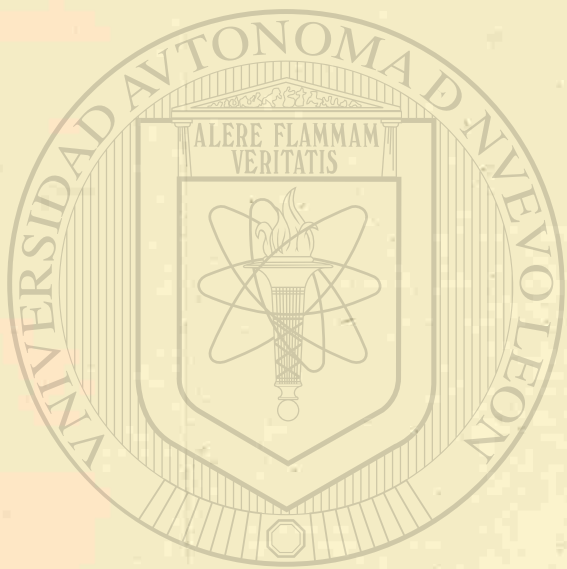
Francisco J. Zavala

[Signature]

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Advertencia.

Habiéndose agotado los pocos ejemplares que me quedaron del folletín en que dió á luz este librito "La Linterna de Diógenes" en 1903, me atrevo á hacer una segunda edición, animado por la benévola acogida que se ha servido darle la Real Academia Española.

Casi todas estas composiciones fueron escritas del año 58 al 68 del pasado siglo, en RATOS PERDIDOS y, por lo regular, horas tristes de mi vida, y he omitido muchas relativas á asuntos pasajeros ó de circunstancias especiales, que carecerían ahora absolutamente de interés y actualidad, y si he hecho ligeras correcciones y cambios á algunas de ellas, no he alterado su forma y fondo primitivos, para acomodarlas á mi modo de ser y circunstancias presentes, porque las desnaturalizaría por completo y sería necesario rehacerlas ó suprimirlas todas.

La primera edición salió plagada de errores y faltas por la pr emura del tiempo en que fué dispuesta, las más veces, sin que yo hubiese revisado las pruebas, en que me había reservado dar la última mano á aquellos horrones, que en parte había publicado allá en los primeros años de mi juventud, en hojas sueltas de periódicos de esta ciudad.

Sólo pongo de nuevo en esta edición, ó he reformado, las tres últimas composiciones de A ELLA.

EL AUTOR.



003147

REAL ACADEMIA

Española.

Enterada la Real Academia Española en junta celebrada anoche de haberle regalado V. S. un ejemplar de su colección de poesías y dramas, titulada "Ratos Perdidos," acordó á una voz darle por esta fineza muy expresivas gracias.

Lo que me complace en manifestar á V. S., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid: 4 de diciembre de 1903.

EL SECRETARIO, M. CATALINA.
(una rúbrica)



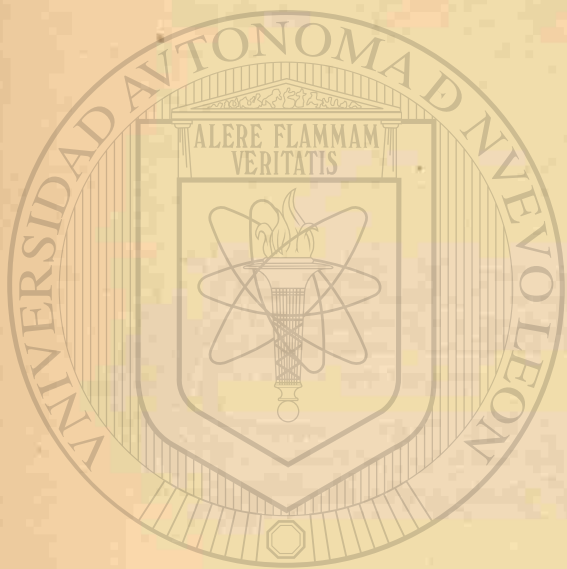
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Sr. D. Francisco J. Zavalá.

Méjico--Guadalajara--Ocampo, núm. 22.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR



Un fin de año.

I.

Bajo el trono de luz en que fulgura
La gloria de Jehová tres veces santo,
Esfúmase un anciano cuyo manto
A todas las criaturas sombra da.

El modera esa luz que abrasaría
Con su urente fulgor á los querubes,
Haciéndola llegar por entre nubes
Al Empíreo y al cosmos material.

Mide con su cetro micrométrico,
Del éter las sutiles vibraciones
Que en un instante ondulan por millones,
Y el curso parabólico del sol.

No se escapa un microbio á su dominio,
Ni el dolor, ni el placer, ni el pensamiento,
Y cuanto admite duración ó aumento
Rinde pleito-homenaje á su reloj.

Sólo al Eterno su poder no alcanza;
Pero el ángel le dobla la rodilla,
Porque si libre está de su cuehilla,
Pasa por él á la eviternidad.

Nadie pudo hasta ahora definirlo:

Kant le llamó "la forma de la idea,"
Y el divino Tomás opina, sea
Lo primero creado, nada más.

Ese anciano de siglos á millares
No pierde su vigor y lozanía,
Y jamás su clepsidra se vacía
Y ni baja siquiera de nivel.
Un grano va á caer de su arenero,
Y ese grano es el año agonizante,
Que no puede siquiera un sólo instante
El universo todo, detener.

La ampolla superior se mira llena
De un futuro caótico y disyunto
Que pasa del presente por el punto,
Más rápido que el sol por el cenit:

Como una chispa eléctrica instantánea
Que brilla y se despeña en un abismo.
Muchos años vendrán; pero este mismo
Nadie podría hacerlo revivir:

Como una ola tras otra, del océano
Sin dejar otro rastro ni memoria,
Que una frase monótona en la Historia,
Que á la postre también se ha de olvidar.

... Y sin embargo pretender borrarlo,
Reducirlo á la nada enteramente,
Ese es otro imposible: hay una Mente
En que el pasado vive y vivirá.

Pero EL TIEMPO ¿es tamaño ó movimiento
Que se mide á sí mismo en su carrera...?
¿Si la Tierra su curso detuviera,
Dejarían los siglos de correr?

— El tiempo no es substancia; pero es algo,

Condición esencial de lo que dura:
Mientras haya una sola criatura,
Habrá en sus actos *antes y después*.

Tiempo y espacio son dos abstracciones
Que sólo existen de hecho en lo finito.
Y que, aunque el hombre viva en su circuito,
Darles no puede plena explicación.

Porque ¿qué es el presente que no dura
Y se escapa y se pasa en el momento
Que quiere analizarlo, el pensamiento,
Y sin embargo, nunca pasa en Dios?

Quizá por eso nuestra vida misma
Es un rayo fugaz, estrella vaga
Que atraviesa la atmósfera y se apaga
Sin que quede ni rastro de su luz.

Vivimos de esperanzas y recuerdos
Que no tienen su sér más que en la mente,
Que sólo enlaza el hilo de un presente,
Que carece también de magnitud.

El pasado no existe sin recuerdo,
Y es lo mismo que nada si se olvida;
El futuro tampoco tiene vida,
Porque deja de ser luego que es.

El presente es el punto en que se tocan
Esos dos misteriosos enigmáticos
Que son como los puntos matemáticos,
Obscuros y muy claros á la vez.



II.

Había un mundo antropófago y abyecto
Que al ídolo adoraba de la guerra,
Y Dios compadecido de esa tierra,
A sus playas manló la Ley de Paz.
El apóstol cumplió su cometido:
Famélico y descalzo predicóla,
Resonando en la América Española
La palabra de vida y de verdad.

Pero el colono, aventurero sórdido,
La falseó con ética avaricia:
Su caridad es lúbrica sevicia
Y su nobleza, tiranía vil.

Entonces el feroz Huitzilopochtli
Recobró poco á poco su dominio,
Y el ángel infernal del exterminio,
Alióse con el genio de Caín.

La lúe de Simón llegó al Santuario
Provocando el escándalo y el cisma,
Y la Impiedad con tóxico sofisma
Confundió los abusos con la fe;
Y fingiendo atacar esos abusos,
Proclama libertades y reformas
Que de progreso en deslumbrantes formas,
Sólo encubren hipócrita avidez.

Echa abajo los templos y los claustros
Y secuestra hospitales y colegios,
Penando como infandos sacrilegios
El porte de sotana y de capuz.

Del tesoro del culto se apodera,
Proscribe ceremonias y hermandades,
Y en nombre de funestas libertades,
Condena la del voto y la virtud.....



III.

¡Adelante: pasad años futuros,
Venid á recoger lo que os destina
La insatisfecha cólera divina,
De sangre, de rapiña y de opresión!
Pasad, pronto pasad: que nuestra historia
No recorra la hipérbola porcuna
De Juliano, Marat y la Comuna,
Y luego el salvajismo más atroz:

Que se sacie la furia asoladora
Del dios á quien rendís pleito homenaje,
Y hartos de bacanal y de pillaje
Tornad á vuestros antros otra vez.

Que pase cual turbión vuestra avalancha
De traiciones, de anarquía y de lodo,
Para ver si despunta otro periodo
En que el sable no sea única ley.

¡Oh Dios de los ejércitos! aplaca
La santa indignación de tu justicia,
Y que el ángel del odio y la nequicia
Envaine su felónico puñal.

El ara ensangrentada romperemos,
Que alzó Chimalpopoca á la matanza,
Y cantares de amor y de alabanza
Se alzarán á tu nombre en su lugar.



En la vida, pasajera
Temporada hay de ilusión
En que el hombre, incauto espera
Otro tiempo, otro mejor.
Y las horas se deslizan
O se arrastran, según son;
Pero nunca realizan
Esos sueños de arrebol.

¿Dónde existe la morada
De la dicha, dónde pues,
Que jornada tras jornada,
Más se aleja cada vez?
¿Qué es el alma qué es la vida,
Y la muerte qué cosa es?
¿Es un sueño, una partida,
Es la nada ó renacer?

La humanidad es círculo vicioso,
Es cadena sin fin, si su destino

Es sólo ir dando vuelta á ese camino
De nacer y penar para morir:

Si sus miembros no pueden otra cosa,
Cediendo á sus instintos naturales,
Que seguir procreando otros iguales
Que recorran esa órbita fatal.

Pero si el mundo es máquina sublime
En que todos los seres se encadenan
Hasta llegar al hombre á que se ordenan,
¿Cómo, sólo él, un fin no ha de tener?

El sol y demás astros en sus giros
Hacen que la tierra dé sus frutos:
Con estos aliméntanse los brutos,
Y todo, el hombre lo aprovecha en sí.

¿Cómo, si el resto pues, del universo,
Con armonía unisona camina,
El hombre solamente desafina
Y no es útil ni á sí, ni á los demás?

Vemos que el poder más engreído,
Llámesse Marat ó Caracalla,
Tiene que temblar bajo su malla
Al recuerdo de Booth ó la Corday.

Y aquel que se fatiga y se desvive
Por el oro, la gloria ó la hermosura,
Si logra conseguir lo que procura,
Sólo logra una amarga decepción;

Porque ¿qué afortunado de este mundo
Después de poseer lo que quería,
No sigue deseando todavía
Y persiguiendo un nuevo MAS ALLA?

Nadie de tantos que la copa apuran
Del placer que á los lejos les deslumbre,
Ha podido llegar hasta la cumbre
Donde ya no haya anhelos ni inquietud.

Si fuera, pues, del circo en que luchamos,
No hay una dicha, una presente gloria,
Aquí es sólo un sarcásmo la victoria,
Una bufa ironía y una traición.

Quando ha pasado de la infancia el joven,
Echa de menos la su edad primera,
Y á su vez el impúber desespera
Por ser adulto y como tal, vivir:

Entra en el mundo, áurea mariposa,
Creiendo hallar floridos horizontes,
Y allá, atrás de los cerúleos montes
Piensa estrechar al ángel del placer;

Y en laberinto incógnito se intrinca
Sobre subterráneo plutonismo:
A un lado, el imposible; al otro, abismo,
Y al frente, un infinito MAS ALLA.

De la virgen que vive idolatrada
En el paterno hogar, el caro sueño
Es, en los brazos descansar de un dueño,
So cabaña de flores y bambú.

Arde, por fin, de Himeneo la antorcha,
Pasa la primavera y el estío,

Y en la estación del inclemente frío

Esa antorcha no da luz ni calor.

... Y el magistrado envidia la labranza,

Y el labrador del foro los azares,

Y el de tierra suspira por los mares,

Y el marino la playa por pisar.

Pero esta aspiración de varias formas,

Satisfacción entera nunca alcanza,

Pues vive de recuerdos ó esperanza

Y nunca en el presente halla quietud:

¿Es un instinto falso un torpe engaño
Que emponzoña al mortal desde que nace,
Y cuyo último y sólo desenlace
Es un poco de polvo, y nada más?....

BOLIVAR (1)

Es Bolívar... Héroe de los héroes
Y patriarca inmortal de la victoria,
El sol de libertad, el sol de gloria
Que en el cielo de América se alzó.
He escuchado en la noche unos sonidos
Que murmuran las selvas y los mares...
Son el eco tal vez de los cantares
Del ángel que á Bolívar custodió.

He visto por las tardes en Oriente
Dos hermosas estrellas enlazadas,
Y a' campo de sus luces argentadas
La cifra de su nombre descubrí.

He buscado su sombra misteriosa
En el valle, en el monte, en las praderas,
Sólo en un viejo bosque de palmeras
A la luz del crepúsculo la ví.

(1) Inserto aquí esta composición de Abigail Lozano, porque prendado de los vuelos y arranques que tiene, preciosísimos, pero que se deslucen con algunos descuidos, flojedades é incorrecciones, la reformé como si hubiera sido mía, cambiándole hasta octavas enteras: reformas que el inspirado vate suriano tal vez rechazaría.

He creído mirarla tras la nube
Con que á veces el sol en Occidente
Suele ocultar su moribunda frente
Cuando el ave le da su triste adiós;
Y en la voz que se escapa del desierto,
Gigante, magestuosa y solitaria,
He escuchado el rumor de una plegaria
Que sube por Bolívar hasta Dios.

Acaso la deidad del Nuevo Mundo
Que mora en sus boscajes y florestas,
Colocó en la más alta de sus crestas
La campana de sacro somatén;
Y el solemne tañer de esa campana
Oyóse resonar de monte en monte,
Y una estrella se alzó en el horizonte,
La de la Buena Nueva de Belén.

El ángel del valor vistió su cota
A ese genio mimado del destino,
Prestóle su arrebato el torbellino,
Y su aliento de trueno, el huracán;
Su consorte fiel fué la Victoria
Ornada con los lauros del guerrero
Que, al levantar su electrizante acero,
Le ceñía invisible talismán.

La libertad en su radiante carro
Tirado por el dios de la batalla
Apagó los volcanes de metralla
Que en torno vió del adalid arder...
Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria
No levanta sus nubes el olvido,
Que el laurel que á su margen ha crecido,
Cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

Porque es tu nombre faro rutilante
Que brilla como un sol en el espacio,
Iluminando el áureo palacio
Que en América alzó la libertad.

Y la pléyade de astros que circundan
Como aureola, su esplendente llama
Sus satélites son que el mundo aclama,
Porque tu luz les da su claridad.

El viento de la envidia tempestuoso,
Ronco rugió sobre tu egregia frente,
Mas no pudo su soplo maldiciente
El lauro marchitar de tu virtud.

Cuando este siglo trémulo y caduco,
Vaya á exhalar su aliento postrimero,
Dirá al que venga:—guarda este letrado,
Nombre de un héroe, en la Cruz del Sud.

Y cuando todos queden confundidos
En los yertos escombros del pasado,
Entre nubes de incienso irá llevado
Ese tu nombre, en triunfo ante el Señor.

Y El mandará grabar sus letras de oro
En las tablas de vida de las arcas,
Donde el suyo eternizan los Patriarcas,
Con esta subscripción: "LIBERTADOR."

Seco ya de la vida el ancho río,
Vuelta la Tierra al primitivo caos,
Dirá una voz de trueno ¡levantaos!
Y una palma á las nubes se alzará.

Sobre la fronda de su glauca copa
Bajará una paloma de los cielos
Que, de negra tiniebla entre los velos,
Tus hazañas gloriosas cantará.

Y Dios llamando á su ángel favorito,
Le enseñará una nueva melodía
Que te arrulle en tu sueño noche y día
Al lado de su fúlgido dosel....

Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
Las coronas de Dios son tus coronas;
Y el inmenso raudal del Amazonas,
Las aguas que fecundan tu laurel.

U A N I L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS





TEPIC.

(Letra para una habanera.)

Eres cestillo de flores
En hamaca de verdura
Mecido por aura pura,
¡Oh reina del Nayarit!

En mi tedioso
Triste retiro
Sólo me agrada
Soñar en tí:
Ya me parece
Que te respiro
Cuando en tí pienso,
Tepic! Tepic!

Los cristalinos arroyos
En que juegas y te bañas,
Las pintorescas montañas
Que te hacen cereo gentil;

Y tus praderas,
Tu verde Loma
Que se tapizan
De oliente anís;
Y tu aire rico
Con tanto aroma,
Te hacen un cielo,
Tepic! Tepic!

De la margen de tu río
Y de sus frescos jazmines,
De tus huertas y jardines
Guardo mil recuerdos....mil!

Y de tus noches
De serenatas
En que la luna
Se ve lucir,
De tus canciones
Y tus sonatas
Nunca me olvido,
Tepic! Tepic!

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Salmos XXXII.

Ya que los buenos la alegría sienten
Y del divino amor lo dulce saben,
Que á Dios imploren y su nombre mienten
Y su bondad y su grandeza alaben.

¡Confesad al Señor llenos de gozo,
Y al cielo vuestra voz sea llevada
En cantares de místico alborozo
Y en arpegios de música sagrada!

Cantad á Dios cuya palabra recta
Es de las almas el sabroso pan,
Y cuyas obras de verdad perfecta
Siempre fieles á su ley serán

Cantad á Dios que á los humildes ama
Y los campos más fértiles endona;
A aquel que de la nada al cielo llama
Y con miles de soles lo tachona;

Al que encerró las negras tempestades
Que vagaban sin rumbo en el espacio,
En la mar, y con mil preciosidades
Hizo un museo de ese hidrofiliacio.

Que ante su nombre se prosterne el mundo,

Cada ser adorándole á su modo,
Porque al imperio de su *fiat* fecundo
Emergió de la nada el mundo todo.

De El dependen los reyes y naciones
Que hundan ó yerguen la soberbia frente;
Sólo, al través de mil generaciones,
La voluntad de Dios es permanente.

Perecerán aquellos que en su insulto
A otro dios ó á otra ley den preferencia;
Sólo los pueblos que le rinden culto,
Le tendrán de su parte y por herencia.

Tendió Jehová la vista desde el cielo
Y de Adán en la prole la fijó;
Miró de su pensar, audaz el vuelo,
Y todos sus designios penetró:

Fué para El, como arista la pujanza,
El oro y los ejércitos, mentira,
Y ni huyendo cual rayo hay esperanza
De libertarse del poder de su ira.

Peró al que Dios su corazón entrega
Fiándole las llaves de su suerte,
Le hará esforzado en la mundana brega
Y vida le dará en la misma muerte.

En Ti esperé, Señor, cansado y triste,
Y á Ti la voz alcé en mi desconsuelo;
Y Tú mis esperanzas complaciste
Tendiéndome la mano desde el cielo,

¡Gracias, Señor! y borra en tu clemencia,
De mi vida anterior las huellas malas,
Cubriéndome tu santa Providencia
Con el amor de sus divinas alas.



OTHELO.

(TRADUCCION LIBRE DE SHAKESPEARE.)

MUERTE DE DESDEMONA.

*Una alcoba.—Desdemona dormida en su lecho.—
Entra Othelo con una bujía y una espada en
la mano.*

OTHELO.

Por eso, sí, por eso; porque mi alma....
Mas ¡habré de deciroslo: ¡oh estrellas!
A vosotras tan limpias y tan puras?

... ¡Y he de verter la sangre de sus venas?
Y su nevada piel tan transparente
Cómo alabastro y, como rosa, tierna,
¡Habré de desgarrar? ¡Oh, nunca, nunca!

(Deja caer la espada)

... ¡Pero debe morir! ¡Que otros no sean
Víctima como yo de tanto hechizo.

(Pausa)
Si yo sopló esta luz, la llama vuela;
Mas si después que sople me arrepiento,
Otra vez á encender puedo volverla;

Y si te apago á tí, luz de mi vida.
Para mí como el sol y muy más bella,
¿Dónde el fuego encontrar de Prometéo
Que de nuevo tus ojos encendiera?

(Deja la luz en el suelo)

Cuando tus flores marchitado hubiere
¿Cómo, otra vez, tan vivas y tan frescas
Volverlas á poner? Sobre su tallo
Es preciso aspirar la dulce esencia.

(La besa)

A la misma Justicia avergonzada
Tentaría tu aliento de pureza,
A destrozár su espada, y de rodillas
Adorarte, creyendo en tu inocencia,
¡Otra vez más aún! *(La besa)* Matarte puedo,
Pero ¡oh fatalidad! ni cuando muerta,
Ni nunca he de poder... sino adorarte.
¡Otra vez nada más—la última sea!

(La besa)

¡Que jamás en el mundo habrá ni ha habido
Una fatalidad más dura que ésta!....
Debo llorar y lágrimas muy crueles
Que en mi alma triste como plomo pesan.
¡Tenerla que matar... siendo mi vida!

DESESPERACION DE OTHELO.

OTHELO.

Mirad tengo una espada: otra más buena
No ha colgado del cinto de un guerrero;
El día recuerdo que me abrí con ella

Paso por entre cientos de enemigos.
 Pero ¡vana fortuna! quién pudiera
 Adivinar tus cambios—No así ahora;
 No me temais, aunque la lleve puesta.
 Llegué al fin de mi viaje; aquí mi nave
 Al imán de la brújula tropieza.
 ¿Os vais atrás?—Es precaución inútil,
 Pues ya no tengo ni valor ni fuerza:
 Tended un junco al corazón de Othelo
 Y le vereis que para atrás se pliega
 Cual si la vida prefiriera á todo....
 ¿Dónde irá Othelo ahora... ¿qué le queda...?
 —¡Tú mirada es de mártir! Si en el cielo,
 Donde espero encontrarte, una como ésta
 Se leyera en tus ojos ¡Desdemona!
 Al infierno huiría para no verla....
 Fria como la estatua del recato
 Estás, amada mía. ¡Maldito sea
 El instante fatal en que di crédito
 De Yago vil á la envidiosa lengua!
 Por compasión, ¡oh Furias infernales!
 Arrancadme de aquí; donde no vea
 Esta escena que mi alma despedaza:
 Llenadme de suplicios y de penas,
 Sumergidme en acero derretido,
 En pestilente azufre é hirviente brea;
 Pero lejos, muy lejos—¡Desdemona!
 ¡Oh, para siempre, para siempre muerta!

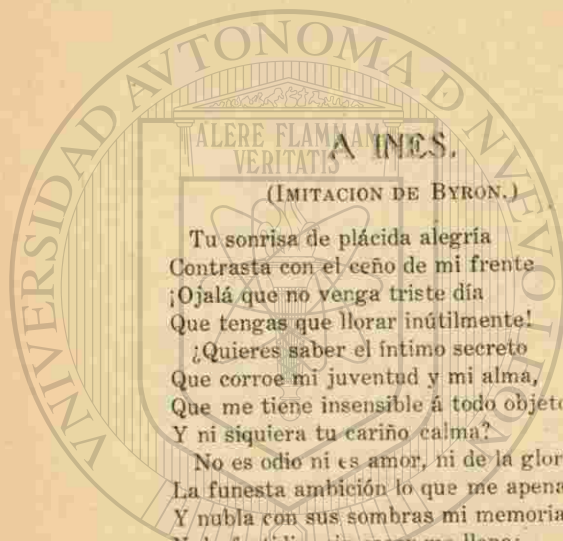
SUS ULTIMAS PALABRAS.

OTHELO.

Una palabra oidme solamente:
 Al estado serví sin recompensa,

Vosotros lo sabeis;—pero no es eso.
 Si alguna vez al historiar proezas,
 Hablais de mí, pintadme como he sido:
 Decid que fué frénético y sin meta
 Othelo en el amar; mas, que amó tanto,
 Que sin ser muy ligero á las sospechas,
 Dominar se dejó por un esclavo;
 Y como cierto avaro de Judea,
 Que por ponerla á salvo de un pirata,
 Botó á la mar su más valiosa perla:
 Hablad de un desgraciado cuyos ojos,
 Empedernidos antes en la guerra,
 Más lágrimas vertieron que la Arabia
 Ha goteado bálsamos y esencias;
 Y después de eso y más, agregareis
 Que un rico comerciante de Venecia
 Fué una vez en Alepo maltratado
 Por un turco sin ley y sin conciencia
 Que desolaba la comarca toda,
 Y que al fin, de ese turco hice yo presa,
 Y asiendolo del cuello, con mi espada
 Su pecho atravesé de esta manera....

(Se mata)



(IMITACION DE BYRON.)

Tu sonrisa de plácida alegría
Contrasta con el ceño de mi frente
¡Ojalá que no venga triste día
Que tengas que llorar inútilmente!
¿Quieres saber el íntimo secreto
Que corroe mi juventud y mi alma,
Que me tiene insensible á todo objeto
Y ni siquiera tu cariño calma?

No es odio ni es amor, ni de la gloria
La funesta ambición lo que me apena
Y nubla con sus sombras mi memoria
Y de fastidio, sin cesar me llena:

Es el cansancio que me causa cuanto
Enantes excitara mi deseo;

Para mí la beldad no tiene encanto,

Y en tus ojos un rayo apenas veo.

Es la fatal, inexorable suerte
Del Judío de la fábula, errabundo,
Condenado á no hallar nunca la muerte
Y á vagar sin descanso por el mundo.

¿Cómo huir de sí mismo el desterado
Y apagar su memoria en un momento,
Si á dondequiera le persigue airado
Su demonio incansable:—el Pensamiento?

Otros, parece, viven felizmente
Agotando el placer que á mi me hostiga;
¡Quiera Dios les perdure el aliciente
Que del mal que yo siento les abriga!

Yo vivo de pasada y como en viaje,
De verdugos recuerdos escoltado
Y trayendo la gloria en mi equipaje,
De haber lo peor siempre apurado.

—¿Y cual es lo peor?—Oh! no lo inquiera
Tu curioso interés. Es el abismo
En donde Satanás se desespera,
Y humano el corazón lleva en sí mismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS





La Mujer.

Esposa, madre ó virgen de los claustros,
Hija sumisa ó cariñosa hermana,
Siempre será de la ternura humana,
La expresión más perfecta, *la mujer*.

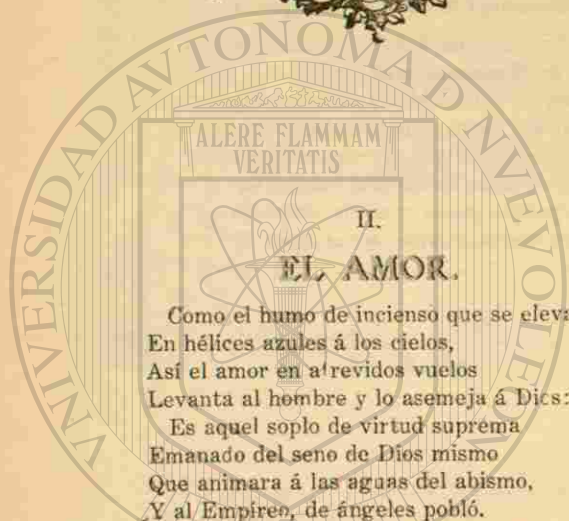
El hombre es el rigor inexorable,
La vindicta, el talión y la sevicia;
Y la mujer cual celestial caricia,
Comasión y dulzura siempre fué:

Siempre enjugando lágrimas ajenas,
Templando de la vida los rigores,
La suya gasta en esmaltar de flores
La senda triste que á la muerte va.
Condenado el varón desde el pecado,
A adquirir el sustento con fatiga,

La mujer la comparte y la mitiga
Y la premia de sobra en el hogar;

Mientras que sufre con valor heróico
El anatema que tocó, sola,
En aras del amor ella se inmola
Hasta exponerse á desastroso fin.

Ella es la gloria, la virtud, la patria;
Y si es dulce morir por esos seres,
Es porque gloria y patria sin mujeres
No es posible siquiera concebir.



Como el humo de incienso que se eleva
En hélices azules á los cielos,
Así el amor en aerevidos vuelos
Levanta al hombre y lo asemeja á Dios:
Es aquel soplo de virtud suprema
Emanado del seno de Dios mismo
Que animara á las aguas del abismo,
Y al Empireo, de ángeles pobló.

El amor es la fuente de la vida,
El que formó con su poder al mundo,
Porque Dios es amor, amor fecundo
Que de la nada hace brotar la luz;

Y el que animara con su aliento al hombre,
El Autor de lo bueno y de lo bello,
En su es; iritu puso ese destello
Para marcar su noble celsitud.

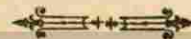
Perfume que los ángeles respiran
Como elemento de su dicha inmensa
Y de que Dios por su bondad condensa
Un grano en nuestro pobre corazón.
Por eso en el torrente de la vida,

Por instinto obedece á ese resorte:
Bien puede del amor errar el norte,
Pero no independerse del amor:

Es ley ineludible de las almas,
Como el astro sigue una en su camino,
Como el bruto siente otra en su destino,
Porque todos la suya han de tener.

Por eso no formóse al mismo tiempo
Al hombre y la mujer su compañera,
Para que aquel, en tanto, comprendiera
Que solo y sin amor, no estaba bien.

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS





III.
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
EL PARAISO.

¿Que podía faltar al rey del mundo
En medio del Edén de las delicias,
Para que echase menos las caricias
Que no pudo siquiera imaginar?

¿Acaso no tenía en esos sitios
Aves y fuentes, árboles y frutas,
Altas montañas y sombrías grutas
Con cascadas de líquido cristal?

¿Faltaban por ventura auroras bellas,
O siestas con zureos de palomas,
Tardes llenas de efluvios y de aromas
Y noches de argentina esplendidez?

Faltaban, á la brisa su frescura,
Luz á los astros, á las aves cantos?.....
Si faltaban!—Faltaban los encantos
De esa flor de las flores, *La mujer*;

De esa flor tan preciosa para el hombre
Que, al trepar lo escarpado de la vida,
Con la mano sangrienta y aterida
La llega entre las peñas á alcanzar;

De esa flor que si torpe la profana
Como objeto de impuro sensualismo,

Descenderá al odioso salvajismo
De las tribus del Africa central.

Faltaba la mujer, faltaba *ella*,
De todo el Paraíso la alegría,
Faltaba el hechizo y la poesía
De su dulce mirar y sonreír.

Y aunque rey soberano en su planeta
Fuese Adán, sin rival y sin contrario,
Era un rey errabundo y solitario,
Y de todos, el sér más infeliz.

Y aquel Edén cuajado de prodigios,
No pasaba de un páramo desierto
Donde todo callado, todo muerto,
Era tan sólo triste soledad.

El dormido murmurio de la fuente,
La fresca sombra de la enhiesta palma,
De la floresta la anodina calma
Sólo sueño podían provocar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS





Jehová entonces, tierno padre, mide
Su liberalidad por su cariño:
Quiere que al despertar el hombre-niño
Le sorprenda un obsequio digno de él.
Y sonrióse de amor al contemplarle
Como á su imagen, de perfecta hechura:
Y ese sonreír fué una criatura
Que Adán al despertar llamó *mujer*.

¡Eva, (1) madre, mujer, sueño sublime,
Centro de admiración del Eliseo,

(1) Eva antes del pecado fué llamada *Isha* que el intérprete latino traduce *virago*, es decir *varona* ú *hembra* (*hembra*). De *virago* se formó la palabra *virgo*, en español, *virgen*. La primera mujer, después del pecado fué llamada *Hava* que significa *madre*.

Tú eres la *Hermosura del Deseo*.
La Venus que al Amor hizo vivir! (1)
Sólo quiero acordarme que eres bella
Como de Dios magnífico presente,
No la que engendra ese áspid comburente
De que hizo un dios la antigüedad gentil.

Fuiste un sueño de Adán, pero tan puro
Como el beso de un niño, como el cielo,
Por eso del ruidor el cauto velo
No había menester tu candidez.
Pero Satán, *el odiador terrible*, (2)
Por envidia sedujo tu inocencia,
Haciéndote creer que con la CIENCIA,
Igual á Dios, el hombre llega á ser.

Y empañado con su hálito corrupto
El diáfano cristal de tu alma pura,
El paganismo, sólo tu hermosura
Material, en un mármol conservó.
Caístes!—y dos mundos recibieron
La tradición genésica en su historia:
El mundo de Luzbel guardó tu escoria
Para rendirle idólatra ovación;

Y los hijos de Dios te dieron vida
En la mujer del divino Esposo,
Que era la *Madre del Amor Hermoso*.

(1) El tipo plástico de la mujer es Venus, de donde sale *venustas*, que significa la hermosura de la forma. *Deseo* se dice en latín *cupido*, que fué el hijo de Venus y que es llamado *Amor*.

(2) Satán en hebreo quiere decir *el que odia*, de la raíz *sa-tán* odiar.

Y la santa esperanza de otro fin. [1]
 ¡Jova pater ó Júpiter excelso!
 Tú que nos diste en la mujer arrimo,
 No formada de espuma ni de limo, [2]
 Sino del propio corazón viril.

Perdona á nuestra raza degradada
 Si dirigió su instinto de ventura
 A sañarlo en la estética hermosura,
 Por sí sola, sin vida y sin virtud;
 Ya que caída la Eva primitiva
 De belleza y bondad casto modelo,
 Más pura que los ángeles del cielo
 Fué otra mujer, más limpia que la luz.

[1] *Mater pulchrae dilectionis ac sanctae spei.* (Ecl. XX, IV, 24).
 Nótese que el amor concebido por esta otra madre es *dilectio*,
 que significa amor racional ó por elección, á diferencia de *cu-*
pido, que es *codicia*, amor material y sensual; y que la hermo-
 sura que aquí se menciona es *pulchritudo*, de *pulcher*, *plus-*
charus, más querido, y no de *venustus*.

[2] Se dice que Venus fué formada de la espuma del mar,
 por lo cual se le llama *Aphrodita*.



V.

MARIA.

Miriam la *Teotokos*, microcosmo,
 O trasunto del mundo en miniatura,
 Superior á cualquiera criatura
 Del orden material ó espiritual.
 ¿Qué gloria puede haber, qué maravilla
 Que no brille en el halo de su nombre?
 Ella salvó con su entereza al hombre,
 Con su pura y divina caridad.

El ideal sublime femenino,
 Ella restableció con su modestia
 Pisando la cabeza de la bestia
 Que habíalo convertido en deshonor.
 Ella es la armonía del universo
 En que Elohim el Alto se recrea,
 Y que si cupo en la divina idea,
 No la abarca la humana concepción.

Ella es la *Mujer* por excelencia,
 La virgen y la madre al tiempo mismo:

Dos formas acabadas de heroísmo,
 Dos tipos superiores de mujer.

Ella, por el amor de Dios al hombre,
 Del plan de la creación es fiel compendio,
 Y al mismo tiempo es el más puro incendio
 De amor á El, y celo por el bien.

Su epopeya de mártir sin segundo,
 La cantaron desde antes los Profetas;
 Un arcángel y un rey son sus poetas
 Y la Aguila de Patmos, campeón.

El Egipto y la Hélada tan fértiles
 En héroes y en hazañas grandiosas,
 No imaginaron una, entre sus diosas
 De tal abnegación y tal valor;

De esa noble humildad de la que sabe
 Que está sobre los ángeles del cielo,
 Que al corazón domina y mata el celo
 Que pudiera excitar su excelsitud.

Y como todo su poder lo emplea
 En proteger al infeliz y al niño,
 El mundo se proclama con cariño,
 Súbdito de la santa hija de Ruth.

Verosímiles son esas mujeres
 Que con lloros, intrigas y pasiones
 Han jugado con reyes y naciones
 Como piezas de juego de ajedrez;

Se pueden comprender las Cleopatras
 Y á Safo y á Lucrecia con su idea:
 Es posible la heroica Macabea
 Y la valiente timidez de Esther;

Pero nunca en la historia ó en ficciones
 Una virgen obscura hizo fortuna,

Pero jamás á su hijo, madre alguna
 Por el ajeno bien sacrificó.

Eva es el tipo del amor liviano,
 De ese amor que, frenético, arrebató
 Y que nada respeta: quema y mata,
 Guiádo por torpísima ilusión.

María es el tipo del amor divino
 Que heroísmo sobrehumano inspira
 Del que sereno, sin orgullo ni ira,
 Por cumplir su deber sufre hasta el fin.

Eva por el logro de un capricho,
 De insana rebelión alza la enseña
 Y en abismo de males, no desdeña
 A la humana familia sumergir.

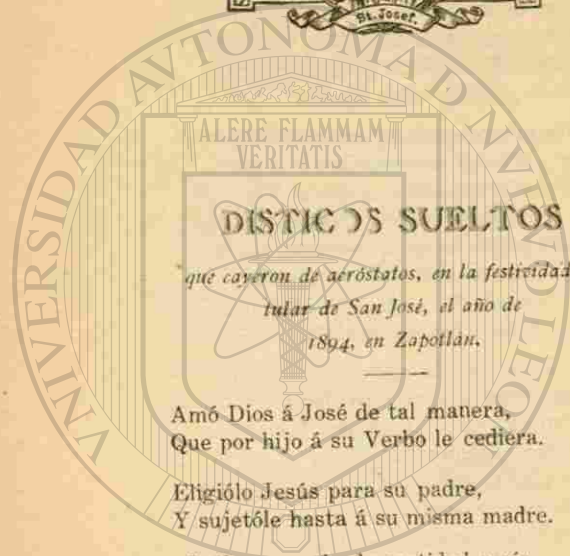
Y María, la reina de los mártires,
 Asiste entre enemiga muchedumbre,
 Sin lujo de valor ni pesadumbre,
 Al infame suplicio de Jesús.

De pié, (1) sin arrebatos ni desmayos,
 Sin lanzar un reproche ni una queja,
 El sacrificio consumir le deja
 Entre oprobios y burlas, en la cruz....

¡Eso no hacen las madres de los hombres!
 Si no hubiera más prueba, ésta sería
 Suficiente por sí, de que María
 Es la madre del Verbo Redentor.

.... Por eso me descubro ante tu estatua,
 Y al pronunciar tu nombre de aureola
 Se dobla mi rodilla por sí sola
 Adorando en su trono al mismo Dios.

(1) *Stabat mater*.—*Stare*, significa estar de pié.



Amó Dios á José de tal manera,
Que por hijo á su Verbo le cediera.

Eligiólo Jesús para su padre,
Y sujetóle hasta á su misma madre.

¡Cuál su acendrada castidad sería,
Que el Cielo le confió la de María!

Creyó de Dios, el fruto de su esposa:
¡Ni la fe de Abraham fué tan pasmosa!
Sin la fe del esposo de María,
Toda la Religión vacilaría.

Fué el Gran Sacerdote, fué el Patriarca
Que de la Nueva Alianza guardó el Arca.

Fué por su misma castidad fecundo:
Padre llámóle el Hacedor del mundo.

El recibió la vara misteriosa
De raíz de Jessé, que fué su esposa.

La vara de Jessé que vió Isaías (1)
Brotó en su mano el lirio del Mesías.

¿Qué se pide á José que no conceda?
¿Qué se puede pedirle, que él no pueda?

Se conmueve ternísimo á los ruegos
De los pobres obreros y labriegos.

Jesús le amó y obedeció en su vida:
¿Podrá negarle ahora lo que pida?

De jefes de familia fué modelo
El que tuvo á su cargo al Rey del cielo.

No quiso Dios por padre á un soberano,
Prefiriendo mejor á un artesano.

¡Gloria al modesto oscuro carpintero
Cuyo nimbo ilumina al mundo entero!

Ennoblecíó el trabajo y lo bendijo
Sosteniendo con él, de Dios al Hijo.

(1) Hé aquí las palabras del Profeta: *Et egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet.* "Saldrá una vara de la raíz de Jessé y una flor se levantará de esa raíz." Por eso se representó á San José con un tallo de azucena en la mano, y este tallo con una flor en su vértice. La leyenda, de que materialmente floreció en su mano una vara seca, es una confusión de esta alegoría misteriosa y, de otra manera, sublime. La vara que floreció en su mano sin el concurso fecundante ordinario del terreno, es María, y la flor (flos en singular) es Jesucristo.

Si el seno de María fué relicario,
El guardián fuiste tú, de ese santuario.

Este pueblo te aclama por patrono
Y su abogado, ante el excelso trono.

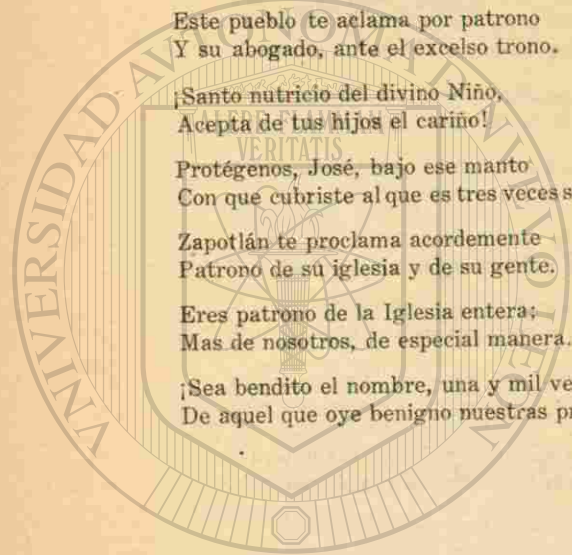
¡Santo nutricio del divino Niño,
Acepta de tus hijos el cariño!

Protégenos, José, bajo ese manto
Con que cubriste al que es tres veces santo.

Zapotlán te proclama acordemente
Patrono de su iglesia y de su gente.

Eres patrono de la Iglesia entera;
Mas de nosotros, de especial manera.

¡Sea bendito el nombre, una y mil veces
De aquel que oye benigno nuestras preces!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Si el seno de María fué relicario,
El guardián fuiste tú, de ese santuario.

Este pueblo te aclama por patrono
Y su abogado, ante el excelso trono.

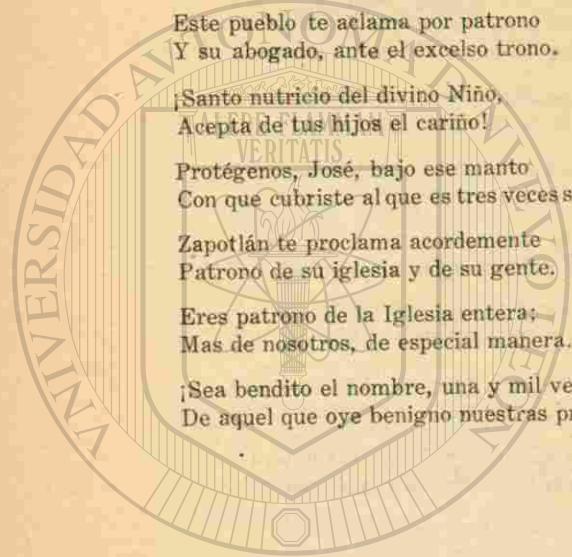
¡Santo nutricio del divino Niño,
Acepta de tus hijos el cariño!

Protégenos, José, bajo ese manto
Con que cubriste al que es tres veces santo.

Zapotlán te proclama acordemente
Patrono de su iglesia y de su gente.

Eres patrono de la Iglesia entera;
Mas de nosotros, de especial manera.

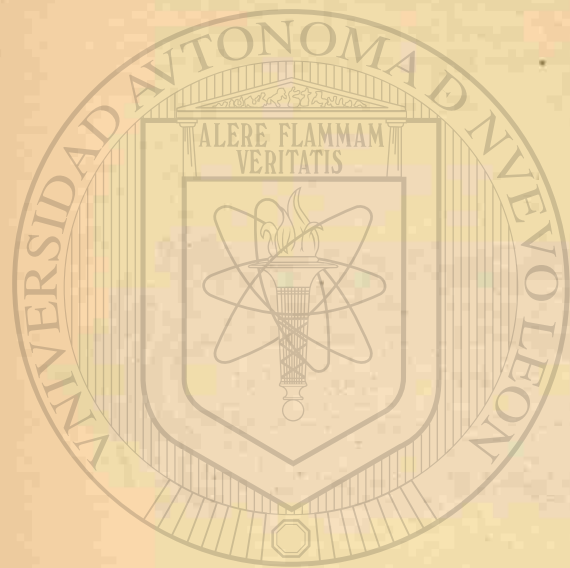
¡Sea bendito el nombre, una y mil veces
De aquel que oye benigno nuestras preces!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ECCE MUNDUS.

I.

DON TEODOSIO.

*Make money, honestly if you can;
but make money.*

PROVERBIO YANKEE.

He aquí mi hombre: es un vejete
Limpio, afeitado y cumplido,
Correctamente vestido,
Y exacto como un reloj.
Porta sombrero de seda,
Bastón con el puño de oro,
Y tiene acento y decoro
De marcada distinción.

Cuanto trae es exquisito
O de mérito secreto,
Por ejemplo, algún objeto
De Carlomagno ó del Cid;
Y aunque sean sus botones

Tan falsos como su frase,
 Todo el mundo les da pase
 Como de fino zafir.

En su traje algo anticuado,
 Aunque siempre muy severo,
 Se advierte pulido esmero
 Sin notable afectación.
 Igualmente irreprochables,
 Por no decir superiores,
 Son las prendas interiores
 De nuestro hechizo milord;

Sin que por esto se entienda
 Que fuera el hombre modelo
 De los ángeles del cielo
 Por su acendrada virtud;
 Pues que las prendas del alma,
 Aunque tengan igual título,
 No caben en el capítulo
 Del guardarropa ó baúl.

Don Teodosio no charla,
 Porque es hombre de negocios,
 Y emplea, á lo más, sus ocios
 En repasar su *bilán*.
 Ni chancea ni se ríe,
 Pero su vista aquilina,
 Aun al soslayo adivina
 El valor de cada cual.

Y aunque cándida parezca
 La sonrisa de su labio,

Tiene siempre algún resabio
 De sarcasmo y de doblez:
 Un dejo de suficiencia
 Y alta opinión de sí mismo,
 De disfrazado egoísmo
 Y de encubierto desdén.

También á primera vista
 De su porte y elegancia,
 Parece de la más rancia
 Y atildada calidad;
 Pero en su fondo se notan
 Ciertos rasgos muy distintos
 De sus plebeyos instintos
 Y de su estofa vulgar:

Residuos de otros ambientes
 Que por más que se corrigen,
 Denuncian siempre el origen
 De la primera raíz:
 El periodo en que la oruga,
 Tan rastrera como inválida,
 Va pasando de crisálida
 A mariposa gentil.

No sé muy exactamente
 La escalera y el momento
 Qué, el héroe de mi cuento,
 Para ascender escogió;
 Si albaceazgo ó tutela
 A su celo confiada,
 O si quiebra simulada
 Fué su primer escalón.

Dicen algunos que estuvo

De mancebo en una tienda
 O que empleado en Hacienda
 Se *ahorró* un buen capital;
 Otros que de mafutero
 En pequeña y grande escala
 Dió más guerra á la alcabala.
 Qué Federico Bastiat.

Mas respecto de su origen,
 Se pierde como el del Nilo,
 Porque se enmaraña el hilo
 De la informe tradición,
 Si bien las variantes todas
 Sobre su patria y su nombre
 Convienen en que nuestro hombre,
 Los subió á tono mayor.

Y además, algunos rasgos
 De su primer biografía
 Se conservan todavía
 Con toda su limpidez.
 Se cuenta de un personaje,
 De esos de bancario influjo
 Que viven con mucho lujo
 Sin aclararse de qué;

De esos que saben el feble
 De todos y de cada uno,
 Para en el caso oportuno
 Tocarle el muelle real,
 Cuando estos grandes psicólogos
 De las pasiones y vicios
 Prestan algunos servicios,
 No es por liberalidad.

Obran por mano segunda
 De algún agente discreto
 Que da su golpe en secreto,
 Pero con diestra segur.
 Así es, que esa mala raza
 Compone una gran familia
 Que se busca y que se auxilia
 Cada cual en su aptitud.

Uno de esos caballeros
 Que de todo saben algo,
 Buscaba un segundo hidalgo
 Para hacerlo su factor.
 Uno de esos de que dicen
 Que son como los halcones,
 Porque cazan dos raciones:
 Para ellos y su patrón.

Aceptóse á Teodosio
 Como primer dependiente,
 Mas su mérito creciente
 Le dió la firma, además.
 Coincide en esos días
 La época vertiginosa
 De la guerra religiosa
 Y Reforma liberal.

Su principal fué Ministro
 Y él quedóse como socio
 Manejando un gran negocio
 De objetos del exterior.
 Recibía comisiones
 De toda clase de trastos,
 A que cargaba los gastos
 De legal internación,

Siendo que él introducía
De balde esas comisiones,
Con armas y municiones
Que se hacía pagar bien
Por los otros del partido,
Y asidaba en el Congreso
Quien defendiera el exceso
De derechos de arancel.

Mas en punto de intereses,
Eran de bando contrario:
Don Primo, reaccionario,
Y Teodosio, liberal.
Logró, por lo mismo, el uno,
Que era devoto del clero,
Quedarse con el dinero
Que un cura pudo escapar.

De ese encargo fiduciario,
No hay las pruebas necesarias,
De modo que el Doctor Arias [1]
Nunca pudo dar con él.
Mientras tanto, no sólo esto
Ocupaba á Teodosio;

A todo esquilmo y negocio
Le abría *Debe y Haber*:

Denuncios por mano ajena,
Colusiones de empleados
Y créditos simulados

[1] Era Provisor y Juez de capellanías de este Arzobispado que tenía rara penetración y habilidad para husmear y desenterrar capitales de la Mano Muerta, hasta el último tomin.

En quiebras de alto valor.
Contaré aquí un episodio
De aquellos en que no se halla
Quién sea mayor canalla,
Si el robado ó el ladrón,

Queda *por ahí* una mina
—No importa decir en donde—
Que en sus entrañas esconde
Mucho precioso metal.
Los dueños y deperdientes.
Todo el mundo prosperaba,
Porque ella daba y más daba,
Sin que llegara á *borrar*.

Mas á la bonanza rica
Sucedió *borra* completa:
Un día falló la veta
Sin saberse la razón
Se emprendieron galerías,
Grandes desagües y tajos,
Nuevos tiros y trabajos
De fabuloso valor.

Pero nada! Estaba en quiebra
La mina y la compañía,
A grado que no podía
Las labores proseguir.
El director, por su nombre
Juraba estar agotada,
De suerte que, abandonada
Se llegó á dejar al fin.

Pasó el tiempo que la ley
De no trabajar concede

Y en que una mina se puede
 Por *desierta* denunciar,
 Entonces Don Teodosio
 Con otro de su calibre,
 La obtuvieron como libre
 Y *desamparada* ya.

Se hizo ruido y vocerío
 De que un perito extranjero
 Buscaría el criadero,
 Porque el ademe, el talud...
 Y otros muchos tecnicismos,
 Tratando de que el asunto
 Se embrollara, y de que el punto
 Se viera baja otra luz.

Epílogo—Al poco tiempo,
 Después de mucho trabajo,
 Se dió por el sezgo, un tajo,
 Que otra veta descubrió,
 Pero dicen malas lenguas,
 Así, de oído en oído,
 Que fué valor entendido
 Lo de perderse el filón:

Y el director que extraviara,
 Aunque le dieron un premio,
 Para apartarlo del gremio,
 Lo mandaron á París,
 Embobándolo estos pollos
 Con tal astucia y tal labia,
 Que se quedó como en Babia,
 Rascándose la nariz.

Pero volvamos á mi hombre:
 Siempre con la misma vida:

Baño, despacho, comida,
 Y una que otra caridad,
 Etcétera, haciendo todo
 Con gesto tan halagüeño,
 Que parece el desempeño
 De inclinación natural.

«Es un ángel de mi guarda
 Que me inspira y aconseja;»
 (Exclama una pobre vieja)
 «Estudió el expedientón
 «De una herencia intrincadísima
 «Que no valía un adarme;
 «Pero, por no avergonzarme
 «Con limosnas que me dió,

«Hizo que me la compraba
 «Por medio de la *Señora*,
 «Y con mano bienhechora
 «Me sostiene en mi vejez »
 Siendo que el ángel citado,
 Adquiere al tanto por ciento,
 Deudas que cobra al momento
 Y con compuesto interés.

Hace suyo el intestado
 Con el propósito noble
 De quedarse con el doble
 De lo que á los deudos da,
 Lo mismo pasa en las quiebras,
 Que si el nudo no desata
 Y los créditos remata,
 No se llegan á arreglar.

E infeliz del que replique

O en el arreglo le ladre,
Que además de que es compadre
De algún alto juzgador,
Tiene siempre á su servicio
Leguleyos y notarios
Con que hacer á sus contrarios
Perder con un juicio, dos.

Y si se mudan gobiernos
O cambian instituciones,
Tiene siempre relaciones
Con el nuevo timonel;
Por eso con él se trata
Para que aparte el castigo
Del pariente ó del amigo
Acabado de caer.

Si el joven recién sacado
De las aulas del Liceo
Necesita algún empleo
Para empezar á vivir,
El tío lo cuenta á Santos
Para decirlo á Tomasa,
Que tiene entrada en la casa
Por cierto zaquizamí;

Y al mes va á Don Teodosio
La voz del peticionario
Por el quinto intermediario
De aquella solicitud;
Y al otro mes de su fecha,
Por los mismos eslabones,
Recibe las objeciones
El que ha de hacer su *debut*:

Las objeciones que aclaran
Al modesto pretendiente,
A su tío ú otro pariente,
Algo que se exige de él,
Por supuesto que, expresado
Sin soltar ninguna prenda;
Mas de modo que se entienda
Lo que se quiere obtener.

A casa, al sancta sanctorum
Donde anidan los polluelos,
"No entran oscuros mozueros,
Estudiantes, — no, Señor;
Granujas de poca ficha,
Aunque decentes de facha
Y de costumbres sin tacha,
Buenos maridos no son."

Cuando alguno le sorprende,
De esos que infunden sospechas
De saber hacer endechas,
Pero no maravedís,
En el zaguán de la casa
Liquida todo el asunto
Sin moverse de aquel punto
Ni convidarlo á subir.

Quizá por eso las niñas,
Si bien un poquito hurañas
Y con maneras extrañas
De impertinente altivez,
Son como lirios del valle
Qué, sobre áspero rizoma,
Derraman un cierto aroma
De voluptuoso interés.

Y con sus finos tocados,
 Cual ricos escaparates,
 Son piedra en que nuestros vates
 Han solido tropezar,
 Creyendo que se acomodan
 Mejor al arte poética,
 Que á las reglas de aritmética
 Que les enseña papá.

Los que les hacen la corte
 Son millonarios asmáticos
 Cuasimodos ó venáticos
 Hijos de algún gran Señor;
 O bien gente *filargira*
 Y avezada á la bajeza
 De rendir á la riqueza
 La más fina adulación.

Es decir, que son variantes
 De nuestro tipo primero,
 Sectarios del dios Dinero
 De un modo incondicional;
 Porque una de las industrias
 Que practican estos bichos,
 Es prestarse á los caprichos
 Del que quieren explotar.

Aceptan la que les dejan,
 Con verrugas ó bigote,
 Porque si aporta su dote
 Lo mismo es Lía ó Raquel.
 Pero llevan la alta y baja
 Con el cálculo más justo,
 Del capital del vetusto
 A cada nuevo vaivén....

Mas haríame interminable
 Si quisiera en un bosquejo
 Pintaros la col del viejo
 Y sus hojas de al redor,
 Y seguir á cada paso
 Y en cada nuevo pimpollo,
 Sus medros y desarrollo
 Hasta plena floración.

Concluyo pues, este cuadro,
 Haciendo notar que mi hombre
 No tiene en el mundo nombre,
 Porque es un tipo ideal;
 Muy conocido, por cierto,
 Aunque variando librea,
 Pues se metamorfosea
 Según el tiempo y lugar.

Puede bien, ser muy afable,
 Ignorante ó instruido,
 Rezador ó descreído,
 Reservado ó parlanchín:
 Nada importan las variantes,
 Con tal que el fondo no alteren:
 Sean los medios que fueren,
 El lucro es su único fin.



Mas, callandico entremos en el templo
De uno de estos héroes del haber,
A la hora de que toma, por ejemplo,
Con un amigo de confianza, el té,

Estamos en la sala. No hace al caso
El soberbio moblaje describir,
Y desde luego á presentarnos paso
A uno de sus próximos *beau-fils*.

Es su expresión... ¿cómo diré Dios mío,
Si es que la suya puédese expresar?
Mejor será dejar esto en vacío,
Que padecer error tan substancial.

¡Oh mesa! al contemplarte, mi alma siente
Supersticioso insólito terror,
Pues tú no has visto en tu redor más gente
Que la que adora sólo al dios Millón.

Escuchemos!—silencio—sólo suena
De argentina vagilla el chasquear;

Y correcto criado quita ó llena
Las tazas que vaciándosele van.

Tose el pretendiente, haciendo un gallo
Al apurar un cáliz de Chablís,
Y acude ligerísimo lacayo
Para prestar auxilio al infeliz.

Pañuelo de blanquísima batista
Por los labios se pasa el que tosió,
Y en voz de sí bemol. baja la vista:
—«¿Qué esperanzas, Clarita, da el Doctor?»

Sonrojo y cortedad en la doncella,
Y mirando á papá:—«¿Qué dice usted?»
El desgraciado rueda una botella
Al querer su postura componer.

—«Nada fué, deje usted, que esa bicoca,
No pasa de mil duros por barril,
Según factura de la barca *Roca*
Que acabo en este mes de recibir.»

Una pausa.—La cónyuge rolliza
Del último que en antes se escuchó,
Atipla su palabra romadiza
Para decir: «Contéstale al Señor.»

Se observa que el *Señor* la frente arruga
Para encontrar variante en su magín:
—«Decía que con la sangre de tortuga
Pudiera usted, alivio conseguir.»

—«Estoy algo mejor.—Mamá, mañana
Ya podré ir á la misa de las seis.»

—«No vaya á convertírsete en terciana:
Mejor será que vayas á las diez.»

Hasta que pudo remojar su sopa
 Don Paquito Andurriales y Charol:
 —«Aquí no sé por qué, pero en Europa
 No es matinal el mundo *comm' il faut.*»

Un oído sutil percibiría,
 Allá entre las amigas, murmurar:
 —«Matinal significa algo de día;
 Lo en inglés no comprendo que dirá.»

Entre tanto, Don Paco entusiasmado
 Y creyendo el murmullo, aprobador,
 Sin cuidarse de ver si es escuchado,
 Ha seguido espetando su sermón:

—«La mañana es rival de la hermosura
 Y disputa su encanto á la mujer;
 Será porque en la luz clara y oscura
 Se pierde la limpieza de la tez.

«Los pómulos se abultan, sombreados,
 Y al redor de los ojos, cierto azul
 Y en el centro sin brillo y papujados,
 Como haciéndole gestos á la luz.

«Todo es pugna mortal con la belleza:
 Y esa leucocitemia de la piel,
 En desorden casero la cabeza,
 Hace el donaire natural perder.»

Como fantasmas, cual chinesca sombra
 El joven bello sexo se escurrió;
 Sin duda lo mullido de la alfombra
 Hizo imperceptible la evasión.

El caso es, que se fueron poco á poco,
 Dejando á Don Paquito disertar,

Como ellas, lo miraban, como loco,
 Delante del papá y de la mamá.

Aunque él es como aquellos trovadores
 Que servían de gaya entretención
 En los medioevales comedores,
 Y no exige un respeto superior.

Sigámoslas, lector, á ver si aciertas
 A escuchar lo que opinan del Don Juan...
 ¡Pero nos detuvimos! y las puertas
 Cerraron ya, para ponerse á hablar.

Yo te diré que en estos conventículos
 Se dejan los postizos y el corsé
 Y los demás molestos adminículos,
 Como la afectación y timidez.

Se olvida aquella cándida inocencia
 Que nos hace creer que ángeles son,
 Pues adoban la más leve ocurrencia
 Con sales y picante tentador.

Y desquitan su afasia y sus ayunos
 Mordiendo toda especie de manjar,
 Desde bromas y motes importunos,
 Hasta prójimo y carne de rival.





CUATRO SONETOS.

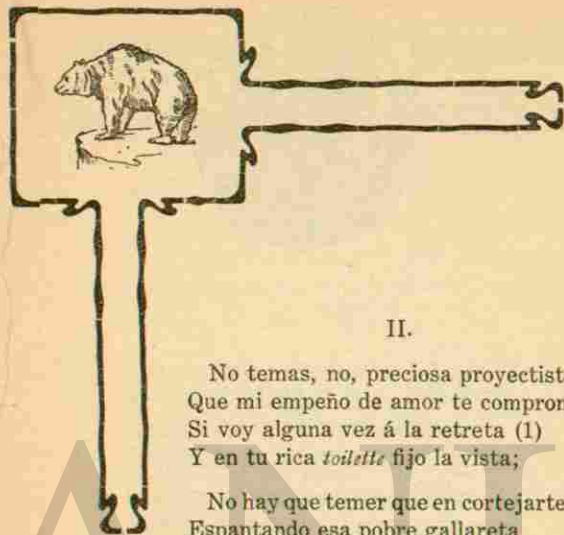
I.

Perdóname, bellissima torcaza,
Si, olvidando mi pobre suerte oscura,
Quise aspirar á la soberbia altura
En que brilla la firma de tu casa.

Es costumbre en las gentes de tu raza
Que conocen tan bien la horticultura,
Abonar con estiércol y basura
Sus matas de mastuerzo y calabaza.

Mientras que yo, engolfado en el lirismo
De la más candorosa poesía,
Como á ángel te adoraba y te creía

Tan lejos del reptil mercantilismo,
Como lo está la luz del medio día,
De los lóbregos antros del abismo.



II.

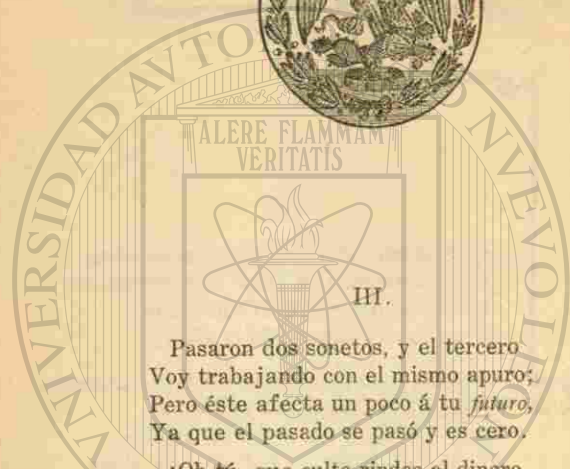
No temas, no, preciosa proyectista,
Que mi empeño de amor te comprometa
Si voy alguna vez á la retreta (1)
Y en tu rica *toilette* fijo la vista;

No hay que temer que en cortejarte insista
Espantando esa pobre gallareta
Que con todas tus artes de coqueta
Te has propuesto cazar, maquiavelista.

Inútil es, por tanto, tal exceso
De disgusto mostrar al encontrarme,
Para hacerte valer ante tu Creso.

Yo valgo lo que soy, sin un adarme;
Y ustedes se valoran por el *peso*.
De esa almoneda pues, debo alejarme.

(1) Así se llama en Méjico á las serenatas que se dan en la plaza principal por las músicas militares á la hora de este toque de Ordenanza.



Pasaron dos sonetos, y el tercero
Voy trabajando con el mismo apuro;
Pero éste afecta un poco á tu futuro,
Ya que el pasado se pasó y es cero.

¡Oh tú, que culto rindes al dinero
Y que aprecias en más un fuerte duro
Que un afecto leal, te lo aseguro:
No has de encontrar cariño verdadero!

¡Quiera Dios que el farol de tu riqueza
Por el camino del honor te lleve
Y que siga alumbrando tu belleza

Sin hacerse pedazos muy en breve.
Quiera Dios que tu artística cabeza
No se cubra jamás de luto ó nieve!



IV.

Me agrada tu doblez: te lo confieso,
Ya que así me libré de un compromiso
Que alcabo alguna vez era preciso
Deshacer con mi honor menos ileso.

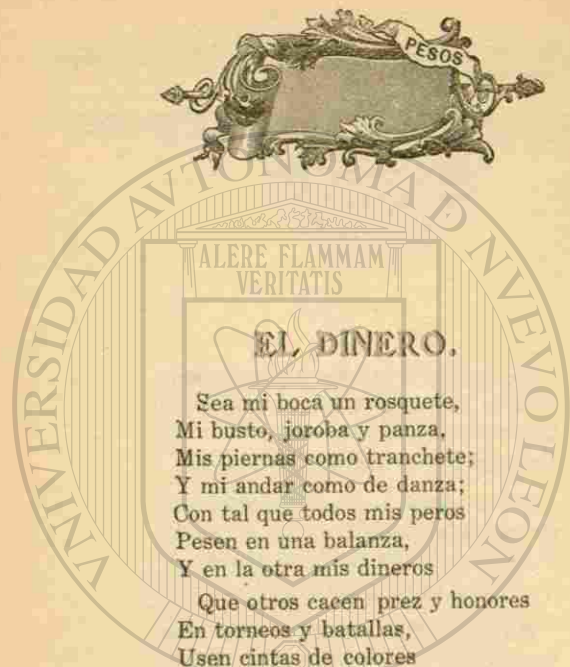
Era un dogal atado á mi pescuezo
Que reteníame esclavo como un suizo;
Y aunque tácitamente casi se hizo,
Yo estaba en respetarle hasta el exceso.

Pero (fuera el escrúpulo) es el caso,
Que tu modo de obrar es generoso,
Ya que tu tipo es de nobleza escaso,

Y habría sídome azás embarazoso
Seguir siendo Quijote, y dar el paso
Que hiciera de la Mancha á la Toboso.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL DINERO.

Sea mi boca un rosquete,
Mi busto, joroba y panza.
Mis piernas como tranchete;
Y mi andar como de danza;
Con tal que todos mis peros
Pesen en una balanza,
Y en la otra mis dineros

Que otros cacen prez y honores
En torneos y batallas,
Usen cintas de colores
Y cruces y faramallas;
Por mi parte sólo quiero
Buen acopio de medallas,
Pero... de puro dinero.

Si llego á echarme la toga,
No ha de piear mi conciencia
Patrocinar una droga
En secreta connivencia
Con quien maneje el pandero,
Para que den la sentencia
Partiéndonos el dinero.

Pero para no arriesgarme
Por vía tan peligrosa,

Mejor sería enlazarme
Con una mujer preciosa,
Siguiendo el sistema ibero
No precisamente hermosa,
Sino de precio en dinero,

Que después pondré un serrallo,
Si logro llegar á exarca,
Haciéndome gran vasallo
De poderoso monarca,
Aunque empeñe á un usurero
De la vecina comarca,
Mi provincia por dinero.

Y si monto á Presidente,
Haré mis tretas y tratos
Para espumar á mi gente,
Por mano de diestros gatos;
Y mandaré al extranjero,
Mientras que pasan los patos,
Con sigilo, mi dinero.

Son horribles las viruelas,
Los reumas son infernales
Y más el dolor de muelas,
Y se dan dolencias tales,
Que hasta ruborizan; pero...
Capoteanse estos males
Con talegos de dinero.

Si los amigos me bufan
En vez de darme un saludo,
O las niñas se me atufan,
Poniéndome ceño rudo,
Cuando en gustarles me esmero,
Ni por hipótesis dudo

Que es por mi poco dinero.
El estudiante que ronda

Por ver la novia, se alegra
De que ella le corresponda,
Sin contar con que la suegra
Lo que quiere es caballero,
Que tenga la cara negra,
Pero blanca de dinero.

En fin, si soy provocado
Evito toda porfía,
Porque me acuerdo y persuado
De lo que decir solía
Napoleón el Primero,
Que la guerra se hace hoy día
Con dinero y más dinero.

No hay que entregarnos pues, al platonismo
De Patria, Libertad y Amor sincero,
¡Y que viva el actual positivismo
De Judas Epiceno, ó de EL DINERO!



A LAURA.

Es la hermosura como flor de un día
Que el cierzo de la tarde desbarata.
¿Y sobre base tan fugaz y débil,
Asiento busca tu soberbia insana?
Pues ni siquiera una belleza tienes
Que te pudiera conquistar la fama,
Una de esas insólitas bellezas
Que hacen se olvide que tan pronto pasan.
¿Qué son unos cabellos abundosos,
Ojos y un cuerpo que á los cuerpos habla?...
Eso con juventud es algo apenas,
Pero sin tierna edad, no vale nada.
Naturaleza, previsorá en todo,
En prodigios estéticos es parca,
Y por eso se ven de siglo en siglo,
Después de atravesar regiones vastas;
Y todavía, si á la Historia acudes,
Te debes convencer, querida Laura,
Que jamás es notable una belleza
Si carece de vida su mirada.

Es decir, que la forma, por sí sola,
 No constituye la hermosura clásica,
 Por más que el tipo y líneas se afinen,
 Si no es que se tratara de una estatua.
 Sordo-mudas se encuentran, deslumbrantes
 Que no llegan jamás a ser casadas:
 Luego hay algo, además de la figura,
 Hay mucho, mejor dicho, que hace falta
 Para que una mujer amable sea
 Y pueda hacer entre las otras, raya.
 ¿A qué pues, engreírse por tener
 Negros los ojos, dulce la mirada,
 Provocantes los hoyos de la boca
 Y saber sonreír con fina gracia?
 ¡Tal vez tiene la Química gran parte
 En la mórbida tez de tu garganta!
 Y el precio de tu artístico vestido,
 La tiene en tu atractivo y elegancia!
 ¿Y por qué has de pagarte de un tributo
 Que se rinde á tu afeite y á tus gasas?

¡Pero también presumes de ingeniosa
 Y por eso te ostentas tan ufana!
 Mira, querida, si á talentos vamos,
 Es quizá más difícil tu ganancia,
 Que para que el ingenio tenga ley,
 Se necesitan muchas circunstancias.
 No confíes en esa prenda, amiga,
 Que es traidora, además de ser muy rara.
 No sé por qué, la sabia Providencia,
 Los dones en que el hombre no trabaja
 Para adquirirlos, nunca los prodiga.
 Debo decirte del ingenio, Laura,
 Lo que te he dicho ya de la belleza,

Que por sí solo es cual moneda falsa,
 O mejor dicho, cual dinero bueno
 En un desierto donde todo falta:
 Como tierra feraz que sin labrarse
 Se cubre de maleza y de alimañas:
 Sin cultivo y afán de nada sirve,
 Y sin virtud es fuego que devasta.

La mujer no es llamada á empresas grandes,
 De esas que genio ó gran saber demandan:
 Su misión es hacernos más ligera
 La carga del vivir harto pesada,
 Y por eso la ciencia de agradar
 Es la que más le sirve y la realza.
 El dinero, es verdad, disfraza todo
 Y lo que no disfraza, lo resalta;
 Mas también como todas, esta droga
 Vale muy poco cuando viene aislada,
 O en tal copia, que venga es necesario,
 Como es también casualidad muy rara.
 No niego que eres rica y que tus padres
 Pertenecen á nuestra plutocracia;
 Mas no creo que tu soberbia fundes
 En la inconstante y aleatoria plata,
 Primero, por lo dicho, y en seguida,
 Porque no es tu opulencia una montaña.
 De esas que imponen por su sola altura
 Y suelen desteñir algunas máculas.
 El ricacho de pueblo es sólo un *quidam*,
 Cuando va á la ciudad, lleno de mañas;
 Y en París valen menos nuestros Rothschilds,
 Que un indio retratista, verbigracia.
 Por donde vemos que la tal riqueza
 Es trapacista, irónica y precaria,

Si no es, como asegura el Evangelio,
 Levadura de vicios y desgracias.
 Hoy vemos en harapos al que ayer
 En magníficos trenes paseaba.
 El padre del barbero de la esquina
 Fué patrón de un Ministro, y mi criada
 Es madre natural de un millonario
 Que se cambió de nombre por negarla.
 No te canses, querida, las riquezas
 Muy poco te han de dar lo que no valgas,
 Tan sólo la virtud y aquellas dotes
 Que su asiento lo tienen en el alma
 Pueden corazones conquistarte
 Y pagar tu trabajo en cultivarlas.
 Es la mujer, nos dicen los poetas,
 Como una flor preciosa y delicada:
 Agrádanos tal vez por su figura,
 Pero más sus colores y fragancia,
 Y si es como la rosa, útil y bella
 Y con un rico aroma perfumada,
 Entonces la buscamos con ahinco
 Para altares, festines y guirnaldas.
 Flores hay, es verdad, cual la camelia
 Que sin tantas virtudes son preciadas;
 Pero que á la filautia y al orgullo,
 A un puñado de polvo... polvo de haba,
 Se rinda adoración: que á una muñeca,
 Maniquí de las modas, ó á una estatua
 Se le llame mujer—eso sería...
 Un barbarismo en la habla castellana,
 Porque se ama lo bueno; sin bondad
 Real ó, por lo menos simulada,
 Será instrumento de placer, si bella;
 Y si no lo es, una pesada carga.

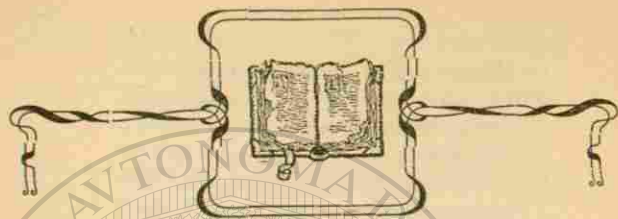
Conque, en pocas palabras, resumamos:
 Si tus bellos contornos imitaran
 La correcta Asunción del gran Murillo
 Con toda su limpieza y elegancia;
 Si tu mirada como de ángel fuera
 Y tu sonrisa, sonreír de una hada;
 Si fueras genio y además la suerte
 Tuvieras, que á los genios da la palma;
 Si el poder de una insólita opulencia,
 Como mágica vara manejaras,
 Fuera tu presunción menos impropia,
 O podría pasar sin ser notada,
 Si bien que hasta en los vástagos reales
 Nunca de sobra la modestia se halla.
 Tu natural tan bueno ha falseado,
 De la lisonja respirando el aura,
 Y has creído verdad los galanteos
 Que se dicen en baile ó de pasada,
 Palabras que se venden, como todo
 Lo que tiene demanda y bien se paga.
 Oye pues, la verdad que en estas líneas
 Un amigo sincero te consagra,
 Verdad que si difícil es decirla
 Es tan sólo por serlo el escucharla:
 Figuras cual la tuya hay por docenas,
 Y eso que grande no es Guadalajara;
 ¡Y cuántas superiores á la tuya,
 Que por tener una fortuna escasa
 No pueden competir con tus adornos,
 Ni dar valor á sus sencillas gracias!
 Pero aunque fueras una maravilla,
 O mejor dicho, por la misma causa,
 Buscaríamos ser menos perfecto
 Que á nuestras deficiencias se adecuara;

Porque imperfecta fué nuestra madre Eva
 E imperfecta siguió la humana raza.
 Amamos la mujer, hembra del hombre,
 A nuestra imagen hecha y semejanza;
 Es decir, con flaquezas y lunares
 Que hagan menos sensibles nues'ras faltas,
 Para que perdonemos mutuamente
 Sin tenernos que echar muy mucho en cara.
 Porque un ángel, mi vida, será un ángel,
 Que para amar á Dios tendrá ventaja;
 Mas para amar al hombre defectuoso,
 Con todos sus achaques y sus lacras,
 No hay como la mujer de carne y hueso,
 Sin pretensiones de ángel ó de hada.
 Nos contentamos con hallar *mujeres*
 En la acepción vulgar de la palabra,
 De aquellas que su parte de labor
 No desdeñan, y enjugan nuestras lágrimas;
 Y no es poca fortuna, te aseguro,
 Que cuando se anda de ángeles á caza
 Se corre gran peligro de encontrarse
 Con ángeles que son de mala casta;
 Por eso soy amigo de los medios,
 Y los más, como yo, los medios aman,
 Ya que los extremos, por ser tales,
 Aunque de perfección, nos empalagan.
 Una mujer muy sabia y talentosa,
 Es casi siempre fátua y charlatana,
 Que echa á perder las onzas de su mérito
 Con arrobos de insulsa petulancia.
 Si es guapa y que todos se lo digan,
 Se llega á persuadir que eso le basta
 Para ser superior á todo mundo
 Y para ser con todo el mundo ingrata.

La riqueza por fin, es un menjurje,
 Que de tal modo el juicio nos embarga,
 Que créemos tener precisamente
 Aquello que de cuajo nos faltara:
 Las tardías de oído, tocan piano
 Y las gangosas de seguro cantan....

Por eso tú me agradas, Laura bella,
 Bien que tu buena cualidad disfrazas
 Haciéndote pasar por *non plus ultra*,
 Cuando tan bien estás siendo mediana.

Gracias le doy al bondadoso Cielo
 Que dispúste así proporcionada,
 Y ruégole se digne concederte,
 A más de las que tienes, esta gracia:
 Que si algo de humildad ó de modestia
 Te pudiera faltar,—te lo otorgara.



I.

ENTRE AMIGAS.

—¿Cómo arreglaste tu libreta, Clara?
—Bastante bien, con pocas excepciones;
Porque dejé unos huecos con tapones
Para impedir que la basura entrara,

Y coloqué á Prudencio de mampara
Con el fin de evitarme explicaciones
Y poder operar substitutiones
Según que la ocasión se presentara.

—Pero vas á tener que dar receso
A tus más decididos pretendientes....
—Perdona, tocayita; nada de eso;

Que los voy á dejar siempre pendientes,
Aunque sólo á uno de ellos dile acceso.

—¿Pero á cual?—Al Petrarca de los lentes.



II.

SOLO,

También me hace el amor ese borrico,
Como si no tuviera otros mejores
Que procuran con ansia mis favores,
Orgullosos de alzarme el abanico.

Con los ojos me dice: "harto me explico
Para que tú comprendas mis amores;
Mas queriendo evitarme los rigores
De tu altivez, callado te suplico."

Tiene miedo de un no, y á una repulsa,
Opone la prudencia necesaria.
Yo burlaré su precaución insulsa

Poniéndole unos ojos de plegaria
Para que venga con su voz convulsa
A cantarme de plano toda una aria.



III.
VALSANDO.

—Tú le diste una flor y me lo niegas.
—A quién?... Si no es el único; son siete.
¡Cómo había de amar á ese pobrete
Obscuro mercachifle de Venegas! (1)

Con los celos, Junipero te ciegas,
El militar ha echado de ribete
Que al salir hace poco del retrete
Mi abanico rompió entre las refriegas.

El poeta su empeño disimula,
Aunque me siga á misa y al paseo;
En sus versos platónicos me adula,

Y cambia de color cuando lo veo....
—¿Pero tú correspondes á esa mula?
—Es mejor con dinero el himeneo.

(1) Así se llamaba el mercado principal de Guadalajara,
que ahora se llama "Corona."



IV.

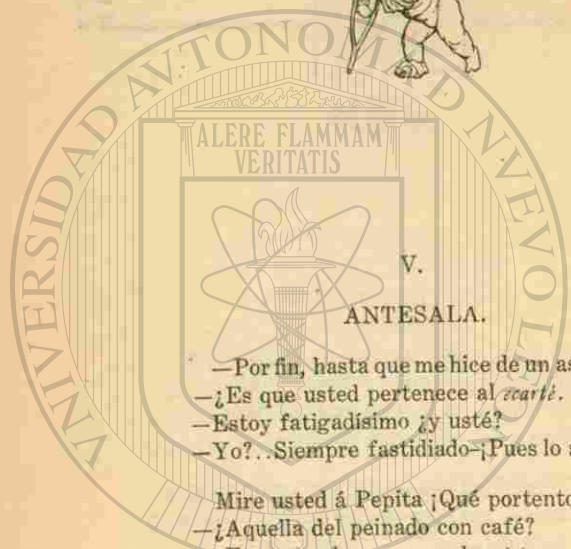
CUADRILLAS.

—Al tocar vuestro ramo, el corazón
Se estremece con gozo sobrehumano,
Y al sentir en mi mano vuestra mano,
¡Páreceme del cielo esta mansión!

... Perdonad que os declare una pasión
Que ocultar por más tiempo fuera en vano:
¡Una sola palabra!...—Tocan piano
Y usted habla con tanta animación!...

—Cuando os llevo la mano á la cintura,
Al través de mi guante y de las gasas
Que adornan vuestra angélica hermosura,
Dé un fuego encantador siento las brasas...
—Hora usted, caballero, á la figura.
—¿Y cuál es la que sigue?—*Calabaças.*





—Por fin, hasta que me hice de un asiento!
 —¿Es que usted pertenece al *scarté*.
 —Estoy fatigadísimo ¿y usted?
 —Yo?.. Siempre fastidiado—¡Pues lo siento!

Mire usted á Pepita ¡Qué portento!
 —¿Aquella del peinado con café?
 ... Es contra los usos, y el *moiré*
 Es de un gusto infernal para el momento.

Los volantes y manga á la isabela
 No deben afollarse con satín.
 Y ese modo de atar la tucinela

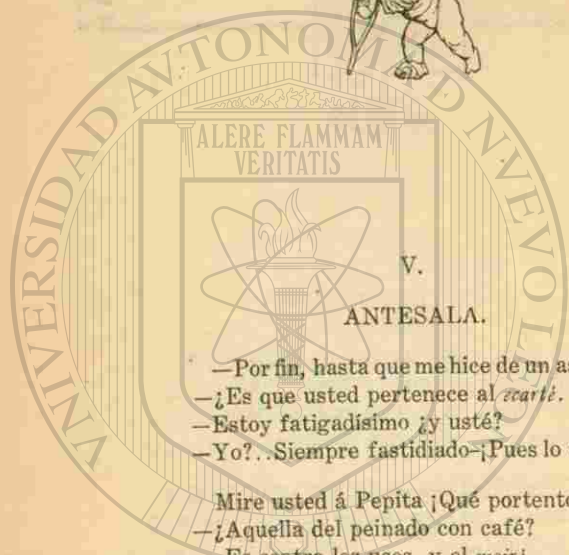
Está en oposición al figurín,
 Y que sirvió otras veces nos revela....
 —¿Baila usted esta polka?— Tengo *splín*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





—Por fin, hasta que me hice de un asiento!
—¿Es que usted pertenece al *scarté*.
—Estoy fatigadísimo ¿y usted?
—Yo?.. Siempre fastidiado—¿Pues lo siento!

Mire usted á Pepita ¡Qué portento!
—¿Aquella del peinado con café?
... Es contra los usos, y el *moiré*
Es de un gusto infernal para el momento.

Los volantes y manga á la isabela
No deben afollarse con satín.
Y ese modo de atar la tucinela

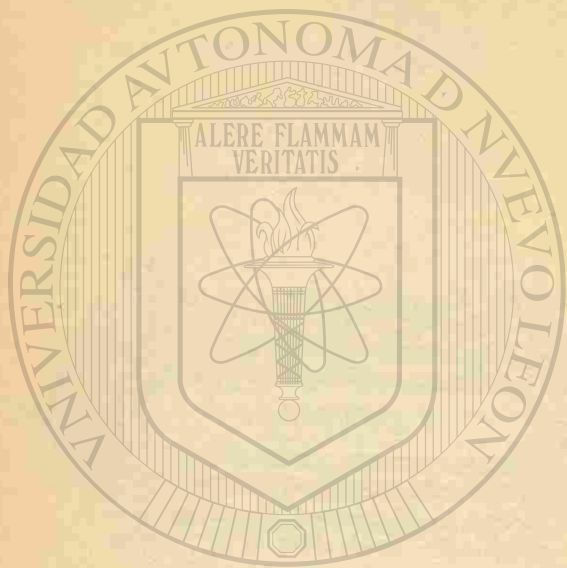
Está en oposición al figurín,
Y que sirvió otras veces nos revela....
—¿Baila usted esta polka?—Tengo *splín*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNA SERENATA.

I.

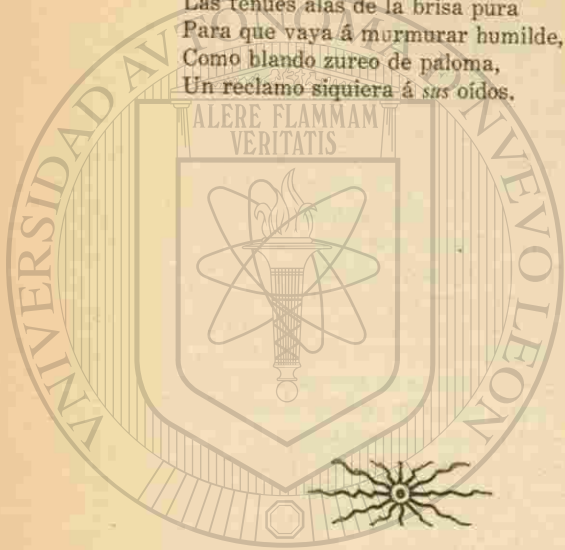
Cuando descubro mi ardorosa frente
Al beso refrescante de la noche,
De estas noches espléndidas de marzo,
Siento, como si mi alma despertara
De torpe embotamiento en que yacía,
Sensaciones de insólita ventura:
Un blando estremecer que va sacándome
De aquel estado de abrumante tedio
Que el comercio del mundo comunica.

Ligero un movimiento delicado
De tristeza y ternura mi alma cruza,
Como si echase menos un objeto
Que poder inundar con su cariño
Y siguiendo pasivo, aquel impulso,
Me dejo conducir como en un lago,
Entre islotes de flores y verdura
Y paisajes undívagos, con hadas
Que se miran ligeras, vaporosas,
Como la leve espuma de los ríos,
Travesar aéreas y venustas

Formando ramilletes y guirnaldas:
 Así vense pasar nuestras beldades
 Con chorros de azahar en el tocado
 O con airones de nevadas plumas
 Que las hacen más leves todavía:
 Como ondinas de lánguida mirada
 Que electriza al cruzarse con la nuestra;
 Como esas fantasías que la mente
 Imagina vagar en los espacios
 Cuando la argéntea luz de la luna
 Purifica el azul del firmamento,
 O bien aún, como visión de virgen
 Qué sueña con los coros del emíreo;
 Y pasan inclinadas muellemente
 Entre sí, murmurando dulces frases,
 De que suele alcanzar alguna nota
 Quien desfilan, absorto, las contempla.
 Todo es enervante y voluptuoso.
 Todo produce una embriaguez olímpica:
 La música de Norma que se extiende,
 No en el recinto estrecho de un teatro
 Que la hace estrepitosa y resonante,
 Sino que sus arpegios limpios se oyen
 Como la queja triste y lastimera
 De un amante infeliz que al Cielo clama:
 La luz adormecida de la luna
 Que presta á los objetos nueva forma
 De contorno indeciso y á lo lejos
 Parécennos cual seres de otros astros:
 Las flores de los prados que derraman
 Su concierto de aromas tropicales
 Al mecerse en sus tallos con molicie
 Cuando las besa enamorado el céfiro;
 Todo nos traslada á esas regiones

De sílfides y ninfas ó de encantos
 Que refieren los cuentos de los árabes,
 Siento un acorde resonar en mi alma,
 Súave, melodioso, indefinible,
 Como el eco lejano de una lira
 Que allá en los cielos desflorara un ángel,
 Como las notas de meliflúo cártico
 Que modularan invisibles genios.
 Es que la luna, el aura, las estrellas,
 Esas nubes de polvo de diamantes
 Que el astrónomo llama nebulosas,
 La atmósfera sensual que nos embriaga
 Con polen de magnolia y de naranjo,
 Esas jóvenes bellas, excitantes
 Que regueros de amor pasan vertiendo:
 Todo forma un conjunto de armonías
 Que vienen á fundirse en una sola.
 Girad y más girad níveos númenes,
 Y que el delirio de mi mente suba;
 Yo guardaré vuestra impresión gratísima,
 Para daros después, cuando me duerma,
 El fraternal saludo que las almas,
 En el mundo se dan de los ensueños.
 ¡Que consuelo es amar! Quiero engañarme
 Dejando al corazón que se adormezca
 Un momento á lo menos, entre flores;
 ¡Tanto contener su raudó vuelo
 Y los renuevos arrancar que el alma,
 Por todas partes, como planta, brota!
 ¡Oh inspiración de irresistible encanto,
 Sentimiento dulcísimo, armonía,
 Abandonarme quiero á tí, del todo,
 Aunque seas arroyo entre verdura,
 Que corre al precipicio del torrente:

Creo que mi destino es entregarme
A los cristales de tus claras linfas,
Y que puedo prestar á mi delirio
Las tenues alas de la brisa pura
Para que vaya á murmurar humilde,
Como blando zureo de paloma,
Un reclamo siquiera á sus oídos.



II.

¡Gratisimo es soñar y abandonarse,
Meciéndose en la dicha que se sueña,
Y entre jardines de óptica halagüena,
Forjar idilios de un amor feliz!

¡Es muy grato soñar, soñar despierto,
Dejando al corazón que cante solo,
Como el harpa melódica de Eolo
Que el viento tañe, cual tañía David!

¿Veis esa niña juguetona y linda
Como rosa botón de primavera,
Que sale apenas de la edad primera,
Y ya queman sus ojos cuando ve?

¿Esa que luego al corazón se anuncia
Antes de halagar á los sentidos,
Porque son telepáticos los fluidos
Que parece emanar todo su sér?

Esa es la misma aparición traslúcida,
La Lorelei que tanto me recrea,
Y que al oír su voz de mélopea
Me embarga como eléctrica emoción.

Ella es la diosa que del cielo baja
 Cuando la luna en el silencio brilla,
 Y me toca con mágica varilla
 Y me saca de mi álgido torpor.

Es el esbozo que al plegar la tarde
 Sus alas de oro y nacarada bruma,
 En los cirros blanquísimos se esfuma
 Sobre fondo de fuego y de carmín.
 Es su nombre el que trinan los jilgueros
 Al hacer su melódico derroche,
 Y el que los ecos de dormida noche
 Con dulcísimo timbre hacen oír.

.... Y sigolo escuchando en todas partes
 Mezclado con mi propio pensamiento,
 Sin saber si me causa sufrimiento,
 Su atractivo magnético, ó placer.

Pero al dejarme el éxtasis hipnótico
 De esas horas de magia, encantadoras,
 Vienen aquellas otras tristes horas
 En que el mundo se mira tal como es!



SU NOMBRE.

(IMITACION DE VICTOR HUGO)

Nomen aut numen!

De un lirio los efluvios cuando abre su corola,
 La faja de colores que deja el huracán
 Y el sol entre las nubes triunfante la tremola,
 Los mil gratos murmullos del alba al despuntar;

La nota postrimera que vaga por el viento,
 La queja cariñosa de reconciliación,
 Aquel adiós pianísimo del último momento,
 El ruido que hace un beso, purísimo de amor;

El timbre conocido de voz inesperada,

Del niño que despiértase, el blando estremecer,
El íntimo secreto de virgen consagrada,
La brisa entre las flores jugando, del vergel;

El cántico que el cisne modula cuando expira,
Y todo cuanto alcanza de más sublime el hombre
En su alma pensamiento—es menos dulce ¡oh lira!
Y menos armonioso que el ritmo de su nombre.

Pronúncialo en voz baja cual tímida plegaria,
Cual símbolo sagrado de ángelica virtud:
Que sea en mi desierto la quieta luminaria
Que alumbre mi camino con su bendita luz.

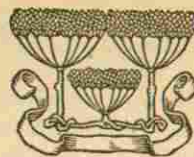
Que en todos mis azares, velado de misterio,
Mi musa le consagre sus cánticos de amor,
Y sea en mis oídos, cual voz que un cementerio
Repite hasta perderse su ténue vibración.

Si así como esos nombres que el universo admira,
El suyo casto y virgen quisiera yo cantar,
Y el tesoro que en mi alma se oculta, si mi lira
Quisiera prodigarlo con notas de cristal,

Sería necesario, cual música del cielo
Que se oye de rodillas, que fuera mi canción,
Como zumbo que ángeles en invisible vuelo
Hicieran con sus alas al remontarse á Dios.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TE AMO!

Quise huir de tu amor, cual de un abismo
Que ante mis piés la desventura abría,
Y al refugiarme en lo hondo de mí mismo
Mas amada y amante te veía.

¡Tú has luchado también! Pero las almas
Que las liga esa mística cadena,
Se tocan desde lejos cual las palmas,
Y sienten á la vez la misma pena.

¿Que importa del destino el ceño torvo
Que se empeña en mostrársenos rehacio,
Si nuestras almas contra todo estorbo
Se lanzan á estrecharse en el espacio?

¿Que importa la distancia á los que se aman
Y el tiempo con sus cómplices azares,
Si en el silencio de su fe se llaman,
Y la esperanza alivia sus pesares?

Cuando libre tu virgen pensamiento,
Con recuerdo de amor en mí se fije,
Levanta tu mirada al firmamento,
Que á tí mi pensamiento se dirige:

Levanta tu mirada por la altura
Y mándame en el viento algún suspiro,
Que alcabo yo conozco en su dulzura
Que trae algo de tí cuando lo aspiro.



EN UN ALBUM.

Si hubiera yo nacido mariposa,
Mis alas de azul y oro esmaltaría
Y al redor de tu mano velaría
Hasta que me cogieras amorosa;

Y si planta no más, me esforzaria
Por reventar en exquisita rosa
De colores y aroma primorosa,
Y al sentirte pasar me alargaría;

Y si fuera yo el sol, la luna, el cielo,
Con mi aurora, mi luz ó transparencia,
Placerte no más, sería mi anhelo;

Mas clavado en la cruz de mi impotencia,
Sólo puedo ofrecerte en mi desvelo,
De esas bellas palabras la cadencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TUS OJOS.

De esos tus ojos
Negros y bellos
Parten destellos
De ardiente amor.
Ay! no me mires,
Porque me inflamas,
Si tú no me amas,
Como á tí, yo.

Pues cuando fijas
En mí su foco
Me vuelvo loco
De gratitud;
Y me extasio
Porque yo creo
Que en ellos leo
Que me amas tú.

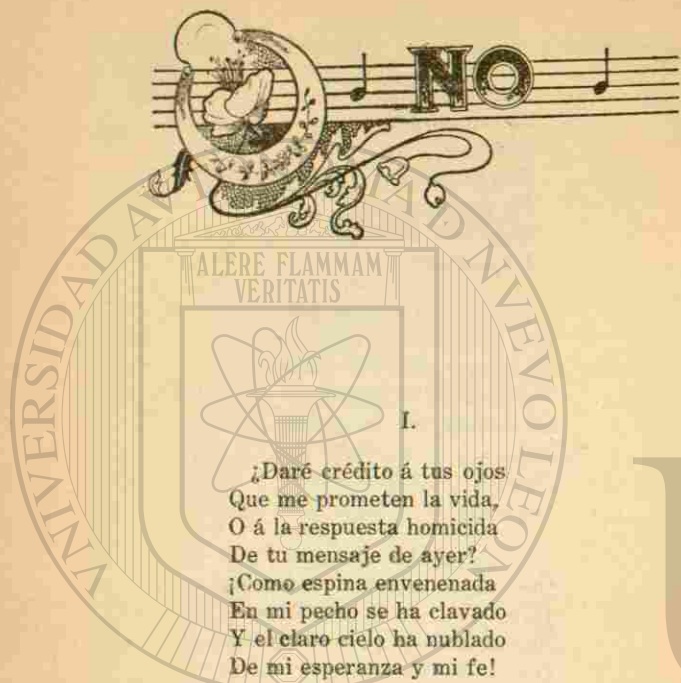
Es tu mirada
Que alumbra y quema
Todo un poema,
Todo un edén:
Epitalamio
De dulces trovas
Con que me robas
La sensatez.

Vuelve á mirarme

Niña adorada
Con tu mirada
Que hace feliz:
Con tu mirada
De tierno encanto
Que tiene tanto
Poder en mí.

Niña de los negros ojos
Que penetran hasta el alma
Que dan ó quitan la calma
Según está su expresión:
Que con un furtivo guiño
Entusiasmas ó amedrentas,
¡Disipa ya las tormentas
De mi pobre corazón!

Y esa mirada de cielo
Con que me arrullas y enciendes,
Dime por Dios, si la tiendes
Sintiendo amor tú también;
O si caída al acaso,
Necia ilusión me embelesa,
Y la tomo por promesa,
No siendo más que desdén.



I.
¡Daré crédito á tus ojos
Que me prometen la vida,
O á la respuesta homicida
De tu mensaje de ayer?
¡Como espina envenenada
En mi pecho se ha clavado
Y el claro cielo ha nublado
De mi esperanza y mi fe!

¡Que no me amas!—y tus ojos,
Con la luz de sus miradas
Me bañaban en cascadas
De diamantes y rubís,
¡Que no me amas!—y tus labios
Con que al Amor electrizas
Me engreían con sonrisas
Que murmuraban que SI....

II.

Pero quizá tus palabras

Las dictaría el rubor
¿Qué me importa ese mensaje
Si otro manda el corazón,
Si todo tu sér me envías
En tu mirada de amor?

Al verte otra vez, olvido
Tu altivo y duro desdén
Y de tu falsa conducta
La negra y amarga hiel,
Y pareceme de todo,
La culpa, mi timidez.

Entonces yo soy el torpe,
El exigente, el falaz;
Quisiera poder entonces
Decirte que he obrado mal,
Y pedirte de rodillas
Perdón por mi ceguedad.

Pero al encontrarme solo,
Cambia todo de color:
Tu sonrisa y tus finezas
Se vuelven burla y traición,
Y me siento sumergido
Otra vez en el dolor.

El rotundo monosílabo
Viene mi tímpano á herir
Como un agudo sarcasmo,
Como un ríspido buril.
¿En donde buscar nobleza
Si no se la encuentra en tí?

Se apodera de mi espíritu

Un desencanto mortal,
 Un desgano por el mundo
 Que me hace desesperar.
 Si en tí, lealtad no existe,
 ¿En dónde se encontrará?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MI DESTINO.

Dispuso Dios que un día
 Te encontrase en mitad de mi camino
 Y me arrastrase á tí tal simpatía,
 Que fuera mi destino
 Errar tras de tu huella, Celia mía.
 Una fuerza invencible
 Ató mi corazón, y fué imposible
 Borrarte con la esponja del olvido,
 Como se borra un fugitivo sueño,
 O sentirme de tí correspondido,
 De tus hechizos y de tu alma dueño.
 Muchos días siguieron á ese día,
 Muchas vueltas ha dado la callada
 Luna alumbrando mi tenaz porfía
 Sin poder resolver aquel dilema
 Que es de mi ingrata suerte el anatema.

Si á mi razón y voluntad tan sólo
 Hubiera consultado en aquella hora,
 Sin duda, la distancia abrumadora
 Que de tí me apartaba habría medido,
 Me habría detenido
 Ante la tenebrosa perspectiva
 De un suplicio de Tántalo constante.
 En que la sed se aviva
 Con el agua fresquísima delante.
 Y aunque á veces se alienta mi esperanza
 Creyéndote alcanzar amante y bella,

Otras tantas se estrella,
 Perdiéndose en oscura lontananza
 El intangible disco de tu estrella.
 Triste, desconcertado y sin aliento,
 He vuelto á comenzar como la luna,
 En giratorio, eterno movimiento
 Mis fases de una en una:
 Mi perpetuo luchar por olvidarte,
 Mi vuelta á confiár en la fortuna.
 ¿Será que tú también con penas muchas
 Me buscas y me llamas,
 Y en secreto también sufres y luchas
 Porque en el fondo de tu pecho me amas?
 ¿O desdenado acaso el amor mío,
 Amor ajeno escondes,
 Y mientras yo contigo desvarío,
 A otro amante dichoso correspondes?
 ... ¡Atroz incertidumbre! que me obliga
 A vivir en caótica locura
 Con penosa fatiga,
 Pasando de una en otra conjetura,
 Desde risueño cuadro de ventura
 Hasta el más desesperante desengaño;
 Y tal ha sido de mi vida el curso
 Hora tras hora, y año tras otro año,
 Sin encontrar para salir, recurso,
 De mi funesta duda y de mi engaño, ...
 Tú tan sólo, Señor, de mi alma el fondo
 Has podido leer, y noche y día
 Has presenciado este minante y hondo
 Penar del alma mía;
 Tú mi constante amigo, tú, que riges
 De las almas el vuelo

Y les das el contento ó las affiges,
 Según place á tu arbitrio soberano,
 Tú calmarás el lancinante anhelo
 De un corazón que en arrebató insano,
 Equivocó el infierno con el cielo.

Rugió la tempestad, cimbróse el trueno,
Y quise entonces de la tromba huir;
Mas, desatando el rayo de su seno,
Fulminólo traidora sobre mí....



LA HADA DE LA TARDE.

(IMITACION DE GOETHE.)

A la luz del crepúsculo expirante
Una figura entre los nimbos ví
Que aérea, voluptuosa é insinuante,
Parecía mirarme y sonreír.

Oí su voz que remedaba el viento:
"Yo tengo encantos y caricias mil;
Te arrullará mi enamorado acento
Y en mi regazo dormirás feliz."

Detévine perplejo en la llanura
Dudando si pararme ó si seguir;
Y extendiendo sus brazos la figura,
Semejaba llamarme junto á sí.

Llegó la noche: la deidad de Norma,
Sobre la blanca nube vino a herir;
Y ésta, perdiendo sn encantada forma,
Engrosaba, avanzando hácia el cenit.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SAN BLAS.

I.

Baja el sol, diríase, recogiendo
La luz que derramó durante el día;
Mas las nubes su velo interponiendo,
Se la disputan con audaz porfía;

Y la luz las penetra y las inflama
Al hallarlas opuestas á su paso,
Antes de extinguir su última llama
En la región vecina del ocaso.

Llega el globo del sol hasta el espejo
Tersísimo del mar, y baja y sube,
Hasta que se hunde al fin, y su reflejo
Se queda como incendio entre la nube.

¡Qué arreboses tan suaves á la vista
Forma el irisado etéreo tul!
Parece que el Supremo Paisajista
Juega con oro y nácar sobre azul.

Todo yace en reposo en mi presencia;
La tarde tibia y sin sonidos es,

Y la mar con monótona cadencia
Desenvuelve sus olas á mis pies

La luz y las tinieblas disputándose
El campo de los cielos con afán,
Parece que se mezclan, ignorándose
Si es sombra ó luz lo que en su lucha dan.

Al lado de estribor hay una roca
De carcomidos y escabrosos picos,
Y la ola que empinándose la checa,
De polvo de cristal hace abanicos.

Y al través de los palos de las naves,
Entre plantas acuáticas y espumas,
Inmóviles se ven marinas aves
Que el pico esconden bajo de sus plumas.

Luego, en la media luz indefinible
Que engendra mil fantasmas en la mente,
Se descubre á lo lejos, apacible
Deslizarse una barca hacia el poniente.

Quizá alegre pareja, en el recreo
Voluptuoso, se entrega de la tarde,
Esperando que al fin de su paseo
Descanso sabrosísimo le aguarde;

O tal vez son dos jóvenes amigos,
Esos que allá se ven en lontananza,
Que huyendo de negocios y testigos
Départen de sus triunfos y esperanza.

De súbito, del lado del Borrego
Se ve alejar poblada barquichuela

Que, boga y boga, desaparece luego
Con el eco de alegre cantinela.

Y al perderse las formas indecisas
Y las lejanas notas de sus violas,
Vase quedando sólo el de las brisas
Tenuísimo rumor, y el de las olas.

¡Qué grato en estas horas de misterio
Dar rienda al sentimiento y suspirar,
Sustraerse del mundo y de su imperio,
Del mundo tan difícil de agradar!

II.

Ya la tarde expirante, entre sombras,
Nos dispensa una luz moribunda,
Y la noche avanzando, circunda
Mar y tierra con fúnebre tul!

Una brisa ligera y serena
Que en las ondas su aliento humedece,
Mi cabeza agitada estremece
Con su grato, apacible frescor.

El espíritu queda suspenso
Y tan sólo sensible á la influencia
De la dulce y sensual complacencia
Que nos causa esa brisa, beber.

Un consuelo el que sufre, aquí alcanza,
El olvido es sin duda su origen,
Pues se borra el pasado y no afligen
Los cuidados del mundo social,

Sin sentir las, se pasan las horas,
Cual si fueran brevísimo instante,

Contemplando al Pacífico atlante
En su eterna y reglada moción.

Se comprende que existe un sistema,
Una ley general á los mundos,
De misterios ignotos, profundos
Que aun no es dado á la ciencia rasgar.

Pero el hombre aquí á Dios se aproxima
Que en sus obras nos tiende su diestra,
Y elevando nuestra alma le muestra
Océanos de vivida luz,

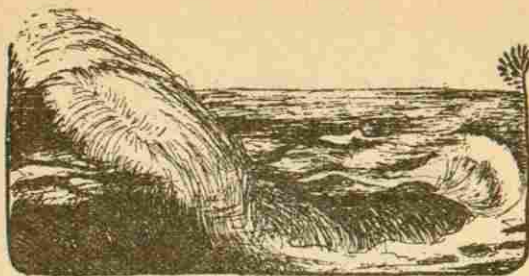
Que revelan de modo tangible,
Con su forma convexa, como éste,
La mecánica toda, celeste,
Siendo globos la tierra y el sol.

Pero ¡oh Dios! cuán pequeño es el hombre
Que entre tanto grandor se despeja,
¿Oyes tú la microfona queja
Que piedad te demanda de aquí?

Si la escuchas, Señor, si la atiendes!
Y en tu solio cuajado de soles
Pesa menos la ley de esas moles,
Que una tierna filial oración.

En mis horas de tedio y hastío
En que mi alma rendida desmaya,
Buscaré en mi recuerdo esta playa
Y la mansa quietud de este mar;

Este cielo, este libre horizonte:
La natura sin velo ni afeite
Que producen un raro deleite,
Como impulso feliz hacia el bien.



CONTICINIO.

Coelum, undique et undique pontus.

VIRGILIO.

Oyeme; noche, y en tu amiga sombra,
Que las miserias del dolor oculta,
La epifania sepulta
De mi debilidad.

Mi voz te turba mientras todos duermen;
Y cuando á todos brindas tu reposo,
En pie, mustio y quejoso,
Yo solamente estoy.

Hallo en tu extenso pabellón desierto
Algo que iguala al pensamiento triste:
Lo negro de que viste
Tu inmensa soledad.

En la vida monótona y pesada
Del que carece de valer y amigo,

Encuétrase un abrigo
Bajo tu domo azul.

Cuando el niño no alcanza su deseo,
Por instinto animal sus ojos baña,
Y dóblase la caña,
Si sopla el vendaval.

Tenemos de amarguras un depósito
Que se va recargando gota á gota,
Y rebosando brota,
De nuestro pecho, al fin.

Se descansa accediendo á la flaqueza,
Abriendo al corazón, de sus pesares,
Cual contenidos mares,
Un amplio bocacáz,

Como quien presa de maligno absceso,
En la tímida piel se hace una herida,
Dando fácil salida
Al corrosivo pus.

¡Que salgan pues, las contenidas lágrimas
Que ante el mundo que triunfa se reprimen!
Porque llorar no es crimen,
Como en Getsemaní.

Es natural de la miseria humana
Sentirse contrariado algunas veces
Por tumbos y reveses
Que alternan con el bien:

Vicisitudes propias de la vida,
Que más ó menos equilibrio guardan,

Que más ó menos tardan;
Pero vienen y van.

Mas un crónico mal siempre constante,
Nuestra paciencia y energía agota,
Como pausada gota,
Que taladra el valor.

Cuando recapacito que mi vida,
Lucha no más con la desgracia ha sido,
En que sólo he obtenido
No perecer aún:

Cuando recuerdo que en la ingrata brega
No he tenido halagante un episodio,
Violento como de odio
Me salta el corazón.

¿Qué sería del campo de los cielos,
Si su cóncavo inmenso apareciera
Sin astro ni lumbrera
Que le prestara luz?

¿Qué hubiera hecho, sin tierra do posarse,
La cansada paloma del Patriarca,
Lanzada desde el Arca
A mares sin confin?

¡Así me pasa á mí!... Sólo descubro
Agua y más agua, mientras más avanzo;
Y nado sin descanso,
Y nado más y más!

Una sola esperanza me sostiene,
Como luz que agoniza allá á lo lejos:

Me quedan los reflejos
De mortecina fe.

La fe, que es aquel ángel misterioso
Que enseñaba á Jacob á hacerse fuerte
Contra su propia suerte,
Contra el brazo de Dios...

... Hay algo en el dolor que es verdadero
Que cumple la promesa bienhechora:
"Bendito es el que llora
Porque hallará solaz."

¡Oh, noche, augusta noche, entre tus velos,
Mi confianza y lágrimas envuelve,
Y mi antifaz devuélve
De noble impavidez!...

Nada quiero! Después de haber llorado
Al opaco fulgor de tus estrellas,
No queden ni las huellas
De mi debilidad.

Borraré de mis ojos las señales
Que puedan denunciar este momento,
Y el mustio y macilento
Semblante, compondré,

Para irme á confundir entre los otros
Sin hacerme notar por lo sombrío;
Si lloro ó si me río,
Si soy ó no feliz.



PRIMAVERA.

Ya el ceniciento césped se sacude:
Cúbrese el suelo de naciente grama,
Y á gorjear el pajarillo acude
Sobre la verde rama.

El aire se dilata y purifica,
Corre de nuevo una aura vegetal,
Ostentando otra vez su pompa rica
El sol primaveral.

Tiernos pimpollos en los negros chopos,
Apuntando en los lirios el rizoma,
Y amarantos, lobelias y heliotropos
Meciéndose en su aroma.

Todo vuelve otra vez con más fortuna,
Después de cierto plazo, en la pradera;
Pero el alma no tiene más que una [®]
Risueña primavera.

El aura es tibia, la cigarra canta,
La abeja zumba y el rosal florece;
Sólo el alma se agosta y desencanta
Y jamás reverdece.

El arrullo del viento en la arboleda,
De una hojilla al caer, el leve ruido,
El trino grácil de avecilla leda:
Todo es grato al oído.

Hay una fuerza de indecible encanto,
Que la atención y el pensamiento doma,
En el sentido y compasado canto
De la torcaz paloma,

Que me produce dulce complacencia,
Aunque mezclada de algo que lastima,
Cual si recuerdos mil de otra existencia
Vinieranse encima.

Antes, jugando en la húmeda verdura
Cogía, ya la espiga, ya el racimo,
Y me iba á reposar so la espesura
De perfumado limo,

Y recostado sobre el duro tronco,
Gozando de risueña perspectiva,
Cuidaba si á mis trampas algún bronco
Saltaparedes iba.

¿Qué hay de común entre la edad primera,
Tiempo feliz que nunca vuelve el mismo,
Y la alegre y galana primavera
De corto periodismo?

¿Por qué, esos días gratos de la vida,
Esa égloga, esos cuadros de la infancia,
Como un recuerdo de quietud perdida
Me trae esta fragancia?

¿Qué relación existe entre todo eso,

Y las flores, y la hoja que se bulle,
Y la alhondra que trisca en el cereso,
Y al entrevernos huye?

¡Gallardos lirios de sin par frescura,
Dalias amigas de color de esperma,
Vuestra vista me causa una tristura
Que al corazón enferma!

Un sol de fuego las montañas dora
Inundando el paisaje de alegría;
Mas todo lo sombrea y descolora
Negra melancolia!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En los pliegues recónditos de mi alma,
Como arcaica ruina se ha quedado
Un sentimiento vivo y delicado,
Congerie de ternura y gratitud

Sentimiento en que vienen á fundirse
Los sagrados recuerdos de la infancia
Que con grata, aunque triste resonancia
Reviven todo un mundo para mí.

Siéntome trasladado á aquellos días
Que acometé temblando, mi carrera;
Y cual náufrago entrado á la ribera,
Hoy contemplo la mar que atravesé.

Porque hay una tristeza bienhechora,
Bendita y celestial melancolía

Que satisface más que la alegría,
Y comunica temple más viril:

Momentos en que el alma es un santuario
De elevación sagrada y religiosa;
Y en qué, como de pétalos de rosa,
Lluvia de paz desciende al corazón.

Sentir en la memoria me complace,
Mis primeros cuidados y mis gozos,
Mi primer despedida, entre sollozos,
Del carísimo seno maternal.

Recuerdo mi entusiasmo en los recreos,
Mis sueños de oro y nácar, mis amigos;
Y hasta las privaciones y castigos
Matizan esos tiempos, de arrebol.

¡Y luego las soñadas vacaciones!
De mi madre al llegar, el mudo abrazo,
Y, apenas mal probado su regazo,
Nuevo intenso dolor para partir.

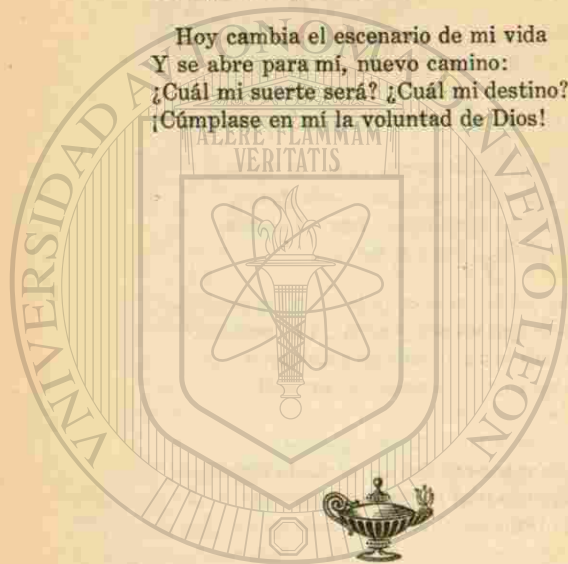
Sus recomendaciones y consejos
Tenían para mí tanta valía,
Que me daban esfuerzos y osadía
Para trepar las cuestas del deber.

El contento purísimo de su alma
Por mis lauros y triunfos de colegio,
Para mí era tan grato y tan egregio,
Como la más espléndida ovación.

... ¡Jamás me olvidaré de tantas cosas!
Y en la edad de los duros desengaños,

A la dulce memoria de esos años,
Mi espíritu rejuvenecerá.

Hoy cambia el escenario de mi vida
Y se abre para mí, nuevo camino:
¿Cuál mi suerte será? ¿Cuál mi destino?...
¡Cúmplase en mí la voluntad de Dios!



MUERTE DE MI MADRE.

Solo estoy en la arena de la vida,
Los vínculos de mi alma se han ya roto,
De mi nave soy dueño y soy piloto
Sin que á nadie su suerte dé interés.

Erato bondadosa, en otros tiempos
Me prestaba su lira algunas veces
Para templar el tedio y arideces
De mi oscura y aislada juventud.

Con ella atravesé yermas distancias
Y, aunque torpe y sin alas de poeta,
Me elevaba á fantástico planeta
Alumbrado por lunas de color.

Mas, como esos viajeros que trasmontan
Primero un pedregal, luego un pantano;
Después de una montaña, árido llano
Sin arribar á término feliz.

Así yo en mi camino: siempre cruzo
Un presente más duro que el que pierdo,

De modo que al mirar en el recuerdo,
Suspiro por volver á lo de atrás:

La estación de las aves y las flores,
La de cielo azulado y trasparente,
Es para mí, de nublos solamente,
De duda, incertidumbres é inquietud:

Perdido el ideal de una creencia
Que sirva de objetivo á las acciones,
Sin un norte en el mar de las pasiones
Se queda nuestro misero bajel.

Pero, oculto en el fondo de mí mismo,
Como dormido estaba un sentimiento
Que pasé inadvertido, hasta el momento
Que al rumor de una queja despertó.

Era el acento de muriente cisne
Que al recibir una mortal herida,
Hace oír su cantar de despedida
Al nido que dejó en el matorral.

Era el esfuerzo de amorosa madre
Que al sentir desprenderse de este mundo,
Quiere imprimir su labio moribundo
En la frente de su hijo, última vez.

Era el acento de esa voz dulcísima
Y de nunca olvidada resonancia,
Que se oye en los recuerdos de la infancia,
Como arrullo de tórtola, gemir.

Y vine á recoger su ay postrimero,
La mirada más tierna de sus ojos

Y, junto al lecho en que nací, de hinojos
Recibir su postrera bendición....

Ya no puedo sentir como otras veces,
A cada golpe de la suerte insana,
Esa melancolía, ese *nirvana*,
Que nos aísla del mundo en el desdén.

Ya no siento como antes, un alivio
En confiár mis penas á la pluma
Y convertir en elegiaca bruma
La negra tempestad del corazón.

Miro las cosas de diverso modo:
Despéranme los golpes, y á mi alma
Ya no puede llegar aquella calma
De grata y resignada morbidez.

No sé lo que me pasa al contemplarme
Como extraviado en la llanura inmensa
De una mar sin salida y sin defensa,
Sobre leño sin velas ni timón.

¡Oh tú, lira de mis días tempranos,
La confidente de otros sinsabores
Que yo juzgara entonces, los peores
Que en la vida del hombre hay que apurar,

Yo quisiera volver á ese pasado
De que tanto anhelara emanciparme,
Y en medio de todo él arrodillarme
Para decirle dolorido adiós;

Evocar las imágenes sagradas
Con que tanto he soñado y he vivido:

Abrazar esas sombras que he querido,
Y marcharme otra vez lejos de aquí!

¿Por qué no he de poder, siquiera ahora
Que he tornado á pisar el suelo patrio,
Visitar de pasada, antiguo el atrio
Donde otra vez fervientemente oré?

¿Por qué no he de poder antes que parta,
Saludar mis penates, los de niño,
Que tantas veces mi infantil cariño
En horas menos tristes frecuentó!...

¡Ya no me arrojará la blanca luna
Que tantas veces refrescó mi frente
En mis veladas de delirio ardiente,
Deteniendo mi pluma en el papel!

¡Ya no me dormirán sus amapolas
Pensando en pasatiempos y en cortejos,
Fiado en que velaba desde lejos
Maternal providencia sobre mí!

Para la madre, siempre es niño el hombre,
Siempre lo cree sencillo é inocente,
Y todo hombre, otra vez niño se siente
Cuando vuelve al regazo maternal.

¡Ya nunca estas estancias solitarias,
Este antiguo solar, cuanto hora pierdo,
Avivando su vista mi recuerdo,
Mi valor hasta el polvo han de abatir!

... Vóime á vagar por el tortuoso mundo.
¡Dulces escenas que la mente nombra
Y veo aparecer en cada sombra,
Os digo para siempre: ¡adiós, adiós!



LA VIDA.

I.

De tibia noche en el solemne arcano
Se ciernen vagas y dispersas notas
De suntüoso festival lejano,
Como despojos náufragos de flotas
Que rodando en el tímido oceano,
A las regiones llegan más remotas;
Y en los ecos murientes de esos sonos
Vienen también fantásticas visiones.

Lejos estoy; mas la brillante orquesta
Se puede adivinar desde mi estancia,
Y los más culminantes de la fiesta

Con todo su aparato de elegancia;
 Mi estado psicológico se presta
 A sentir igualmente esa Francia ^{1^{ga}}
 Voluptuosa, que forman los olores
 De exóticas esencias y de flores.

Revolotean en volubles giros
 Enlazados donceles y doncellas:
 Ellos de cupidos y vampiros,
 Y como diosas y vestales ellas,
 Murmurando palabras y suspiros
 Que son de amor requiebros ó querellas
 Ahogados en la música lasciva
 De una danza habanera con voz viva.

Allá detrás, un corazón celoso
 Cree atisbar en la confusa danza,
 Una pareja, en vals vertiginoso,
 Que entre las otras, rápida se lanza,
 Y sobre el hombro del apuesto mozo,
 Ella la frente, lánguida descansa,
 Tratando de obtener con gracia y arte,
 Algo más decisivo de su parte.

... Y así por lo demás,—que esa es la vida
 De los que no conocen sus rigores,
 Y la ven deslizar siempre adormida,
 Como manso arroyuelo entre las flores;
 Y donde todo, hasta el placer se olvida,
 Para dar el lugar á otros mejores,
 ¡Así es muy fácil sin falacia alguna,
 Someterse á la ley de la fortuna!

Bello es el mundo, como lago terso,

Para esos favoritos de la suerte
 Que todo lo consiguen sin esfuerzo,
 Y resbalan su vida en goce inerte,
 Zánganos del panal del universo;
 Pero de esto, á la lucha con la muerte
 Y á la desesperación, que es más horrible,
 No hay ni siquiera parangón posible.

Allí está el porvenir, rico paisaje
 De conquistas y glorias y algazara,
 Como oasis, del árabe paraje
 En las caldas estepas del Sahara,
 Que se divisa entre óptico celaje,
 Cual un sarcasmo de la suerte avara;
 Porque la linfa que á lo lejos veo
 Es tan sólo del aire un espejeo

Se entumece mi frente, de... alegría,
 Y si mis sienes zumban sordamente,
 Es que un arrebató de poesía
 Suspende mis sentidos y mi mente,
 Sin envidia, sin celo ni ironía,
 Ya que todo el que vive es combatiente,
 Y el soldado, en el puesto que le toca,
 Debe morir más firme que una roca.

¡Se divisa en confusa lontananza,
 En el fondo del caos, limpia y bella
 Una luz asomar de venturanza,
 Como el disco luciente de una estrella?
 —Y qué! ¿No es suficiente á la esperanza
 Levantar sus miradas hacia ella?
 —Es verdad ¡Todos tienen el derecho
 De arder su corazón dentro del pecho!

Adelantemos, pues!—Animo!—Vamos!
 Sin murmullos, sin altos ni pigracia
 —Pero es fuego la arena que pisamos
 Y el *samoín* del desierto nos asfixia:
 Quedémonos aquí!—Nada; sigamos!
 Que á la postre no hay suerte mas propicia,
 Que cumplir cada cual con su destino
 Sin desmayar á medias del camino.

II.
 ¿No habeis pasado aquellas largas horas,
 Que de la noche en la quietud inmensa,
 Pesan sobre nuestra alma, abrumadoras
 Como muda, dejándola, y suspensa,
 Porque insisten más negras y traidoras
 A medida que en ellas más se piensa;
 Y que vamos bajando hacia un abismo
 De desesperación y excepticismo?

Es un mar sin ribera el pensamiento
 A que el alma se entrega delirante
 Para buscar remedio á ese tormento
 Peor que muchos que describe el Dante;
 Y navega sin brújula ni viento
 Por esa inmensidad desesperante,
 En que no se halla tierra ni una roca
 Donde descanse la mirada loca.

Vese la vida malograr sin fruto,
 Y en su lenta sarcástica rutina,
 Que nos clava minuto por minuto,
 De su diástole y sístole la espina

Para rememorarnos el tributo
 Debido á su rival, á la asesina,
 Que nos viste la túnica de Neso
 Antes de desposarnos con su beso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Otra vez negro afán, otra vez llegas!
En vano al corazón pensé haber hecho
Como un claustro de paz dentro del pecho,
Donde no penetrara ni un rumor:

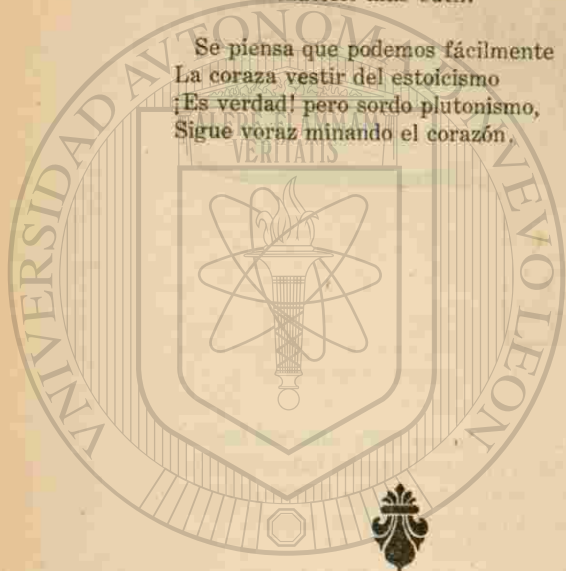
En vano por la cuesta de la vida,
Como Sísifo voy con mi basalto;
Cuando creo llegar á lo más alto,
Hasta el abismo vuelveseme á hundir.

En vano entre la guasa y el bullicio
Aturdir he querido mi existencia,
Donde algo amortiguada la dolencia,
Curado me creyera de mi mal.

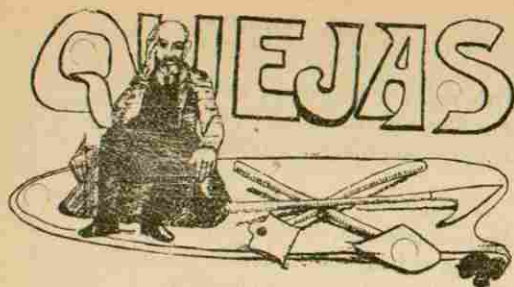
Mas mi herida, cerrada sólo en falso,
Guarda virus oculto que retoña,

Y cada vez esa letal ponzoña
Necesita cauterio más sutil.

Se piensa que podemos fácilmente
La coraza vestir del estoicismo
¡Es verdad! pero sordo plutonismo,
Sigue voraz minando el corazón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



Cámbianse las vistas en cada acto
De este drama de estólicas variantes,
Nuevos tipos de formas discordantes
Se revuelven en rápido trajín.

Ya una fiesta, un estreno, una promesa
Que la lisonja ó el capricho azula,
Y todo cual matiz de libelula,
Es de pura apariencia ó falsedad.

Ha cabídome en suerte la desgracia
Que las más impensadas excepciones,
Las más negras y sórdidas pasiones
Hanse despeñado sobre mí.

Y eso fué evaporando mi esperanza
Y extinguiendo el vigor de mi cabeza,
Porque la llama que alumbrando empieza,
Acaba por quemar y demoler.

Y cuando luego á contemplar me pongo

Todo aquel entusiasmo y ardimiento,
 Aquellas construcciones en el viento,
 Tanto vano proyecto y tanto afán,

Me convenzo que todo es resultado
 De la alucinación de un espejismo
 Que en la imaginación forma uno mismo,
 Sin poderse librar de la obsesión.

Y veo claramente el campo estéril
 Y el improbo trabajo de mi vida
 Que he gastado corriendo á toda brida
 Sin haber avanzado de un lugar.

¿Quién, después de cansancio tan baldío,
 No siente depresivo desconsuelo,
 Y dejando caer su esteva al suelo,
 No se sienta en el tedio y la inacción?

Por mi parte, rendido de fatiga,
 Y sin hallar á mi comedia asunto,
 No le encuentro en resumen, ningún punto
 Que vivirla, pudiera merecer.

Y si hallara á mi alcance algún brevaje
 Que me hiciera perder toda conciencia
 Dé mi anterior inútil existencia,
 Yo lo apuraría sin vacilar!



RECUERDOS.

De antiguos tiempos
 La grata historia,
 En mi memoria
 Vaga sin fin,
 Y mil recuerdos
 Conmovedores
 De días mejores
 Vienen á mí.

Como un suspiro,
 Del aura erránea,
 Como instantánea
 Sábita luz,
 Cruzan mi mente
 Notas y escenas
 De horas serenas
 De juventud:

Ecos perdidos,
 Fantasmas bellos,
 Febles destellos

De astro que fué.
Ay! De los hombres
Sería la suerte,
Eterna muerte
Sin ese bien,

Sin los ensueños
Aunque fugaces,
Locos, falaces
De ardiente amor;
Sin el hechizo,
De esos engaños,
Sin esos años
De animación.

Y ¿qué es la aurora,
Con sus rumores
Y sus colores
Y aura gentil?
Y del arco-iris
Que Febo pinta,
¿Qué es de su cinta,
Vivo el matiz?

Y del fulgente
Limpido cielo,
¿Qué es ese velo
Diáfano azul?
Del verde prado
¿Qué es la alegría?.....
—Flores de un día,
Juegos de luz!

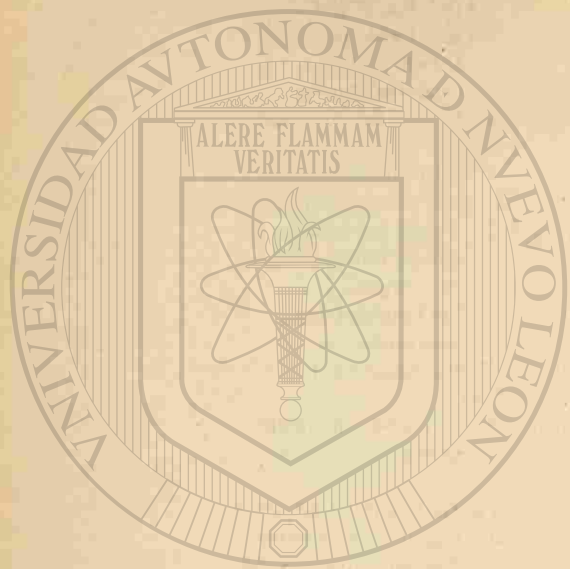
Así el encanto

De ciertas horas
Halagadoras
De una ilusión,
Es el efecto
De una morfina
Que nos propina
Insano amor,

Lúcida estela
Del pensamiento,
Fugaz momento,
Ritmo feliz;
Es Lorelei
De la memoria,
Voz delusoria
De aleve hurí;

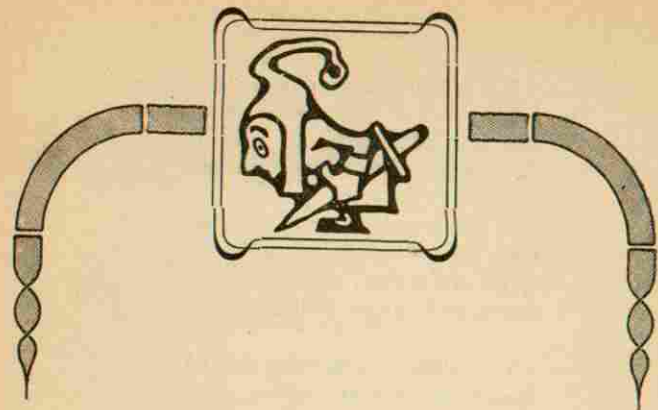
Clisé de un cuadro
Que se nos graba,
Y como lava
De igneo volcán,
Queda en la mente
Petrificado:
Es el pasado,
Es nada ya.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANGUSTIA.

Cuando ya me resigno á que la muerte,
Con la helada anestesia de su manto,
Cubra mi mal y embote mi quebranto
Llevándolos conmigo hacia su fin,

¡Todavía me asedian los recuerdos
Como bandas de blondas hetairas
Que en ánfora de impúdicas mentiras
Me brindan embriagante seducción!

¡Todavía pretenden en mis ojos
Colocarme su prisma diamantado
Que refringe las luces del pasado
Con alucinadora falsedad!

Y si allá en lo cerrado de la noche,
Un rayo de esperanza á veces brilla,
Es como esfuerzo en ruda pesadilla,
Que sólo se consigue encrudecer.

Y si logro aplacar la negra angustia,
Y otros lauros vislumbro en mi delirio,
Que no sean la palma del martirio
De obscura y dilatada abnegación,

El descarnado tarso de la muerte
Cabe mi lecho de dolor crepita,
Quien con sonrisa irónica maldita
Hasta esos fuegos fátnos hace huir.

Y establécese allí, como la fiera
Que, teniendo á su víctima segura,
Prolonga su ansiedad y su tortura
Deleitándose en verla terrecer.

¡Hiere pues, de una vez, Parca inhumana,
Y termine, por fin, este combate
Que, á cada nuevo desengaño, abate
Mi espíritu y mis fuerzas más y más!

Y tú, Ménade, sombra del pasado,
Que aumentas los objetos y afecciones
Con formas de falaces proporciones,
¡Retírate, retírate de mí!

Al cabo de esta vida que se escapa,
Todo ha sido espejismo y vano empeño,
Y sólo de la muerte el frío sueño
Tiene consolante realidad.

Mi suerte malogré desatinado,
En el monte jugándola del mundo,
Y al fin de la partida, sólo inmundo
Un presente, me queda que perder.

Hay otra vida!—Allí los que sufrimos
En ésta, por el mal que hayamos hecho,
Quizá ya encontraremos satisfecho
El saldo de esa deuda de expiación.

¡Oh, sí mil veces, mi esperanza es esa!
La que siempre es verdad: la que se alcanza
A medida que menos esperanza
Ponemos en el bien de por acá.

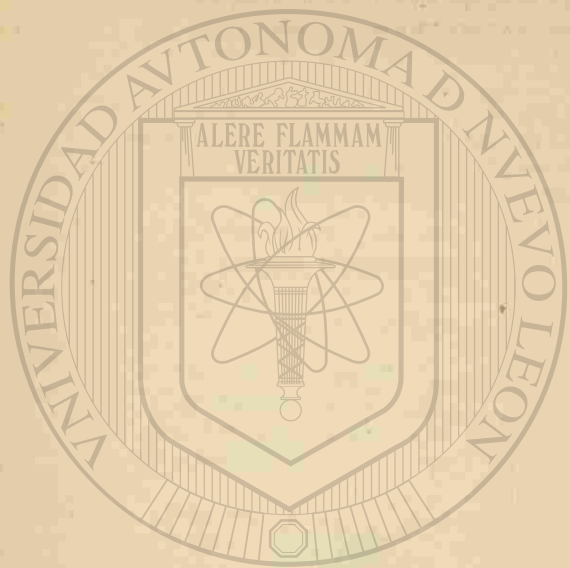
U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFIANZA.

Muchas veces desesperado,
Maldije de mi fortuna,
No hallando salida alguna
A mi negra situación;
Muchas veces bajo el peso
De angustioso sentimiento,
En un solo pensamiento
Mi alma fija se quedó:

De vigilia horribles noches
En que en silencio se llora,
Y sorpréndenos la aurora
En inmóvil actitud.
¿Por qué no elevar entonces,
Nuestro espíritu hacia el Cielo
Para buscar el consuelo
Que hallan tantos en la Cruz?

El que rocia las plantas
Y á las aves teje nido
¡Sólo al hombre desvalido

El socorro negará...?

—No puede ser! Mas espera
Que el punzón de la desgracia
Nos haga implorar la gracia
De su ósculo paternal.

Confianza! He aquí el secreto,
El eje de la existencia:
Confianza en la Providencia
Sin reservas ni temor!
Y así vendrá lo más propio
Para nuestro bien completo;
O el ambicionado objeto,
O santa resignación.



DEPRECACION.

¿Por qué, del corazón la paz tranquila
No he de poder hallar, Dios soberano,
Si tienes las fortunas en tu mano
Y la paz y la dicha tuyas son?
¿Por qué desconfiar de tus bondades
Fomentando la duda y la tristeza,
Cuando haces la opulencia de pobreza
Y el Gólgota conviertes en Tabor?

¡Oh Dios, eterno Dios, á quien me arrimo
Como al enebro, lánguida la yedra,
Sostenido por tí, nada me arredra:
Ni olvidos, ni traiciones, ni escasez!
Vendrá de nuevo la estación florida,
Sus gayas mariposas y sus frutas;
Pero al áspid oculto entre las grutas,
Con experto temor evitaré.

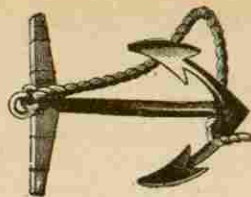
¿Dudo acaso?—¿Y es duda filosófica
La que en mi pecho, vergonzante anida,
O es la fétida Arpía del suicida,

Esta que aletea cerca de mí?
 ¿O es la vergüenza, y el temor al mundo,
 Lo que toma la máscara de dudas:
 De ese mundo que vende, como Judas,
 A los que le aman, con vileza ruin?

No; tan sólo es impía desconfianza
 De que haya una tan grande Providencia
 Que tenga voluntad y omnipotencia
 Para cambiar de un átomo el correr.
 Pero ¿quien da y destroza las coronas,
 Infunde la salud y ese valiente
 Impulso razonado de la mente,
 Que héroes y genios en el mundo es?

¿Tú lo das, es verdad! La Desconfianza,
 Que retire de mí su torvo espectro;
 Y, empuñando otra vez áureo plectro,
 Himnos te cantaré de bendición.

.... Diríase que el ángel de la vida
 Ha rozado mis sienes con su ala,
 Pues siento por mis venas, que resbala
 Fluído de suavísimo calor.



VOTO.

¡Que como en tiempos de recuerdo hermoso,
 Mi pecho se dilate, Madre mía,
 Al pronunciar tu nombre misterioso!
 Más pura otra alegría,
 Ni esperanzas más gratas y risueñas
 He alcanzado después; ni puede el hombre
 Henchir su corazón con más ternura,
 Que al repetir tu nombre,
 Símbolo de bondad y de ventura.
 Quiero otra vez tenerte por consuelo,
 Y para ello en tí cifro mi confianza,
 Pues queriéndolo tú, Reina del cielo,
 Mi tedio misantrópico y mi duelo
 Se tornarán en fúlgida esperanza.
 ¡Mi suerte he merecido!
 Y esta voz que resuena en mi conciencia
 Como de otro, sentencia,
 En vez de provocar odio y rencores

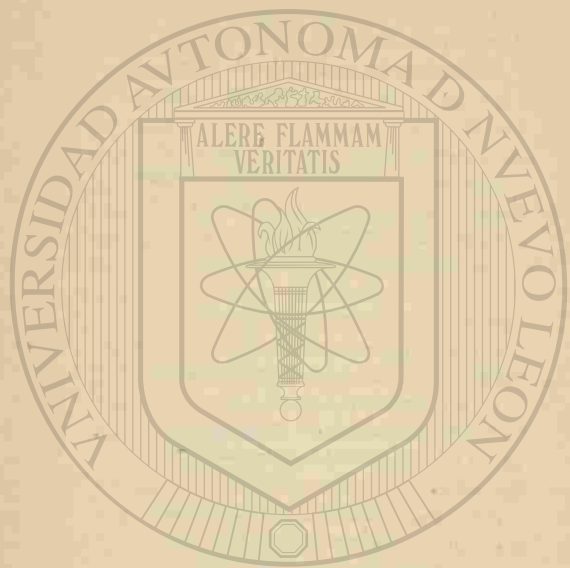
Contra aleve enemigo,
Háceme conocer, de mis errores,
No ya la necesaria consecuencia,
Sino el digno castigo.

Despénase, es verdad, por culpa mía,
El cúmulo, ¡oh María!
De males enconosos y dispares
Que alejado de ti yo he resentido;
Pero es tan radical y hondo el estrago
Que han hecho en mi moral tantos pesares.
Que necesito, Virgen, que me ampires
Bajo el armiño de tu dulce halago;
Y que, cual madre tierna,
Más que la madre que meció mi cuna,
Recibas por tu cuenta mi fortuna,
Y la negra caverna
Cierres de ese pasado
Que, sólo imaginarlo renovado
Causa el vértigo mismo
De atracción, que la boca de un abismo;
Y alumbre mi horizonte infortunado
La bienhechora luz de tu exorcismo.
Tá lo puedes muy bien, lo puedes todo
Con un ruego no más, con una queja,
Porque á tu voz la tempestad se aleja
Y en bonanza se trueca el fiero mal.
Mi deseo es vivir en tu refugio
¡Compasiva y poética María!
Glorias no ambiciono, ni poesía
Si no se alcanzan con tu santo amor.
Quiero quedarme en tu materno asilo,
Abandonando todo asilo humano,
Y recibir tan sólo de tu mano
El bien que satisfaga mi ambición.

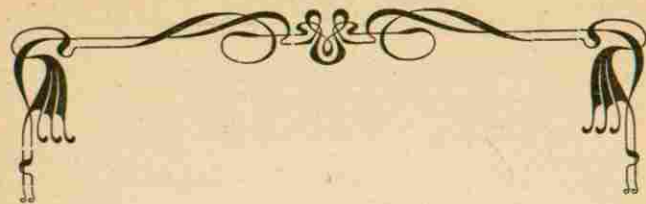
En tí, Señora, la esperanza fundo
Que Dios me limpie de la ganga impura
Que dejan los amores de este mundo,
Cuando se convierten en locura;
Y si llega á atraerme alguna cosa,
Algo que bello y muy preciado crea,
Por el motivo sea
De poderlo á otro amor sacrificar.

Haz que respire mi cansado espíritu
Aquel suave contento, aquella calma
Que los niños respiran,
Como si fuera oxígeno del alma;
Y extirpa de mi pecho
Este nido de víboras y helmintos
Que tanto mal me han hecho,
Porque este hervor de pésimos instintos
Y acre misantropía,
Tan sólo por la acción restauradora
De la que se levanta como aurora,
Se puede convertir en alegría.

Pido tanto, Señora, porque siento
Que sin un cambio radical por base,
Como pluma de nieve desharase,
Al tibio soplo de contrario viento,
Mi confianza y mi fe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡¡MAVETH!!

¡Morir, morir! Miseria más enorme
No se puede alcanzar, ni más profunda.
¡Quedarse reducido á masa informe
De sucias larvas y materia inmunda!

Si sólo fuera abandonar la vida
Y pasar á la nada por completo:
Aunque inmensa la pérdida sufrida,
Para sentirla, no habría sujeto.

Pero bajar desde la excelsa cumbre
En que el hombre se encuentra sublimado,
A la más repugnante podredumbre
Que imaginar se puede en lo creado,

Es pasar más allá de lo postrero
Quedando de inferior aun á la nada,
Es un descenso más allá de cero
A que la impía muerte lo degrada.

Ante tal abyección y desventura

Que admitir no se puede, aunque se vea,
Se siente sublevar nuestra natura,
Sin llegar á avenirnos con su idea.

Nada iguala al suplicio de la muerte,
Puesto que sucumbe el moribundo
Que antes, sobreviviera á todo suerte
De males y tormentos de este mundo.

Es horrible morir ¡oh Dios eterno!
No hay una angustia superior á esa,
Y por eso la pena del infierno
Es una muerte eterna: que no cesa.

Hay indudablemente un gran arcano
En tan descomunal desequilibrio
Que obliga á presentarse al sér humano,
De todos los demás, hecho ludibrio.

—Dios es la vida. Aquel que lo reniega
Y no quiere beberla de su fuente,
Por su soberbia voluntad se entrega
A morir, y morir eternamente.

Si por una estulticia pervertida
Quiso llamarse Dios, el primer hombre,
Negándose á deber á Dios la vida;
Por usurpar ese inefable nombre,

El sólo fué el autor de la sentencia
Que lo convierte en despreciable escoria,
Sin medir la funesta consecuencia
Que habría de traer su vana gloria.

A ese fallo fatal, el hombre debe

Que el ángel de la muerte lo avasalle,
Y á que en él mismo la guadaña cebe,
Y á que en los que ama, su furor estalle.

Y es terrible, si llenos de energía
Con violencia de tromba nos derrumba,
Y más, si con lentísima agonía
Nos arrastra, cruel, hasta la tumba.

¡Yo no quiero morir, oh Jesús mío!
Y aunque tenga esa deuda por herencia
O en uso de mi débil albedrío,
La puede condonar tu omnipotencia.

¡Yo no quiero morir! Morir me espanta
Y me hiela de horror la sepultura;
Ya Tú pagaste con tu muerte santa,
Toda nuestra deuda, con usura.

Y si por atavismo la contraje,
Con la concupiscencia y el orgullo,
Pertenezco también á otro linaje:
Soy hijo de tu amor, soy hijo tuyo.

Yo no quiero tener ese delito
Que consigo trae tan dura suerte,
Yo no quiero morir ¡oh Dios bendito!
Y Tú puedes librármelo de la muerte.

Porque esa negra gangrenosa lacra,
Tan sólo de la herencia se deriva,
Y tu misericordia puede, sacra,
Restituir mi natura primitiva.

Yo no acepto esa herencia tan tremenda

Que no es la de mi Padre que me ha criado;
Tú eres mi única herencia, Tú mi hacienda,
Y no la de la muerte y el pecado.

Renunciaría para ello hasta el cariño
De los que Tú me diste como guías,
Si bien yo te haya orado desde niño
Por su eterna salud, todos los días.

Dígnate perdonarme si he faltado
Amando á una criatura con exceso,
Porque si es la verdad que mucho he amado,
No es con el amor que á Ti profeso

Yo te adoro, Señor, porque en Ti encuentro
Ese calor que el hombre necesita,
De dulce protección; Tú eres el centro
A cuyo derredor mi alma gravita

Por eso al contemplarte con la idea,
Como grano de cera en tí se funde
Y en deleite infinito saborea
Que contigo ella se une y se confunde.

Yo te busco, Señor, porque en tu ambiente,
Siéntome en mi elemento, con holgura,
Como el ave en la atmósfera se siente,
Como el pez, de los mares en la anchura.

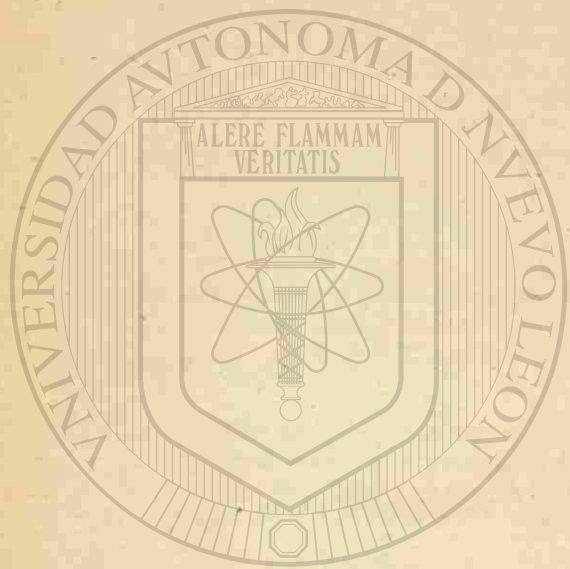
Tú lo sabes muy bien, siempre te he amado,
A pesar de mis necios devaneos
Y que en mi corazón te he levantado
Un altar sobre todos mis deseos....

Permite pues, se calme la locura
Que en el delirio del pavor blasfema
Queriendo substraerse á la natura,
Que nos impone esa expiación suprema.

No me imputes, Señor, lo que te digo,
Transido de un terror que me extravía;
Si sólo por la muerte he de ir contigo,
¡Venga la muerte y toda su agonía!

Me esfuerzo en comprender que es necesario
Para ver de tu faz la limpia lumbre,
Purificar el alma y su sudario
Que la culpa manchó de podredumbre.

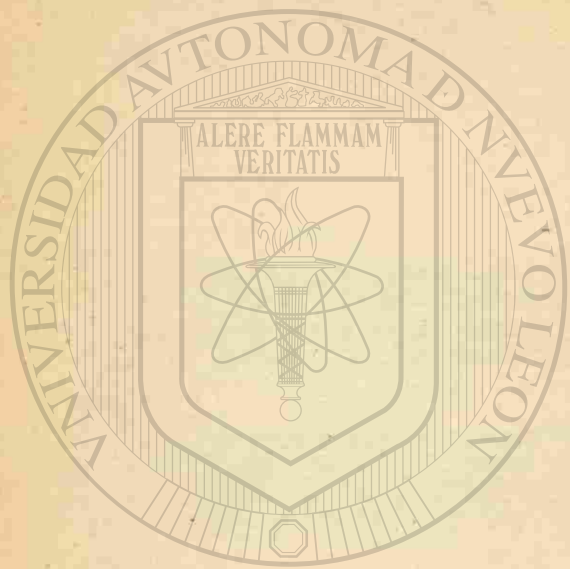
Sólo te ruego ya, que en esa hora
Que te hizo horripilar hasta á Ti mismo,
No me deje tu mano protectora
Despeñar hasta el fondo del abismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DOLORES.

I. - 1881.

En mi camino lleno de escombros
Morir me siento de lasitud:
No puedo solo, sobre mis hombros
Hasta los Cielos llevar la cruz;

Contigo encuentro bendita calma
Que es un carisma, cual don de Dios,
Pues de mi madre tienes el alma, (1)
Que tú heredaste con su candor.

No son deliquios de amor fulmineo,
Que vive y muere con el placer,
Lo que yo busco; sino virgíneo
Corazón de oro, como el tuyo es.

(1) Era nieta de mi madre.

Tampoco quiero amor extático
Que es todo, menos, realidad:
Desengañado, soy un fanático
Por lo sencillo, lo natural.

Un nombre obscuro, mi nombre pobre
Es cuanto puedo darte yo á tí:
Es una joya, que aunque de cobre,
Sólo tú puedes reproducir. (1)

No habrá distancia que nos divida,
Ni habrá secretos entre los dos:
Será mi vida junto á tu vida
Y junto al tuyo, mi corazón.

Cual de una fuente dos arroyuelos,
Como dos rosas que da un rosal,
Jamás tendremos orgullo ó celos
Por diferencias de calidad.

Si el mismo origen hemos tenido,
Llegar podremos al mismo fin,
Como palomas del mismo nido
Que allá en el soto vuélvense á unir



II.—1909.

En mi camino lleno de escombros,
Aire me falta, me falta luz;
Sin tí no pueden solos mis hombros,
Hasta los cielos llevar la cruz.

Sonriendo estabas y en santa calma,
Aunque hecho trizas el corazón, (*)
Al ausentarte; pero yo el alma
Tengo hecha trizas y la razón.

No eran deliquios de amor fulmíneo,
Ni voluptuoso muelle placer,
Sino atractivo puro y virgíneo
Lo que tus ojos sabían verter

Me aislé del mundo con ceño apático,
Del mundo necio, falso y venal,
Pues me enseñaste tú á ser fanático
Por otro mundo, y otro ideal.

(*) Murió de una fulminante afección
cardíaca.

A tu sepulcro, mi pobre nombre
Es cuanto llevas, cuanto te di!
Tu ángel no quiso que entero otro hombre
Lo recibiera de mí y de tí.

No hubo distancia ni distintivo
Mientras vivimos, entre los dos;
Hoy que te alejas yo muero vivo,
Y tú en mi mente vives y en Dios.

Como dos hilos de un arroyuelo
Como dos rosas en un rosal.
Así nacimos... y ahora el Cielo
Pone entre ambos foso fatal.

Somos polluelos del mismo nido
Que á amarnos fuimos á otro jardín;
Si hoy separarnos Dios ha querido,
Es para unirnos en El, al fin.



III.

¿Quién te manda, santísimo recuerdo,
Que en mis horas mortales de tristeza,
Cuando inclino abrumado la cabeza,
Riegas mis sienas con rocío de paz?

¿De donde vienes tú, nuncio celeste.
Telefonema que en la luz cabalgas
Para llegar á mí, como esas algas
Que de otros mundos acarrea la mar?

Tú eres el rayo de una luz divina
Que disipa de mi alma la negrura
Y forma con sus juegos la figura
Que caricia fué siempre para mí.
Cuando parece que mi fe se hunde
Porque está naufragando mi esperanza,
Cual faro te divisó en lontananza,
Como estrella polar del porvenir.

Y si la negra soledad me hostiga
 Como inútil y estéril sacrificio,
 Mientras me tienden el placer y el vicio
 Las redes de su encanto seductor,
 Te miro en sueños, lúcida como ángel,
 Y oigo tu voz de arrullador zureo
 Y en la virtud y en sus milagros creo,
 Cediendo la maléfica obsesión.

Cuando gastada del valor la fibra,
 En el combate del vivir desmayo,
 De tus ojos sonrientes pártete un rayo
 De amor que fortifica mi moral.

Y si el cansancio que me agobia llega
 Hasta orillarme á aborrecer la vida,
 Te revelas á mi alma dolorida,
 Y la vida otra vez me haces amar.

Al quedarme mirando tu retrato,
 Sale dél un efluvio que me calma,
 Que de la eternidad me manda tu alma
 De tu santa y viril resignación.

Y es tu recuerdo lámpara perene
 Que arde de mi mente en el santuario,
 Siendo mi corazón el relicario
 Donde se guarda tu postrer adiós.

¡No he podido olvidar aquel momento...
 Y el castísimo beso que me diste!
 HASTA EL CIELO, sonriendo me dijiste,
 Levantando los ojos hacia él.

Esa cita de amor, esa promesa
 Es la que guardo con avaro anhelo,
 Y es la que me hace levantar al cielo,
 Para esperar, los ojos de la fe.

No puedo desprenderme de aquel cuadro,
 De aquella despedida "HASTA LA GLORIA"
 Esculpida la llevo en la memoria
 Con tu acento inspirado y tu mirar.

Parece que me sigues complaciente
 A aquellos sitios en que tú solías
 Acompañarme, como en otros días,
 Solcito, amoroso ángel guardián.

En el templo, en el campo y en la calle,
 Dondequiera te finge mi deseo,
 Y me consuela, cuando no te veo,
 La idea que en el Cielo estás, feliz....

Pero al volver á nuestro viejo nido,
 Que hallo desierto, ..á sollozar me postro
 Bajo la luz que irradia de tu rostro,
 Pidiendo á Dios me lleve junto á tí.

A veces, una especie de hipnotismo
 Me quita la conciencia del presente
 Haciéndome olvidar extrañamente
 Que todo un mundo media entre los dos.

Paréceme que te hallas en tu huerto
 Entretenida en arreglar tus flores:
 Que estás cerca de mí ó en tus labores,
 Y que nada ha cambiado entre tú y yo;

Mas al salir de ese morbosos sueño
 Y darme cuenta de mi actual estado
 Y de que ese espejismo es el pasado,
 El pasado que nunca ha de volver,
 Todo el presente se me viene encima,
 Y un silbo de serpiente que me quema,
 Me rechina infernal el anatema
 De que jamás á verte volveré.

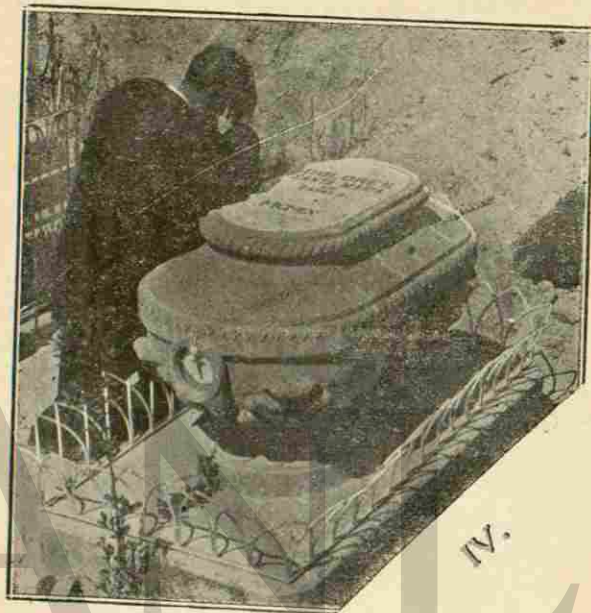


¿JAMAS? ¡NO HASTA EL CIELO. ?—¡Que infamia
(me mentira,
Que pérfido zumbo, que atroz maldición!
Mis nervios se crispan, mi mente delira,
No sé lo que siento, no sé donde estoy.

¡Conque eso es el hombre: un poco de lodo
Que se echa en la tumba como á un albañal!
¡Conque eso es la muerte y aquí acaba todo,
Y nunca he de verla y no hay más allá!

¡Quien esa blasfemia vibró como dardo,
Y luego en la sombra, traidor se ocultó?
Sátán—VADE RETRO—Tú mientes! Yo aguardo:
Yo creo el bendito RESURGAM de Job.

Lo mismo me expresa el rostro querido
Que en ese retrato veo sonreír;
Y en sueños un eco murmura á mi oído:
"TE ESPERO EN EL CIELO PIDIENDO POR TI."



SOBRE SU TUMBA.

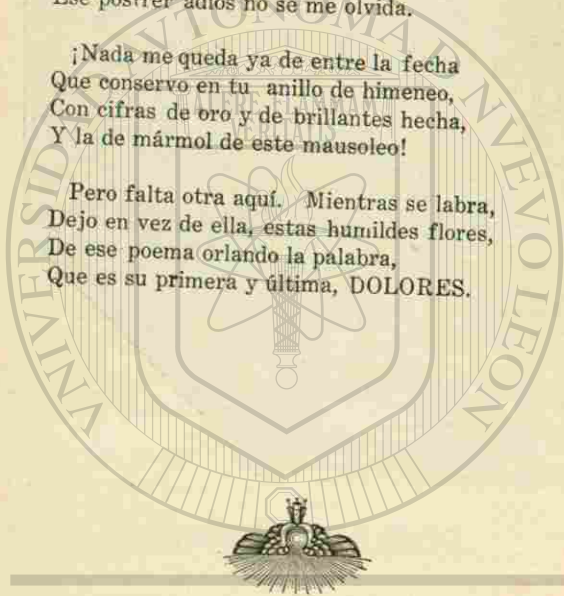
Vengo, sobre tu tumba, amiga amada,
A orar por tí, que es mi único consuelo
Mientras no rindo toda mi jornada
Y me voy á reunir contigo al Cielo. ®

No cesarán mis escaldados ojos
De pagar su tributo á tu memoria,
Hasta que no descansen mis despojos
Bajo esta misma lápida mortuoria.

Sobre tu frente pálida de lirio
Mis labios estampé por despedida:
En mi pasado tácito martirio,
Ese postrer adiós no se me olvida.

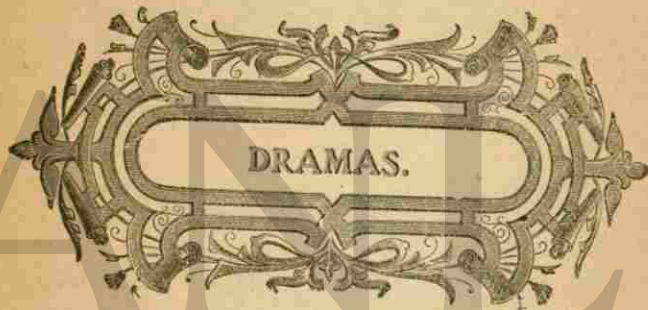
¡Nada me queda ya de entre la fecha
Que conservo en tu anillo de himeneo,
Con cifras de oro y de brillantes hecha,
Y la de mármol de este mausoleo!

Pero falta otra aquí. Mientras se labra,
Dejo en vez de ella, estas humildes flores,
De ese poema orlando la palabra,
Que es su primera y última, DOLORES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

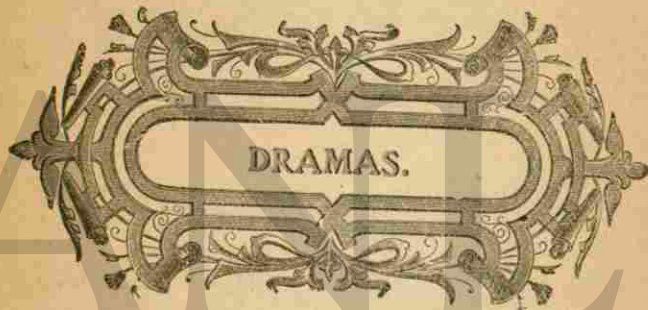
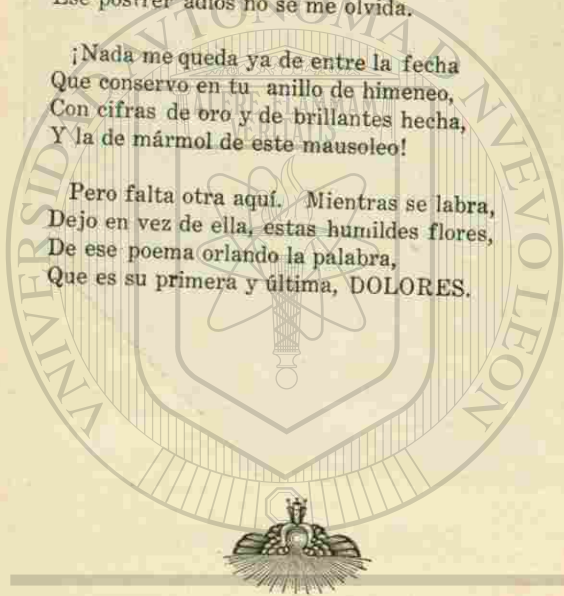
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sobre tu frente pálida de lirio
Mis labios estampé por despedida:
En mi pasado tácito martirio,
Ese postrer adiós no se me olvida.

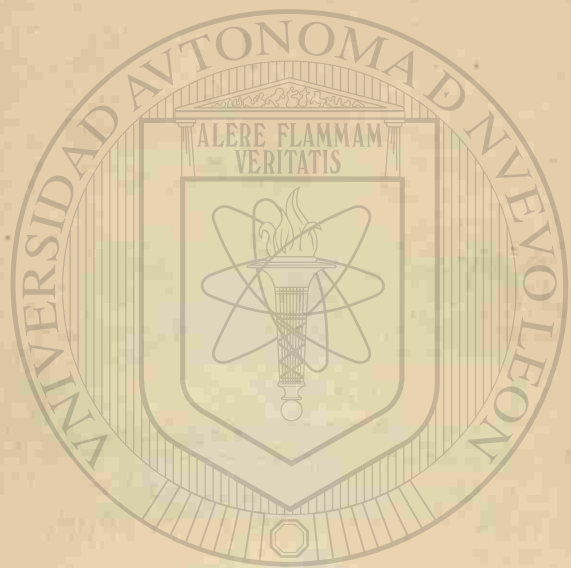
¡Nada me queda ya de entre la fecha
Que conservo en tu anillo de himeneo,
Con cifras de oro y de brillantes hecha,
Y la de mármol de este mausoleo!

Pero falta otra aquí. Mientras se labra,
Dejo en vez de ella, estas humildes flores,
De ese poema orlando la palabra,
Que es su primera y última, DOLORES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

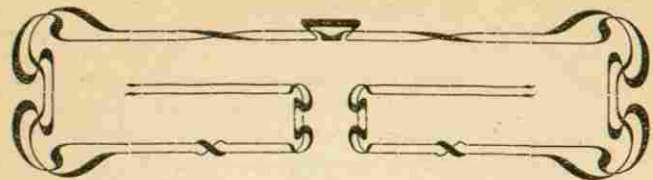
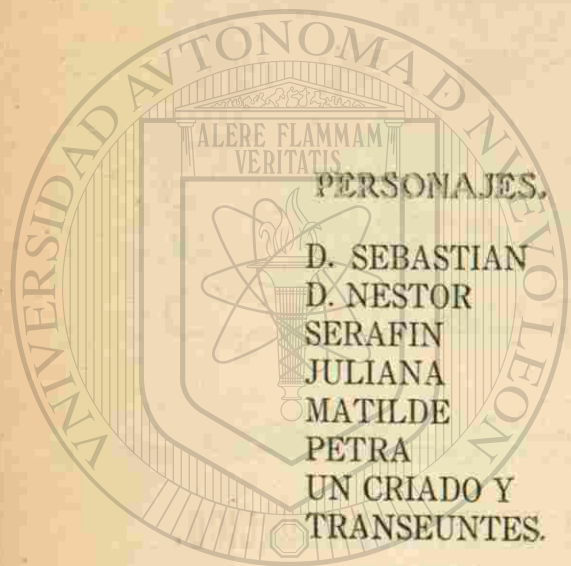
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Una Carta de recomendacion.

COMEDIA EN UN ACTO.

®



ACTO UNICO.

La escena pasa en la ciudad de México. El foro está repartido en dos compartimentos. el de la derecha representa una sala decente con dos puertas á la derecha y una ventana que da al otro compartimento, el cual representa una calle, que se cruza con otra que pasa por detrás de la sala.

ESCENA I.

D. NESTOR, JULIANA Y MATILDE.

NESTOR.

Pero, Julianita, es V. muy severa en condenar los bailes, solamente porque los varones tocan la mano á las señoritas y pueden hablar de algo que no deba decirse con toda libertad delante de papá y mamá. La sociedad tiene precisión de conceder algunas ocasiones en que los jóvenes de ambos sexos traten de ese asunto, que á V. le parece tan importuno é indecoroso: es decir, de cosas de amor. Porque si es

licito, si es necesario que haya matrimonios, lícito y necesario ha de ser que los matrimonios se concierten, y esto, no de un modo clandestino y excusado, que puede prestarse á muchas inconveniencias.

JULIA. Se permite V. conversaciones tan libres, que no pueden sostenerse por persona de buenos principios, y costumbres morigeradas, ni es decoroso entrar en las discusiones que provocan. Yo digo que los bailes son sumamente peligrosos y no sirven para nada bueno, según la expresión de Monseñor Segur, Arzobispo de París, y otros varios escritores sagrados, porque se hacen cosas que no debe saber siquiera que existen, una niña recatada y de fina educación.

MATILDE. A mi me agradan mucho los bailes, confieso mi pecado, y prometeré á mi papá cuando me lleve, no hacer ninguna cosa mala.

NESTOR. De modo, Juliana, que lo prohibido y condenado debe ser ejecutar esas cosas malas; así como es prohibido y condenado hacer cosas malas en los templos: sin que por eso podamos decir que está prohibido visitarlos.

JULIA. A mi no me agrada eso de noviazgos y descaballamientos.

NESTOR. Pero, ¿condena V. el matrimonio?

JULIA. Todos los hombres son perversos.

NESTOR. Eso dicen las que no han logrado nunca tener un pretendiente. V., que me parece

no está en ese caso, debería opinar y expresarse de otra manera.

JULIA. Yo si hubiera querido, hace quince años estaría bajo la coyunda de Himeneo. Me han sobrado proposiciones; pero no he estado de humor de aceptar.

NESTOR. V. asegura no pasar de cuatro lustros. En el primero ¿ya tuvo V. pretendientes, Julianita?

JULIA. Ah! eso es. (Se me olvidaba) Como él número quince sólo se diferencia del cinco, por un uno, los confundí al hablar. Quise decir, hace cinco años

NESTOR. ¿Y á nadie ha amado V?

JULIA. Una señorita no debe casarse sino de treinta á treinta y cinco años, cuando menos, para que comprenda sus deberes y pueda desempeñarlos.

NESTOR. Y entre tanto ¿qué deben hacer con sus instintos y con su corazón?

JULIA. Las chicas de quince á veinte abriles son unas locuelas que no saben lo que se dicen y ni siquiera que tienen corazón. Sus instintos por ese lado son vagos, sin el escándalo de las novelas y de los espectáculos teatrales. (Matilde se ha ido á la ventana y, entre tanto, se presenta en la calle Serafin, que se sitúa en la esquina opuesta, y de vez en cuando va para un lado y otro, y habla con un gendarme: todo mientras le llega su turno de ser oído en la escena.)

NESTOR. ¿También proscribe V. la lectura y el teatro?

JULIA.y los hombres las embaucan fácilmente.

NESTOR. ¡Oh! En cuanto eso, es verdad que las jamonas son las que embaucan con la más fina sagacidad al primero que se les pone delante. Lo digo, por que aquí no hay quien pudiera ofenderse, puesto que usted, que es la hija mayor del primer matrimonio del Sr. D. Sebastián, apenas cuenta veinte abriles, si bien cualquiera diría que amansa treinta y cinco....

JULIA. ¡Qué descortesía tan incivil!

NESTOR. *(Continuando)* por su discreción y buen juicio para conocer á los hombres y precaverse de los peligros.

JULIA. *(Dirigiéndose á Matilde)* Matilde ¿qué haces en la ventana? Ya debe andar por ahí ese descosido miserable. Te he dicho que no puedes dirigir los ojos por donde él esté.

MATILDE. Te aseguro que no le dirigí la vista; sino que él se colocó en dirección de mis ojos.

JULIA. Pero tú le pones un semblante muy alagüeño.....

MATILDE. Por más que hago, no me puedo incomodar, ni poner cara afrada, porque alguien me mire.

JULIA. Debes persuadirte que es un quídam que no tendrá ni en que caerse muerto.

MATILDE. ¡Pobrecito!

JULIA. ¿Esto más? *(Levantándose y yendo precipitadamente hacia ella, la trae hacia donde estaba, con Néstor.)*

MATILDE. No te incomodes, hermanita; yo lo decía por lo que tú me recomiendas, cuando me explicas la Doctrina, que debemos, compadecernos de los pobres!

JULIA. Petra.....Petra *(Llamando.)*

ESCENA II.

PETRA Y DICHOS.

PETRA. Mande V., señorita.

JULIA. Saldrás al momento y dirás de parte de la niña, á un pelafustán que anda rondando la calle, que es un belitre indigno de ella, por su origen, por su porte y por su educación. Que advierta que con sus impertinencias no la deja asomar á la ventana *(Bajando la voz para que no oiga Matilde.)* Que pertenece á otro su corazón. *[Alto]* y, por lo mismo, le suplica la deje en paz, ó de lo contrario, se verá obligada á quejarse con papá.

PETRA. Voy al momento.

JULIA. Si te pregunta por mí, dile que no estoy en casa. Ten cuidado de no olvidarte que no estoy en casa, eh?.....Pero mira: mejor será que le flames hacia las ventanas de la vuelta, y yo estaré por ahí, detrás de la celosía, para escuchar lo que digan. *(Deteniéndose en la puerta antes de salir.)* Matilde, hazme favor de ver si han echado alpiste á los canarios. *(Sale la criada.)*

El Sr. D. Néstor es de confianza y permitirá que le dejemos un momento solo

(Bajo, á Matilde que ha llegado junto á ella.)
Ya te he dicho que debe buscarse un pre-
texto para no quedarse á solas con un hom-
bre pero tú te haces siempre la olvidadi-
za y disimulada (Salen ambas.)

ESCENA III.

NESTOR en la sala y SERAFIN en la calle.

NESTOR

¡Habrás visto mujer más gazmoña!
Siempre hablando mal del sexo masculino
y haciendo ascos al matrimonio, quan-
do bien se trasluce que no desea otra cosa.
Es fortaleza que se rinde sin condiciones,
al primero que le haga una demostración.
Si no me repugnara tanto, haríame menos
sordo á sus indirectas. Su mal éxito, se
ha convertido en furor matrimonial, en o-
dio y tirria contra mi persona.

SERAFIN

¡Qué veo! Aquella ilustre oficiosa pare-
ce que se dirige á mí (Haciendo señas como
para interrogar, si le llaman.) Es particu-
lar! Quizá mi suerte ha cambiado.
¿Será que mi ángel guardián me quiere
hablar por su boca? Probemos la aventu-
ra..... Tal vez sea una conquista (Se va
por la calle que se supone tras de la sala del pro-
scenio).

NESTOR

(Que ha estado paseando). Si, Señor, es ne-
cesario una venganza. Es preciso inventar
un modo de dar una broma á Juliana pa-
ra hacerla menos hostil y que me deje el
campo más libre para declararme á Matilde

[Pausa]. Ciertamente; aquí hay un elemen-
to preciosísimo para organizar una diverti-
da comedia..... Ese novio, ese pelafustán
según le llama mi celosísima Argos.....
Orientémonos con él mismo para ver de
qué y cómo puede servir (Se acerca á la ven-
tana al tiempo que Serafin vuelve riendo y hacien-
do pantomímicas contorsiones.)

SERAFIN

¡Yo calabaceado sin saber cómo, ni por
quién! Esto es heroico, esto es sublime y
digno de una epopeya que prometo cantar
entre tapón y fondo de una botella... lue-
go que caiga el primer duro á mi bolsillo.

NESTOR

A juzgar por lo que se ve, no le ha es-
camado mucho la filípica de despedida.
Este es un cortejo é pedir de boca.....
Hola, amigo, amiguito!

SERAFIN

Eh? ¿qué sucede?

NESTOR

Por aquí.

SERAFIN

¡Otra catilinaria! ¿Es V. por ventura,
el amo de esta casa, padre de una beldad
tan hechicera como desdenosa?

NESTOR

No padre, pero sí tío, y que trae á V.
muy buenas noticias.

SERAFIN

¿De Don Sebastián?

NESTOR

Del mismo.

SERAFIN

Me han llovido mil infortunios y era ya
tiempo que lo hallara, porque experimen-
to una necesidad absoluta, imprescindible
de recursos, para salir de tantos apuros
La policía.....

NESTOR

De eso se trata, de sacar á V. de apuros
(Aparte) (Es peor de lo que yo necesito.

¡Hablar de dinero antes de saber de qué se trata!) Juliana está enamorada de V.

SERAFIN.

Es cierto que yo he ido y venido por esta calle en busca de una persona, que mucho me interesa y tengo idea de que vive por este barrio, y de paso, no he podido menos de admirar con verdadero entusiasmo la encantadora figura de una preciosa joven que iluminaba esta ventana... pero... yo pretendía....

NESTOR.

Repito que no trato de oponerme á sus pretensiones; antes por el contrario, de favorecerlas á un grado que V. no puede haberse podido atrever á esperar. Solamente que exijo una pequeña modificación en sus planes. Al cabo, lo que V. busca es dinero.

SERAFIN.

Sí, Señor, exactamente, lo que yo necesito es algunos fondos. ¿Será V. por ventura, pariente de mi familia ó acaso el mismo D. Sebastián? Hace varios días que trasteo por estas calles, pregunto y me informo, sin haber logrado noticia de él porque cometí la torpeza de olvidarme de su apellido....¿Conque, por fin?

NESTOR.

¡Qué parientes ni qué cuernos! Si me guerrá V. hacer creer que soy su tío de Indias. Hablemos claro, que he sido del arma. Yo le doy á V. dinero para el bolsillo y le visto, con tal que se preste para una travesurilla inocente.

SERAFIN.

Ya que no es V. mi pariente ni me da razón de la persona con quien vengo reco-

mendado, agradecería me facilitase una corta suma, y me tendrá á su disposición para todas las travesuras que le acomode. Precisamente las bromas y chascarrillos son mi fuerte y pago por intervenir en ellos.

NESTOR.

Es que se trata de que venga V. vestido y acicalado como un lechuguino, en solicitud de la mano de la señorita Juliana, pidiéndola con toda solemnidad y ceremonia, al señor su padre.

SERAFIN.

Si no es más que eso, cuente V. conmigo; pero ¿y si admiten?

NESTOR.

¡Vaya V. allá, azacán! Ya se viera V. en esas!—Se casa V. con ella...con doscientas mil águilas.

SERAFIN.

¡Cáscaras! Pero yo no trato de casarme.

NESTOR.

Ya le he dicho que soy hermano de la cuerda, amigo mío! No crea V. que le aceptan; y si tal sucediera no saldría V. perdido, ó ya tendría mil medios para escabullirse.

SERAFIN.

En fin, ya está dicho. Venga la plata, y después veremos lo demás. Si la niña es lo que parece, me caso y San se acabó. Pero en todo evento, yo devolveré á V. lo que ahora tenga la generosidad de prestarme.

NESTOR.

Chit! que vienen. Tome estas onzas, despeje y vuelva pronto. (Le da unas monedas.) Otro tanto después del pedimento de Juliana.

SERAFIN. No olvidaré el nombre; pierda V. cuidado, y desempeñaré perfectamente mi cometido, aunque corra peligro alguna de mis costillas. Hasta luego. *(Vase Serafin.)*

NESTOR. Siempre será bueno ver á dónde va éste. *(Sale Néstor.)*

ALERE FLAMMAM
VERITATIS ESCENA IV.

MATILDE. *(Entrando poco después que sale Néstor.)*
¡Qué desgraciada soy! Hacer que las gentes me aborrezcan, cuando tal vez ni han reparado en mí. Yo no sentía niuguna inclinación por ese pobre joven, que bien es verdad, su traje no está recién hecho; pero después que lo han avergonzado por mi causa, siento.....me parece..... que le soy deudora de alguna indemnización. Juliana es muy cruel. Yo apostaría que ese joven no es tan despreciable como ella se lo supone, y revela ser de buen corazón. ¡Pero, está hecho! Yo no debo pensar en tales cosas puesto que mi hermana, que al fin, es mayor que yo, y muy instruída, dice que son malas y muy mal vistas por Dios y la sociedad.

ESCENA V.

D. SEBASTIAN Y MATILDE.

SEBAST. Dime, hijita, ¿no se ha presentado en casa, mientras yo he estado fuera, un joven que me recomendaron de Zacatecas?

MATILDE. No, papá, nadie te ha bñscado. D. Nestor estuvo aquí hace poco, y como de costumbre, él y Juliana se pusieron á disputar; pero tuvimos que dejarlo solo un momento, y salió diciendo que volvería luego, porque lo habías invitado á almorzar, pero que había dejado algo pendiente que lo estaba inquietando.

SEBAST. Es cierto, aunque se me había olvidado, porque quería hablarle de un negocio; pero estoy ya temiendo que si nos frecuenta mucho, él y Juliana lleguen á ponerse de acuerdo, porque los caracteres que parecen más opuestos, son los que mejor se avienen. Mi Juliana es de genio discreto y algo disimulado, poco afecta á fiestas mundanas, pues prefiere los templos y sociedades de beneficencia; mientras que Néstor es calaverón, despreocupado y descreído, muy golpeado del mundo, como que ha vivido en varias ciudades de Europa, derrochando en sus aventuras, su salud, su fortuna y hasta su moral. Un hombre como él, aunque cree tener gran experiencia, no podría hacer feliz á una esposa, porque está erizado de reglas y proverbios para todo; desconfía del mundo entero, y tiene rudas prevenciones contra las pobres mujeres, suponiéndolas á todas, maliciosas y falsas.

MATILDE. Parece que has trabajado todo el día, papacito; si quisieras tomar algún refres-

co, te lo iré á preparar ó á que te traigan algunas frutas.

SEBAST. No, ángel, te lo agradezco infinito, porque perdería la apetencia para la hora de comer, que ya se acerca. Y tú, por tu parte, ¿no deseas algo que yo te pueda dar, alguna golosina, algún adorno ú objeto curioso?

MATILDE. Nos han referido que la gente se divierte muchísimo en los *jacalones* de la Plaza, porque reina el más irreprochable buen humor, y que en algunos de esos tablados se trabaja con mucha limpieza, poniéndose piecitas jocosas y divertidas. Si tuvieras la condescendencia de llevarnos alguna vez, yo creo que estaríamos muy contentos.

SEBAST. ¿Por qué no te pones de acuerdo con Juliana? y si la convences.....

MATILDE. Ya conoces á mi hermana, papacito. No gusta de esas diversiones populares. Cuando más, acepta alguna ópera ininteligible, del Nacional.

ESCENA VI.

DICHOS, UN CRIADO y luego SERAFIN.

CRIADO.

Señor, un caballero desea hablar con V.

SEBAST.

¿Ha dicho su nombre?

CRIADO.

Serafín Candela.

SEBAST.

Que pase, que pase, y dile que he estado esperándole. Es el joven de que te hablaba. *(Sale el criado)* hijo de un antiguo compañero de colegio, que vive en Zacatecas entregado á sus grandes especulaciones mineras, y que manda á Serafín para que practique el comercio á mi lado, porque no ha querido concluir sus estudios *(Serafín hace una profunda reverencia al entrar, deteniéndose en la puerta)* Bien venido, amigo mío, *(Aparte)* (La misma cara de Nicolás) No se necesita tanta ceremonia para entrar á la que, de aquí en adelante, será la casa de U.

SERAFIN.

(Algo cortado) Tanta bondad, señor..... antes de saber el objeto de mi visita!

SEBAST.

Si que lo sé; puede U. contar conmigo para todo, dinero, relaciones, cuanto se ofrezca.

SERAFIN.

(Aparte) Vaya un suegro como mandado hacer! Ojalá fuese de veras, es decir, ojalá y la chica me aceptara. Pero que veo! *(Reparando en Matilde)* ¿Esta es la señorita hija de U?

SEBAST.

Sí, Señor, y tengo el honor de presentársela. Es preciso que se acostumbre U.

á tratarnos con la confianza debida. Hija, este es el joven de que te hablaba hace poco (*Matilde hace una inclinación*) Vendrá á vivir con nosotros.

MATILDE. [*Ap.*] ¡Qué transformación, Dios mío! Bien decía yo, que no debía ser sujeto despreciable.

SERAFIN. [*Ap.*] Estoy en Jauja—Yo sueño despierto: novia envidiabilísima, novia que haría á cualquiera suicidarse por ella si prefiriera á otro: suegro amable, rico, generoso y que se adelanta hasta ahorrarle á uno la molestia de decirle: "Señor yo no tengo por ahora con que sostener una casa." (*Sale Matilde*)

ESCENA VII.

D. SEBASTIAN, SERAFIN, D. NESTOR Y JULIA.

SEBAST. Bien venido, Nestor, tengo el honor de presentarle á D. Serafin Candela (*D. Nestor saluda al presentado*)

NESTOR. ¡Conocía U. antes al Señor?

SEBAST. ¡Toma si le conocía! cuando hace dos minutos que se me ha presentado

SERAFIN. (*A D. Nestor*) ¡Oh, amigo mío, porque N. debe ser mi mejor amigo, mi genio protector: todo está arreglado ya. Definitivamente me quedo en casa por ahora, como un hijo de la familia; mientras no me establezca por mi solo. ¿No es verdad, Señor.

NESTOR. Pero ¿qué es esto que yo no comprendo! —Aquí hay algo extraordinario, nuevo al menos: póngame U. al corriente.

SER. y SEB. No, Señor, nada tan extraordinario, para causar sorpresa, porque sabrá.....

NESTOR. ¿Pero qué es esto!

SERAFIN. Que me caso con su recomendada, con la hija del Señor, con la hechicera Juliana ¿no es así? (*Dirigiéndose á D. Sebastián*)

SEBAST. Pero, si debe hacer muy poco que se encuentra U. en Méjico; unos ocho días, cuando más, según mis cartas, y no alcanzo cómo, en tan poco tiempo hayan podido ustedes ponerse de acuerdo sobre el particular..... Pero en fin, si Juliana consiente, no seré yo quien le desconponga este partido.

SERAFIN. (*Ap.*) Esta es la mamá, seguramente..... (*Vacila*) Ah! si, no hay duda.....

Como no puede ser otra: necesito blandarla (*Arrodillándose á los pies de Juliana*) ¡Oh si Señora, por piedad! Consienta U. y seré del todo feliz; y prometo hacerla feliz; jamás me olvidaré del gran favor, de la agradable sorpresa que debo á la apreciable familia de U.

JULIA. (*Con coquetería*) Pero yo no sospechaba siquiera. Como U. no me había dicho ni escrito una sola palabra, según se acostumbra.....

NESTOR. Qué ¡Don Sebastián lo habrá tomado á lo serio, él tan de calma y sensato!

SERAFIN. (*Sigue arrodillado*) Toda mi felicidad de-

pende de los labios de U., sólo U. no decide en mi favor, cuando el Señor (*Señalando á Néstor*) me había dado todas las seguridades.....

NESTOR. Yo no he dado seguridades ningunas, yo no conozco á U.

SERAFIN. (*Aparte á D. Néstor*) Ah! me olvidaba que le había prometido guardar el secreto.

JULIA. Bien, si,..... yo no me opongo pero necesito pensarlo un poco..... No creo que sea cosa para decidirla en un momento... (*Vase*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS MENOS JULIANA.

SEBAST. Ya lo oye U. caballero: es una respuesta muy en orden, que yo apruebo y ratifico. Pero comprenderá U. que mientras tanto, no puedo alojarle en mi casa; si bien, no por eso, se enfriará mi buena disposición hacia U.; y en prueba de ello, le suplico se quede á comer con nosotros ahora. Voy á dar algunas órdenes para que nos sirvan, y espero no se sentirá, si lo dejo un momento con el Sr. D. Néstor.

SERAFIN. Descuide U., ya he tenido el honor de decirle que este caballero es una antigua.....

NESTOR. ¿Antigua?

SERAFIN. Relación de Familia, y aún me parece

que somos algo parientes. ¿No es verdad, tío?

SEBAST. Bien, bien; yo vuelvo: hasta luego!

ESCENA IX.

SERAFIN Y D. NÉSTOR.

SERAFIN. Pues Señor, hay apuestas de apuestas y compromisos de compromisos. Este lo acepto en todas sus partes: beberé el cáliz del matrimonio hasta las heces—Y nunca olvidaré que es á U. á quien debo una protección tan inesperada, comó misteriosa y decidida.

NESTOR. En cuanto á eso, no llega hasta tanto el compromiso que U. ha formalizado conmigo; aunque tampoco estoy por oponerme á que se cueza esta empanada.

SERAFIN. Cómo! ¿Luego U. no está realmente interesado en mi favor?

NESTOR. No tengo por qué, segun entiendo; pero repito que se puede U. llevar con toda mi aprobación á la pichoncita; por el contrario, esto tal vez secundaria mis planes de establecerme con la otra.

SERAFIN. ¿Cuál es la otra?

NESTOR. ¿Cuál ha de ser! Matilde.

SERAFIN. *Ignoti uulla cupido.* Cedo, en cuanto está de mi parte, á Doña Matilde.

ESCENA X.

DICHOS, Y D. SEBASTIAN.

SEBAST. Perdonará U. la comida dilatada un poco; y sería bueno entretenernos en algo, para olvidar el hambre que no deja de irse explicando ya.—¿Juega U. ajedrez?

SERAFIN. Sí Señor, no muy bien (*Ap.*) Aunque no supiera nada, es preciso en todo, hacer segunda á los suegros.

SEBAST. Jugaremos una partida para experimentar la fuerza de U. Se conoce mucho á una persona jugando con ella dos ó tres partidas de ajedrez, porque se descubre el carácter y la penetración del individuo en estas luchas que son el simulacro más vivo del modo de obrar en todo lo demás y en los combates ordinarios de la vida (*Se sientan á jugar*)

ESCENA XI.

DICHOS, MATILDE.

SEBAST. Hija ¿tienes la amabilidad de mandarnos servir un ajonjo? (*Arreglando las piezas*) Eso nos dispondrá mejor el apetito..... Un juego de ajedrez no está completo, si no se tiene algo á la mano para saborear. mientras se meditan las jugadas, y un buen cigarro para disimular los lances apurados. (*Solo Matilde*)

ESCENA XII.

D. NESTOR D. SEBASTIAN Y SERAFIN.

NESTOR. Perfectamente! Ha descubierto U. en este jóven una verdadera carta de recomendación. con saber su juego favorito.

SERAFIN. Cuando juego ajedrez me olvido de que estoy en el mundo: es un entretenimiento muy noble y de gente pensadora.

NESTOR. Y yo opino que el que gusta de semejante rompe-cabezas es incapaz de sentir algo por la poesía y por la hermosura real de la naturaleza. Está probado por la experiencia, por ejemplo, que ningún buen ajedrecista entiende nada de música.

SERAFIN. Con todo; yo toco el violín.

NESTOR. Por lo menos, la flauta. (*Ap*)

ESCENA XIII.

MATILDE, un criado con el servicio y dichos.

MATILDE. Te mandé servir el que tú prefieres, del que ofreciste al Sr. Ministro de Francia.
(Mat. distribuye las copas)

SERAFIN. Muchas gracias, Señorita, por tan amable distinción. *(Saboreándose)*

MATILDE. Tenemos caldos mejores para obsequiar á las personas distinguidas cuando nos hacen el favor de visitarnos.

SERAFIN. Es el néctar de los dioses viniendo de las manos de U. *[Ap.]* Qué ojos! Y se turba de una manera que haría derretir á una estatua de mármol.....

SEBAST. Vamos! A U. le toca.

NESTOR. *[Ap.]* Este conuñado no se contenta con la Juliana, y pronostico que hará frecuentes invasiones al sembrado ajeno. Buen cuidado tendré yo de poner mis estacadas. *(A Matilde)* Déjelos U. que se engolfen en la pelea. De aquí en adelante no oyen ni ven más que caballos, reinas y que sé yo.

MATILDE. Lo que es mi papá.....

NESTOR. El otro voltea mucho, es cierto; perderá la partida. Entre tanto, yo quiero ganar otra, mucho más interesante *(Invitando á Matilde á que se siente)*

MATILDE. ¿De qué se trata?

NESTOR. Ya sabrá U. que Juliana se casa con ese caballero. Ella que manifestaba tanta repugnancia por la sacra coyunda. ¿Será

justo que U. siendo la más bella y más joven, se quede sin casar?

MATILDE. ¿Qué quiere U., ella tiene mejor suerte que yo!

NESTOR. ¿Llama U. suerte á ese majadero?

MATILDE. No será del gusto de U.; pero de todos modos, ella ha sido la preferida, cuando se creía que por mí rondaba la calle.

NESTOR. No diga U. eso, Matilde: aun quedo yo aquí, y creo sin jactancia, que la suerte de U. será más venturosa. No soy muy joven; pero tampoco un anciano. Es decir, soy un hombre curado de las locuras de la primera juventud y, deseoso de salir de la tormentosa vida del celibato, sacrificaré á U. toda entera, mi preciosa libertad, para hacer en lo de adelante una reparación de mis devaneos y calaveradas.

MATILDE. *(Distraída porque ha estado viendo á los jugadores.)*

¿Qué decía U?

NESTOR. Que le ofrezco mi mano para que hagamos las dos nupcias á la vez, si U. no se opone.

MATILDE. ¡Pero si U. me lleva treinta y cinco años, por lo menos! *(asustada)*

NESTOR. Tanto mejor, sobre todo, cuando á la experiencia, reuno otras buenas cualidades, como la de ser Secretario de Legación y *(sonriendo con sacarronería)* no muy desafecto á los bailes, al teatro, á la buena mesa, etc., como U. lo sabe bien.

MATILDE. Pero trae U. los dientes orificados ó

postizos, está algo calvo, padece reumatismos; y las desveladas y libertades pueden costarle muy caro; además.....

NESTOR. Eso no es por la edad.... es por *surmenage*, por mucha dedicación al trabajo mental.... ó mejor dicho, graves pesadumbres....

MATILDE. En todas sus conversaciones no se olvida U. de Roma y de París y de célebres actrices y cantantes, cuyas glorias y favores se envanece U. de referir.... mientras que yo soy una modorra que no he podido aprender bien la Geografía, ni el francés, y en materia de arte, apenas toco alguna habanera ó aire popular.

NESTOR. Pero mire U., se me destempló la dentadura por mucho frecuentar los espejos, al arreglar mi *toilette*.

MATILDE. ¿Y qué tienen que ver los espejos?

NESTOR. Como que ni tanto, mi bien amada! Los espejos tienen una pasta mercurial.

SEBAST. Jaque al rey

NESTOR. Tengo solamente cuarenta y cinco años y he adquirido algunas acciones en una magnífica mina que pronto se pondrá en bonanza, de modo que tendríamos facilidad de vivir en Europa, prescindiendo de lo que U. podría aportar al matrimonio, con facilidades y atenciones, por mi rango, que no se obtienen con puro dinero.

MATILDE. Me causa escalofrío pensar en avenirme á otros usos, á otro idioma y hasta á otras ideas religiosas tal vez.... Yo prefe-

riría un jóven de mis gustos; aunque no tenga participio en las funciones de gobierno y sea llano, á fin de que se acomode á mis defectos, sepa oír misa....

Ese quite es admirable!

SERAFIN.
NESTOR. Un hombre de talento y experiencia á todo se sabe acomodar y saca partido hasta del clericalismo de las señoras; mientras que los recién salidos del cascarón, todo lo atropellan y malogran.

MATILDE. U. opina que las mujeres debemos casarnos en la primera edad ¿porqué no piensa lo mismo de los señores.

NESTOR. Porque el hombre para mandar en su casa, dirigir convenientemente á su consorte y librarse de zánganos, necesita conocer antes, muy bien el mundo.

MATILDE. Pues yo preferiría para mí, un hombre que no lo conozca mucho!

NESTOR. He aquí una jóven que, por no hablarle nunca de estas cosas, ni frecuentar la escuela del teatro, ni imponerse de la literatura psicológica y sugestiva de Pérez Galdos, Victor Hugo, Balzac y tantos otros, se forma las ideas y gustos más estafalarios. En resumen ¿tiene U. el capricho de desechar un partido ventajoso, y que otras muchas se adelantarian á asegurar? ^(R)

MATILDE. Yo no pienso todavía en casarme, porque no sabría gobernar una casa como dice Julia. ¿Porqué no se dirigió U. á mi hermana que tiene tantas cualidades y experiencia.... Quizá todavía sea tiempo.

SEBAST. Jaque: está U. encerrado por todos los lados.

SERAFIN. Es que mi reina sola ha sostenido el ataque; pero aún puedo sacrificarla para salvarme.

MATILDE. *(Como atendiendo á lo que dice Serafin)* Es una infamia! *[Llora, llevándose súbitamente el pañuelo á los ojos]*

SEBAST. Hice juego falso disimulando atacar una pieza, cuando mis tiros iban dirigidos á otra y cayó U. en el gambito.

MATILDE. Bien! Me caso con U.; pero con una condición.

NESTOR. Veamos si es aceptable.

MATILDE. Que nuestro enlace sea al mismo tiempo ó antes, si es posible, que el de Juliana. *(Se levanta)*

SEBAST. La precipitación y la desesperación son hermanas gemelas, y ambas muy malas consejeras: ha dado U. una mala jugada.

NESTOR. Si no es más que eso, délo U. por arreglado. *[Sale Matilde]*

ESCENA XIV.

DICHOS, menos MATILDE.

SEBAST. Es U. bastante fuerte, y á no haber sido por sus frecuentes divagaciones, se habría sostenido mejor. Con el tiempo será U. un buen jugador de ajedrez, es decir un hombre de paciencia y buen ojo.

NESTOR. ¿Terminan UU. por fin, ese juego de los grandes desocupados.

SEBAST. Vaya! Como si U. estuviera siempre agobiado de quehaceres, bien es que U. gasta la mitad de su tiempo en aliñarse y medicinarse, y la otra mitad en proporcionarse distracciones, lo cual importa una labor continuada.

NESTOR Soy de la escuela positivista, profeso la doctrina que debemos huir todo aquello que no nos suministra ventajas reales, como el lucro y el placer. Un lucro es un placer futuro, y un placer es un bien presente; pero el entregarse á una lucubración fatigosa, á un trabajo mental sin resultado alguno, es desconocer de raíz la noción de lo útil, lo mismo que hacer versos, maltratarse por hipótesis que nadie ha experimentado su realidad positiva, ó en favor de alguien, que nunca nos lo ha de pagar ó agradecer.

SEBAST. Pero ese es el egoísmo más refinado. Yo le hago la gracia de creer que U. es más teórico que práctico en esas doctri-

nas, porque sus acciones no corresponden á ellas. (*Dirigiéndose á Serafin*) Y á todo esto, no me ha dicho U. Serafin, como ha quedado su papá y demás familia en Zacatecas. Es cierto que en la carta que recibí ayer por el Correo, me dice que va muy bien en sus negocios; pero yo deseara saber algo de la vida íntima de ese buen Nicolás, á quien veía como hermano en S. Ildefonso. Bien es que me sorprendió U. con su pretensión de casarse con Juliana, sin dejarme respiro para pensar en lo demás.

SERAFIN.

¿Será U. por ventura, D. Sebastián, el amigo y condiscípulo de mi padre, con quien vengo recomendado, y cuyo apellido he tenido la imperdonable desgracia de olvidar?

SEBAST.

Cárdenas soy, amigo mío, y no sé cómo haya U. olvidado mi nombre, debiendo traer en el bolsillo una carta para mí.

SERAFIN

Sí Señor, la traía.....pero.....pero me robaron en el camino y me dejaron desnudo, sin un real y sin permitirme siquiera recoger los papeles que traía con mi equipaje.

NESTOR.

(*Ap*) Ja, ja, ja. Vaya un petardista de primo cartello—Decía, que no deja de ser curioso eso de quedarse uno con el traje de Adán, y más si vienen señoras en la diligencia que se quedan con el traje de Eva en el paraíso. Ja, ja!

SERAFIN.

Huy! que frío! No Señor, es infernal. Tuvimos que cubrirnos con periódicos, hasta Peñuelas.

SEBAST.

Mucho que lo siento.

NESTOR.

La broma pasa de castaño oscuro. (*Ap*) Es preciso parlamentar á solas con este pillastrón, porque pueden llegar las cosas á un punto en que sea menester revelar la verdad, si él no se desiste del embuste.

ESCENA XV.

DICHOS, UN CRIADO.

CRIADO.

La sopa está en la mesa.

NESTOR.

Señor D. Sebastián, deseo decir á U. dos palabras, porque temo que la comida se alargue, y yo tuviera que dejar á UU. antes de concluir.

SEBAST.

(*Volviéndose á sentar*) Hable U., á menos que desée, pasemos á otro lugar.

NESTOR.

De ninguna manera; me es indiferente que este caballero se entere de mis pretensiones. Propongo á U. mi mano para enlazarme con la Señorita Matilde, cuanto antes; y puesto que con tanta facilidad ha accedido U. con el Señor, espero que con mucha más razón, digo, con infinitamente mejor voluntad, se prestará U. á mi proyecto. He pensado seriamente renunciar á la vida de soltero, porque la e-

conomía y la higiene aconsejan de consuno el menaje conyugal.

SEBAST. Pero, Señor D. Néstor, ¿dos golpes en un mismo día? ¡Que voy á hacer yo sin Matilde!—Mire U., mimada como la tengo, sin haberle proporcionado una educación de lujo, creo que es enteramente despropósito para U., sobre todo si se atiende á lo desigual de las edades.....

NESTOR. No crea que U. me hiciese una sola objeción. Si hasta el día no me he casado, no ha sido, en verdad, por falta de un buen partido. Las mejores familias de Méjico me aceptarían con agasajo por mi posición oficial, mis relaciones y antecedentes, mi instrucción literaria y diplomática etc., etc. Si U. me desestima, retiro mi palabra, y aunque lo sentiré, bajo cierto punto de vista, tomaré esposa que no tenga las incorrecciones de su hija, que U. mismo ha tenido la franqueza de reconocer.

SEBAST. Aunque U. se expresa de una manera poco satisfactoria para nosotros, no he querido de ningún modo lastimar su amor propio. Si Matilde ha consentido ó consiente en ello, no estoy por contrariar su voluntad. U. acaba de hablar con ella y entiendo.....

SERAFIN. La niña que ha tenido la amabilidad de ofrecernos el ajenjo ¿es la Señorita Matilde?

SEBAST. Si, Señor, y la que he tenido el gusto de presentar á U.

SERAFIN. ¿Hay otra señorita hija de U. que se llama Juliana?

SEBAST. ¿Como es esto?—U. se burla!

SERAFIN. ¡Sagrado nombre de Dios! Ahora comprendo la magnitud del delito que he cometido. La que yo creía mamá no es otra que la misma Juliana, y este camaleón pretende llevarse la mía.

NESTOR. ¿Qué me dice U. por fin?

SEBAST. Permítame hablar un momento con mi hija, y luego resolveré á U. (*Salte*)

ESCENA XVI.

SERAFIN Y D. NESTOR.

SERAFIN. U. ha urdido todo esto, y yo no sé qué hacer: estoy en un vilo. ¡Cómo me voy á casar con una mujer que jamás he tratado, mayor que yo, fea, y lo que es peor que todo, sin amarla! ¡Yo no sé qué hacer! ¡Pero cómo confesarla broma que me he prestado á dar á esta buena familia! Si fuera con lá jovencita, sería otra cosa.—U. lo ha visto, D. Sebastián es la persona misma con quien vengo recomendado.

NESTOR. ¡Si querrá U. hacerme creer; á mí también, que es el mismo Serafín Candela que venía recomendado á esta casa! Eso sería el colmo del cinismo.

SERAFIN. ¡Ah señor D. Nicanor, ó como quiera que U. se llame, ¡Ojalá que no fuera el mismo Serafin, para no verme en tales aprietos! ¡Tenga U. piedad de mí! que en mala hora inventó esta chanza, y que yo en peor aún, secundé, debido á mi ignorancia y al apremio en que me hallaba.

NESTOR. Eso no me incumbe... ¿Pero qué pruebas tendría U. para ser D. Serafin Candelala?

SERAFIN. ¿Una prueba?—El mismo D. Sebastián que conoce á mi padre.

NESTOR. ¡Quítala allá! Pero no conoce á U.

SERAFIN. *(Como inventando un medio y registrándose los bolsillos)* Aquí tiene U. mi boleto de diligencias; que fué lo único que me dejaron los bandidos, á fuerza de ruegos para poder continuar el viaje, con la circular de alojamiento y comida que contiene.

NESTOR. *(Viéndolo)* Efectivamente, este aturdido no puede ser otro, que el tal Serafin; como que no podía haber previsto antes el caso de suplantación para venir tan prevenido. Pues ahora, mi amigo, no hay más, sino que se casa U. con Juliana y yo con Matilde.

SERAFIN. ¡Pero eso es una doble crueldad!..... Yo le ruego á U. hagamos una permuta! *(Se arrodilla)*

NESTOR. No hay permuta que valga.

SERAFIN. ¡Pero si Juliana no me quiere!

NESTOR. De santos se diera U.: el matrimonio no

se efectuaría. Pero debe U. contar con que las doncellas cuando llegan á cierta edad, apechugan con el primero que se les pone delante, no sin protestar lo contrario, se entiende. Y á lo que veo U. no es tan mal partido para la que corría serio peligro de quedarse de modista de imágenes. *(Entran D. Sebastián, Juliana y Matilde.)*

SERAFIN. *(Siempre arrodillado y sin reparar en los que entran)* ¡Tenga U. compasión de mí!.... no tanto por D^a Juliana.....sino que yo quiero de veras á Matilde.....amo á Matilde.....y me moriré si U. se casa con ella.... Al cabo U. no siente amor por Matildita, puesto que lo que pretende, es salvarse á cualquiera costa del desastroso y mortífero solterismo en que anda naufragando

ESCENA XVII.

D. SEBASTIAN, JULIANA, MATILDE Y DICHOS.

SEBAST. ¿Pero, qué es todo esto? No comprendo una sola palabra de tanto embrollo. Matilde se casa con U. (*A D. Néstor*) confesando que prefiere á Serafín, U. (*A Serafín*) se casa con Juliana, proclamando á voz en cuello su amor á Matilde; mientras que Juliana consiente en enlazarse con Serafín, asegurándome que no tenía noticia de semejante inclinación, y que más bien sospechaba que Néstor (*A D. Néstor*) se interesaba por ella.

SERAFIN. Pues bien, llegó la hora de las rectificaciones, ya que todo se ha de ir descubriendo y parte está descubierto. Yo nunca he pensado solicitar la mano de la Señorica Juliana, ni de broma. (*Con intención, mirando á D. Néstor*) Yo entendí que esta niña se llamaba Juliana (*Señalando á Matilde*) y creo que no es una cosa para ofender á nadie, haber padecido esta equivocación. Rectifico pues, á U. mi demanda, suplicando á ella revoque el sí que por mi torpeza había favorecido á mi rival.

MATILDE. (*Se junta con él y le da la mano*) Si, papacito, quiero mejor al Señor, que á D. Néstor.

NESTOR. (*Picado y dirigiéndose a Juliana*) Y yo prefero á Julianita mejor que á Doña Matilde.

de. Al fin de todo, vale más la que se nos inclina, que cualquier otra.

(*Yendo al medio de la escena y dirigiéndose al público, tomando de la mano á Juliana*)

Me salve de un precipicio.
Por fortuna, sí Señor;
Que casarse por amor
Es divorciarse del juicio.

(*Como el anterior, llevando á Matilda.*)

SERAFIN. Me salvé de un precipicio,
Por fortuna, sí Señor;
Que casarse sin amor
Es divorciarse del juicio.

NESTOR. Donde sólo hay vanidad
Y caprichos y locura,
El amor halla hermosura
Y prodigios de bondad.

SERAFIN. Opulencia, calidad,
Y hasta la misma hermosura
Son una triste locura,
Si no hay amor ni bondad.

NESTOR. La que con duro rigor
Colméis de burlas y agravios,
Con la sonrisa en los labios
Vendrá á ofreceros su amor.

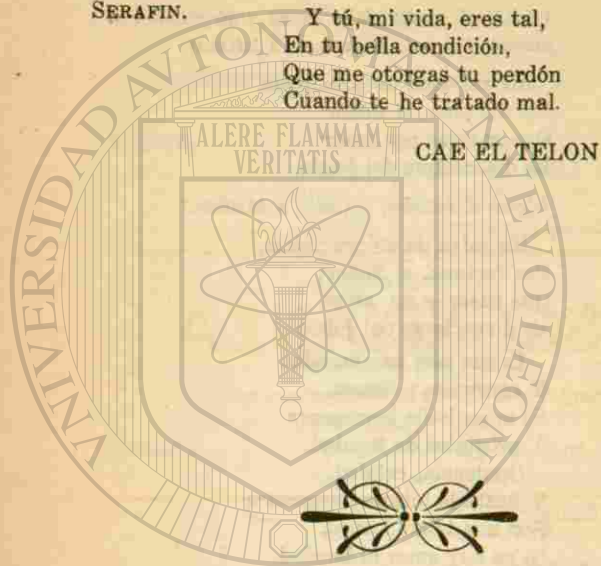
SERAFIN. Las dos el duro rigor
Olvidáis de los agravios,
Y con sonrisa en los labios
Nos concedéis vuestro amor

NESTOR. Y toda mujer es tal
En su terca condición,

Que para que éntre en razón,
Preciso es tratarla mal.

SERAFIN.

Y tú, mi vida, eres tal,
En tu bella condición,
Que me otorgas tu perdón
Cuando te he tratado mal.



CAE EL TELON

DESCONFIANZA

Drama de salon en tres actos
y en verso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Que para que éntre en razón,
Preciso es tratarla mal.

SERAFIN.

Y tú, mi vida, eres tal,
En tu bella condición,
Que me otorgas tu perdón
Cuando te he tratado mal.



CAE EL TELON

DESCONFIANZA

Drama de salon en tres actos
y en verso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Este pequeño drama fué escrito con poco tiempo de anticipación al día en que debiera representarse en una casa particular, de intento, con pocos personajes, jóvenes todos, ninguno de carácter odioso ó ridículo; costumbres y trajes sencillos y de la época, y escenario conocido y fácil.

ACTORES

AMELIA
CLARA
LUIS GAXIOLA
ALBERTO
ANDRÉS
VENEGAS



Acto primero.

Vista de la plaza principal de Méjico. — Es de noche.

ESCENA I.

LUIS Y ALBERTO sentados en una banca.

AL.

¡Por qué, retraído y serio,
Con los amigos no vienes?
Algo te pasa: tú tienes
Reservado algún misterio.

LUIS.

Nada que tú no sabrías.

AL.

¡Imposible! Tú que has sido
Tan bromista y divertido,
Dado á zambras y alegrías;
Hace poco, es lo contrario,
Escabullirte procuras

Sin contar tus aventuras,
Taciturno y solitario.
Tú incubas algún proyecto,
Aunque protestes y jures
¿Has perdido en los albueros?

LUIS. No es el juego mi defecto

AL. Es, que sabes bien que cuentas,

Por si carecieras de algo,
Con lo poco que yo valgo
Y lo que valen mis rentas.

LUIS. Conozco que eres sincero
Y lo agradezco infinito,
Pero nada necesito

Por ahora de dinero. *(Pausa)*

AL. Adiviné, ¿que canario!

Conforme todas tus trazas,
Te han dado unas calabazas....

Pero de esas.... [*Haciendo señas de grandes*]

LUIS. Al contrario.

Mi desgracia, buen amigo,
Proviene de que en amores

Es pródiga de favores

Doña Fortuna conmigo.

Ya que mi dulce secreto

Con tanto celo rastreas,

Lo diré, con tal que seas,

Como se debe, discreto.

Tu excepticismo punzante

Y tus sarcásmos deploro,

Aunque está engastado en oro

Tu corazón.

AL. Adelante!

LUIS. Un día de gran función,

De aquellos en que se apiña
Gente en el templo, una niña
Oyó junto á mí el sermón.
Por más que quise apartarme,
Por no profanar el acto,
Sentía el leve contacto
De su aliento electrizarme.

Llena estuvo Catedral
ese Día de Difuntos,
Y al salir, nos fuimos juntos
Hasta cerca del Portal.

La manera respetuosa
Con que me porté en la misa,
Valióme dulce sonrisa
De despedida afectuosa.

AL. Insinuante, sola y bella....

Era Venus disfrazada.....

LUIS. De la turba en la oleada,

La madre perdió su huella.

Vine después, por la noche,

Al Zócalo, de paseo,

Y á poco, bajar la veo

Con una amiga, de un coche.

Había tanto donaire

En su porte y en sus ojos,

Que me vinieron antojos

De echar una cana al aire;

Porque, aunque era tan hermosa,

Como guapa y como lista,

Parecía su conquista

No mucho dificultosa.

Fueron pasando semanas

En aquel escamoteo

De guiños y coqueteo
 Por jardines y ventanas,
 Hasta que entre aquellas y éstas
 Vino feliz accidente,
 En que hubimos verbalmdnte
 De hacernos mutuas protestas.

AL. Pareces pobre novicio
 En esta clase de asuntos;
 Y ese Día de Difuntos
 Te va á trastornar el juicio.
 Como tienes la manía
 De créer lo que deseas.
 Temo que víctima seas
 De esa hija de Samaría.

Y aunque sepas ciencias muchas
 Y hables de Plauto y Cantú,
 No tienes tamaños tú
 Para esa clase de luchas.

LUIS ¡Si es un jilguerillo tierno
 Que del nido aun no se aleja!

AL Por lo mismo que no es vieja,
 Te va á poner como cuerno.
 Te aseguro que hay tramoya
 Y no es su primer ensayo,

Y que tu no eres el gallo
 Que ha de llevarse esa polla.
 Luis Se equivocó tu experiencia

Y tu profética chispa,
 Que si es viva como avispa,
 Es ángel por su inocencia.
 Del Edén son un preludio
 Los claveles de sus labios
 Sin los chocantes resabios

De afectación ó de estudio.

AL. Aun supuesto ese candor,
 Sabes tú, si sus parientes.....

LUIS. ¡Que me importan otras gentes
 Contando yo con su amor!.....

AL. Por todo esto, á lo que veo,
 No vendrás á mi visita.

LUIS. A las ocho tengo cita.

(Ambos ven su reloj y se levanta Al.)

AL. Acompáñame al Correo,
 Y te queda un cuarto de hora
 Para volverte á esperar. (Salen)

ESCENA II.

AMELIA Y ANDRES que llegan del brazo, conversando

AN. Voy á tomar un refresco.

AM. Pero, donde? (Sentándose)

AN. A la Concordia.

AM. Si mamá llega á saber

Que en la plaza me abandonas....

AN. Y quien se lo va á decir!

No me tardo un cuarto de hora.

AM. Espérate, por lo menos

A que vengan las Ochoa.

AN. *All right*, (1) pero mientras tanto,

Voy á decirte una cosa:

Mi mamá me preguntó

Hace poco, si eras novia

De un cierto pega-petardos

(1) Se pronuncia *olrait*

- Que por nuestra calle ronda.
Yo no le he visto siquiera,
Pero mamá está furiosa.
- AM. También á mi me riñó
Y no sé qué hacer ahora,
Porque luego, á confesar,
Me condujo á la parroquia;
Y el Señor Cura me dijo
Que era obra pecaminosa
Aventurar de esa suerte
Mi felicidad y mi honra:
Que yo no estaba en edad
Para dirigirme sola
En esta clase de asuntos.....
Y que sé yo cuantas cosas.
- AN. Mas ¿quien es el pretendiente?
¿Es elegante, es persona
De la buena sociedad?
- AM. Se llama Don Luis Gaxiola.
- AN. ¡Ah..... vaya! ¡Conque ese tipo!
No tiene más que su ropa,
Caballerito de industria.....
- AM. Que fuera pobre no importa.....
- AN. Pero es un literatuelo
Que hace el oso á cuantas topa,
Y ninguna que se estime
En valor de una alcachofa
Puede dar cabida á ese
Lagartijo de accesoria.
Sería preciso tener
Reblandecida la cholla
Para echarse á navegar.
En tan podrida canoa.

- ¡Conque tú le das entrada!
Dices que tiene otras novias?
- AM. No novias, precisamente.
AN. La que visita á deshora,
Tener puede otro carácter.
AM. ¿Acaso será su esposa?
AN. Tal vez, ante el Cura Zao.....
Afirmarlo no me toca.
Lo mejor es que le dejes.
AM. ¿Será posible tal cosa?
AN. ¡Vamos! Si será posible!
AM. Digo, que haya una persona
De tan bajos sentimientos
Y de conciencia tan sorda.
AN. Pídele las esquelitas
Que con mano imprevisora
Le hayas puesto, y los retratos
Que tengan dedicatoria,
Y de barato dar puedes
Alguna piedra preciosa,
Que en relicario ó cintillo,
Se te fuera, y duerma ahora
En algún monte piadoso.....
- AM. Vete pues, á la Concordia.
AN. Y si insiste ó refunfuña,
Avisame sin demora.
Yo me encargaré del resto.
- AM. ¡No, por Dios! Déjame sola
Y yo te prometo Andrés,
Dar pronto fin á esta historia.

ESCENA III.

AMELIA sola.

AM. No es posible ¡Dios eterno!
 Que haya un hombre tan infame:
 No comprendo que no me ame,
 Si me lo jura tan tierno.
 ¡Virgen sagrada María,
 Eres tú mi única ayuda,
 Socórreme en esta duda
 Que destroza el alma mía!
 ¡Que tu pureza me alumbré
 Y me dé valor y calma,
 Porque se sumerge mi alma
 En un mar de incertidumbre!
 (*Se queda como abrumada*)

ESCENA IV.

AMELIA Y LUIS, que llega con un ramillete de
 flores en la mano.

LUIS. Con cielo azul y brisa que adormece,
 En una mar tersísima de plata
 Que los peñascos y árboles retrata,
 En un momento, todo se oscurece
 Y condénsase negra tempestad.
 Así en tu frente pura,
 Fuése alzando una nube de tristura
 Hasta cerrar el broche de tu ceño,
 Y tu semblante alegre y halagüeño,
 Llenóse de amargura.

¡Qué te puso tan mustia, amada mía,
 Al oír el relato de tu hermano,
 Que, de tu bella mano
 La pulsación se altera?

(*Se la había daado desde poco antes*)

AM. Que estuvieses tan cerca, no creía,
 ni que alguien nos oyera.

LUIS. Vine á darte este ramo, y el acento
 A escuchar de tu voz tan dulce y blando
 Con que otras veces muestras el contento...

AM. (*Ap*) ¡Cómo podré decirle!

LUIS. Que te causan las flores que te mando.
 Me parece, en tu ausencia, que mirándote.
 Cesará la inquietud que me devora:
 Te llego á ver, y esa inquietud traidora
 Se aumenta más y más.
 Mi deseo es entonces acercarme
 Para decirte lo que mi alma siente,
 Y dar pábulo al rogo que en mi mente
 Enciende tu mirar.
 Pero llegando á tí luego enmudezco,
 Y olvido las palabras que traía;
 Paréceme tan sólo que apetezco,
 de hinojos á tus pies,

Pedirte me perdones mi osadía.....

AM. Muy pronto vuelve Andrés.....

LUIS. Vagando por el campo, embelesado,
 Como al azar, entre floridas yerbas,
 Luz deslumbrante y aire perfumado,
 Un momento olvidé penas acerbas,
 Y de tu imagen sólo, entre aureolas,
 Me acordaba extasiado; y á mis solas
 Un mundo imaginé de maravillas.

Cortaba al paso espigas y frutillas
Haciendo tosco ramo

Que, con flores agrestes y sencillas,
Parecióme expresar lo que te amo.

Estas de cáliz rojo, van al centro
Rodeadas de acantos y de palma,
Retratando los impetus de mi alma,
Que espera conseguir pronta victoria

Fiada en el amor;
Y estas de limpio azul, color de gloria....

¡Perdieron su frescura primitiva!
Cual si fueran presagio de que el cielo

También ha de cambiar de perspectiva
Tras de pesado y ceniciento velo.

Me agradan las silvestres amapolas,
(*Toma el bouquet*)

Mucho más que las flores de invernáculos,
Camelias y jazmines,

Que se siembran y dan en los jardines
Para adorno de muertos y espectáculos.

Quizá prefiero el descuidado fruto
De cimarronas plantas,

Por ser espontáneo su tributo!

Hay en tu corazón terrible lucha
Que se adivina en tu lenguaje triste.....

(*Pausa*)
¿Ppr qué ayer no viniste?

¡Si vieras lo que siento
Cuando pasa el día sin mirarte!

Me persigue funesto pensamiento;

Paréceme que está cercana la hora
En que me han de obligar á abandonarte,
Porque en red traidora

AM.

LUIS.

Te hagan caer con muquiavélico arte.
Pláceme verte atravesar los prados
Cual rápida ilusión,
Mandándome en tus ojos encantados,
de amor. dulces recados
Que á lo lejos recoge el corazón.
Pláceme oír el armonioso acento
De tu voz seductora,
Porque en ella trae, cómplice el viento,
Palabra halagadora
Que me embriaga de dicha y de contento,
Aunque á oídos extraños sólo sea
Destinada á otro objeto y á otra idea.

ESCENA V.

DICHOS Y ANDRES que ha llegado por
detrás sin ser sentido, y pone á LUIS
la mano sobre el hombro.

AM.

Vuestra infame socaliña

Tan vulgar y descarada,

Está muy manoseada,

Y sólo á una pobre niña

Se la hará pasar por culta.....

(*Volteando*) Perdone usted, caballero....

LUIS.

AN.

Sepa usted, Don Majadero,

Que mi hermana no es..... estulta;

Pero si usted se imagina,

En su necia petulancia

Procurarse la ganancia

De una opulenta tontina,

Es también empeño necio

De que bien puede excusarse;

®

Amelia no ha de prestarse
A semejante adefesio.
Su edad y poca advertencia
Han dado margen acaso,
A creeros en el caso

De estar en correspondencia;
Pero la niña os rehusa:
Esta es toda la verdad;
Y si algo ha dicho, —su edad
Será la mejor excusa.

LUIS. Estoy perplejo y turbado,
Ni dar puedo explicaciones
Contra las acusaciones
De que me habeis abrumado.
Lo principal de mi falta
Es mi falta de fortuna.....

AN. La defensa es importuna,
Pero la audacia es muy alta.

LUIS. Mi amor á Amelia es tan hondo,
Que vuestros cargos desdeño.....

AN. Prescinda usted de su empeño,
O de mi paz no respondo.

LUIS. Caballero, yo he sentido
Que vinieráis por detrás.....

AN. Amigo, no hablemos más,
Este es negocio concluido.

LUIS. Yo confieso en este punto,
Haber sido algo imprudente.....
Pero Amelia, únicamente,
En tan delicado asunto,
Es quien pudiera.....

AN. (Ap) Ya escarcha!
(Alto) Por no alargar la querella,

Consentiré que sea ella
Quié os dé el toque de marcha.
(A Am.) Hace poco, á lo que entiendo,
Estabas por despedirle;
Puedes por tanto, decirle
Que ya bien puede irse yendo.

(Pausa)

AM. He sido, un poco.... ligera....

Ingenuamente lo digo..... (Se detiene)

AN. ¿No basta con eso, amigo?

LUIS. Su respuesta no es entera:
Toda la frase reclamo.

AN. Os vais poniendo exigente!

(A Amelia) Dile entonces, netamente.

AM. (Como violentándose y titubeando)

Deveras, Don Luis, no os amo,
Y aun cuando fuera al revés,
No puedo en mi corta edad,
Contrariar la voluntad
De mis padres y de Andrés.

CAE EL TELON.



Acto segundo.

La misma vista del anterior, con las variaciones
que requiere el transcurso del tiempo.

ESCENA I.

AMELIA Y CLARA sentadas en un banco.

AM. Grato y sin sombra alguna
Es el recuerdo
Que de aquellos amores
Guarda mi pecho.
Catorce años contaba
Por esos tiempos;
Edad en que se vive
Como en el cielo,
Sin temor á peligros
Que no entendemos,
Ni observar conveniencias

Que vienen de ellos.
Fuí imprudente con Luis
Hasta el exceso,
Sin reserva ninguna
En los paseos;
Pues aunque yo siempre andaba
Con compañero,
Cómplice lo hacíamos
De nuestro empeño,
Diciendo palabritas
De doble intento,
Cuando el uno del otro
No estaba lejos;
Y de alguna distancia,
Eran telégrafos,
Ya con miradas tiernas
Y movientos,
Ya con sonrisas dulces
Y hasta con besos,
Que, con un disimulo
Poco discreto,
Dábamos á las flores
Y á los pañuelos.
Lo mismo en los teatros
Y hasta en los templos;
Todo para nosotros,
Era terreno
Propio para señales
De amor eterno.....
Mas todo eso... pasó
Cual fatuo fuego.....
Si imprudente y ligera
Fuí con exceso,

Dominar me dejé
En un momento
Por importuno raptó
De necio celo,
Que he deplorado mucho,
Mas sin remedio!

CLA. ¿No has tenido después
Otro cortejo?

AM. No he tenido otro amor
Como el primero:
Si el pretendiente es rico
O de alto puesto,
Elegante, gallardo
Y de talento,
Halaga al amor propio
Ser el objeto
De finas atenciones
O negros celos:
Se ama con la cabeza,
Mas no hay aquello
Que al corazón inflama
Con dulce anhelo.

CLA. Tú podrías casarte.....

AM. No lo deseo;

Helo intentado á veces,
Pero.....no puedo.....
Porque ninguno me ama
Como yo quiero,
Porque es hartó difícil.....
Pero.....tratemos
De algo que te interese.....
¿Qué dice Alberto?

CLA. No puedo dominarlo,

Es un escéptico.

AM. Así va siempre el mundo,
Contra el deseo.

CLA. Son sus declaraciones
Como entre velos
De bromas y acertijos.

AM. Será recelo
De que tú le desaires,
Y deja abierto
Siempre, de otra salida
Algún sendero,
Negando, verbigracia,
Que sus requiebros
Fueran una propuesta.

CLA. Será por eso,
Y se pasa semanas
Sin ir á vernos.

Necesito explicarle
Cada suceso,
Para que no interprete
Mal mi manejo.

AM. No me parece bien
Que lo hayas hecho.

Si realmente le amas....

CLA. No lo comprendo:

Cuando me pongo seria
Y no me esmero

En tratar de agradarle,

El, con empeño,

Me busca y agazaja.

AM. Pues, gran remedio,

Según ese diagnóstico
Que tienes hecho,

Es quemarle la llaga
De orgullo necio.
Admite de algún otro
Los galanteos,
Y á Alberto rendirás
Sin mucho esfuerzo.

CLA. Veré si en adelante
Jugar yo puedo

AM. Esa doble partida
Me comprometo
A darte unas lecciones,
Y al poco tiempo
Verás como se cambia
Del todo, Alberto.
Que para lo futuro

CLA. No haya secretos
Entre nosotras dos.

CLA. Te lo prometo.

AM. ¿Me verás con frecuencia?

CLA. ¡Cuánto te quiero! (*Se besan*)

CLA. Se me olvidaba que hoy
Es el concierto

En casa de mi tío
Don Anacleto.

¿Vienes conmigo, Amelia?

AM. Yo te lo ruego!

Gracias, Clara querida,

Pero no puedo:

Tengo que estar en casa,

Porque hay enfermo.

Vámonos en mi coche,

Y allá te dejo. (*Salen y queda
un momento la escena sola.*)

ESCENA II.

ALBERTO Y LUIS llegan del brazo.

AL. Ignoro si eres dichoso
Con tu genio de poeta;
Pero cualquiera coqueta
Trastornará tu reposo;
Y las ricas elegantes
De afectada aristocracia
Son las que hacen con más gracia
Renegar á sus amantes.
¿Cómo es posible que creas
Con todo tu buen talento,
Que Amelia por un momento,
Comulgue con tus ideas?
En esa inquieta destricia
Que todo espíritu siente
Al salir del inconciente
Periodo de la puericia,
Busca la niña al acaso
Algo que ignora de nombre,
Y se adhiere al primer hombre

Que se le presenta al paso;
O es como esos colibríes
Que arrebatan loco anhelo,
Y van con rápido vuelo
Del mirto á los alhelios.

No dudo que ser tu esposa
Pensará de vez en cuando
Amelia; pero pensando.
Llegó á pensar otra cosa.

LUIS. Soy un soñador, es cierto,

Un iluso incorregible;
Mas mientras sea posible,
¿Por que no esperar, Alberto?

AL.
Pero ¿tu esperanza dura
Después de tan largos años?
El mundo y los desengaños
¿No corroen tu armadura?

LUIS.
Pasada cierta querella,
Amelia mandó decirme,
Que aunque su amor era firme,
No pensara más en ella.
Quizá afrontándolo todo
Con ruegos y humillaciones
Habría hallado ocasiones
De un favorable acomodo
Pero haciéndome violencia,
Como quien quema su mano,
Resolví cortar de plano
Aquella correspondencia.

AL.
Eran puras niñerías.

LUIS.
Y para evitar un yerro,
A esperar fuime al destierro
La aurora de nuevos días

AL.
Tanto trastorno y suplicio
Por tan fútiles amores!

LUIS.
Hay sentimientos mayores
Que cualquiera sacrificio;
Y Dios premia con usura
Tener fe en su providencia,
A más de que esa creencia
Es de suyo una ventura.
Hace poco que aquí me hallo
Esperando sus veintiuno

Para en momento oportuno
Saber de mi suerte el fallo.

AL.
¿Y qué has visto de su parte?
LUIS.
La más cruel indiferencia:

Ha evitado mi presencia
Con disimulo y con arte.
Y como ahora dispongo
De un diario de renombre,
Disfrazando sólo el nombre,
Sentidas trovas le pongo:
Trovas que no duda nada
Que para ella las escribo,
Pues bien sabe que recibo
La vida de su mirada.

AL.
Es el romance más triste
Tu quijotesca constancia
Por una broma de infancia,
Por un amor que no existe.
Desata, por Dios, tu venda:
Quien pretende á tu ex-futura
No estudió literatura,
Pero tiene rica hacienda.

Poco exigente y celoso,
De aventuras mujeriles,

Es una especie de Aquiles
Como rival para esposo.

Y en eso de tirar cuentas
Amelia no es nada turnia;

Prescindirá de la alcurnia,
Pero jamás de las rentas.

LUIS.
Me asfixia la horrible calma,
La sarcástica ironía
Con que haces esa autopsia

AL. De las vergüenzas del alma.
Sufres engaño profundo.

LUIS. Tal vez; pero yo no envidio
Tu lento y atroz suicidio
De dudar de todo el mundo,
Viviendo desesperado
En un desolante tedio.
(Pausa)

AL. Voy á ofrecerte un remedio
Que te saque de tu estado.
Tengo por ahí una prima,
Pero prima primorosa
Que podría ser tu esposa. . . .

LUIS. Pero, hombre. . . ¡me causas grima!

AL. La hija de mi tío Antonio,
Es muy guapa no lo dudes.

LUIS. Tiene talento y virtudes. . . .

AL. Propias para el matrimonio.
Y si no fuera tan bella,
O yo tan desconfiado,
Mucho tiempo ha, que casado
Estaría yo con ella.
Hazla y hazte tú feliz,
Dejando tu quijotismo,
Porque en el fondo es lo mismo
Dulcinéa y Beatriz,
Clara es de buen corazón,
A pesar de ser muy fría,
Y la que más se avendría
Con tu genio y condición.

LUIS. Pero sí, según entiendo,
No conoce ni mi nombre,
Y es ridículo. . . .

AL. Pues hombre,
Para eso te recomiendo.
(Pausa)

LUIS. Vamos! De un modo me caso:
Mañana mismo le escribo
A Amelia. Si no recibo
Contestación, ó si acaso
Usa de frases ambiguas
Que dejen el puuto oscuro,
Desde ese momento abjuro
Mis ilusiones antiguas.

ESCENA III.

Dichos, VENEGAS.

VE. ¿Qué dices de nuevo, chico?
[Da la mano á Alberto]

AL. ¡Y qué á propósito llegas!
Vamos, cuéntanos, Venegas,
La aventura de Perico.

VE. Y tú, Gaxiola, ¿qué tienes?
(D. ndo la mano á Luis)

LUIS. Concertábamos un drama
Que versa sobre la trama
De «Para el amor desdenes»,
Y tal vez tu gacetilla.
Verídica y jocoseria
Nos suministre materia.

VE. La de Pedro es muy sencilla:
(Se sienta)
Una beldad de patente,
De esas de ojos celestiales

Y formas esculturales,
 Se fijó tan dulcemente
 En los ojos de Corella,
 Que Corella perdió el juicio
 Con semejante artificio,
 Y se dió á correr tras ella.
 Gastaba buenos doblones
 Para seguirla al paseo
 Alquilando de recreo
 Ya tilburis, ya frisiones.
 Abonaba su luneta
 Con sacrificios y enojos
 Por clavar sus anteojos
 En su adorada coqueta.
 Rondaba como una mica,
 Cambiando siempre de lado
 Para evitar ser notado
 Por los deudos de la chica.
 Y creyendo casi cierto
 Que lo aceptaría Amelia,
 Arrojóle una camelia
 Por un balcón entre abierto,
 Y para acabar mi historia,
 Otra noche, un ramillete
 Con perfumado billete
 De tierna declaratoria.
 Lo sé de boca de Julia:
 Fué irrisión aquella esquila
 De toda la parentela
 Y cotidiana tertulia.
 Lleno Pedro de coraje
 Por tan agudo sarcasmo,
 Fué víctima de un espasmo

Y tuvo que irse de viaje
 Ja-ja-ja-ja. Qué frescura!
 ¡Conque dinos, Luis-el-bueno,
 Vas á meterte de lleno
 En otra igual aventura?
 ¡Por Cristo! yo no me arredo
 De que se ría el mundo:
 Haz capítulo segundo
 De los amores de Pedro.
 Con fé tu martirio abarca,
 Que allá te lleva el destino.
 ¡Tienes abierto el camino
 Que dió la gloria á Petrarca!....
 Pero ¡Porqué esta filípica
 A nuestro amigo Gaxiola?
 Porque hiciste carambola
 Con esa tu historia típica.
 En una palabra, Alberto,
 Y tregua á esta escena rara,
 ¿Podrás presentarme á Clara?
 Esta noche en un concierto
 Que hay en casa de las Ramos.
 Que sean ramos ó flores,
 Acepto de mil amores
 Si me convidas.

AL.

VE.

AL.

LUIS.

AL.

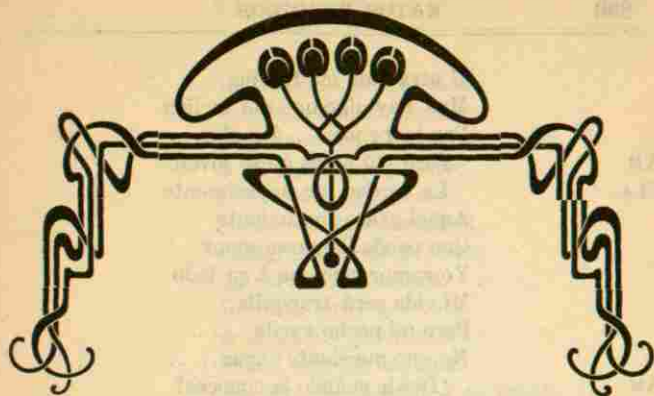
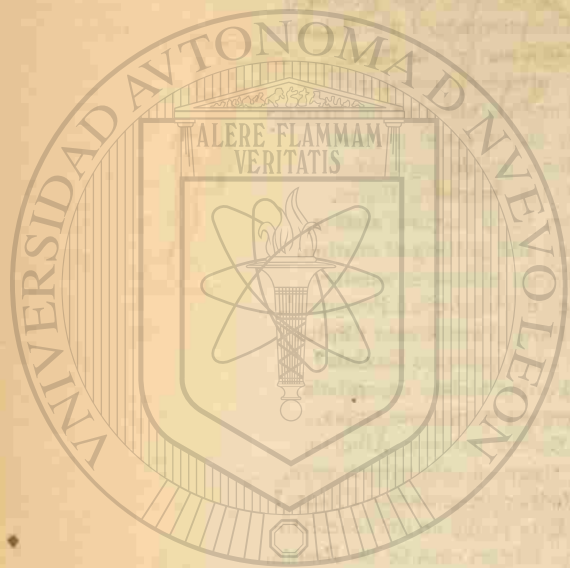
VE.

LUIS.

Pues vamos!

CAE EL TELON.





Acto tercero.

Una sala de recibir regularmente amueblada. Puertas laterales y en el fondo.

ESCENA I

CLARA Y AMELIA.

CLA.

Estoy tan perpleja, Amelia,
Que ni á describir acierto
El grado de desconcierto
Que mi alma siente esta vez.
Yo no sé si el desengaño

U otra idea me fascina;
Mas hay algo que me inclina
Por lo menos, . . . á dudar.

AM. Pero ¿tú amas á ese jóven?

CLA. La verdad, no experimento

Aquel grato sentimiento
Que puede llamarse amor.

Yo comprendo que á su lado

Mi vida será tranquila;

Pero mi pecho vacila

No—no me siento capaz

AM. ¿Desde cuándo le conoces?

CLA. Hace un mes, en un concierto

Fué á presentármelo Alberto

Sin anterior prevención.

Cambiamos sólo las frases

De la común cortesía,

Y mi primo, al otro día,

Se me declaró por él.

Es decir, por su conducto,

Mandó don Luis ofrecerme

Su mano y venir á verme,

Mediante mi voluntad

Pero debo confesarte

Que me sentí lastimada

De que de tal embajada

Fuera Alberto portador.

Sin demostrar embarazo

Me formó la biografía

De Luis, á quien conocía

De muchos años atrás.

Yo, sin dar ninguna prenda

Que me comprometa á nada,

Consentí en ser visitada
Y escuché su pretensión.

Es joven, fino y galante,

Y de talento muy claro;

Pero tiene algo de raro

En su áspera ingenuidad.

Pudiera ser más flexible

Su cortesía afectuosa

Le falta no sé que cosa,

A lo menos, para mí:

Aquel empeño amoroso

Que aunque se oculte ó se venza,

Por temor ó por vergüenza,

Lo adivina el corazón.

¡Pobre Clara!—Si es sincero,

Si por tí se ha decidido

Y es tan fino,—buen marido

Será,—no lo dudes tú. (Pausa)

Me ocurre una idea.

AM. ¿Cuál?

CLA. Hoy es día de visita;

Precisamente es la cita

Entre las cinco y las seis.

AM. La media. (Viendo el péndulo)

CLA. Desearía

Que presenciaras cubierta

Tras del *store* (1) de esa puerta

Toda la conversación.

(Llaman con timbre)

AM. Tocan.

CLA. Es él, es Don Luis!

(1) Se pronuncia *stor*.

Por el amor que me abrigas
Te ruego, Amelia, me digas
Con verdad tu parecer!

AM. Pero si ya estás resuelta....

CLA. Aún vacilante estoy

Al ver que recibo y doy
Un golpe de ingratitud.

Si por lo que pase, opinas
Que debo admitir, te quedas;
Pero si una silla ruedas
Y te presentas aquí,
Como que entras de improviso
Cortándonos la palabra,
Sin esperar á que te abra,
Será contraria señal.

(Sale Amelia)

ESCENA II.

CLARA y LUIS que hace al entrar una
inclinación respetuosa.

CLA. Podeis entrar, caballero.

LUIS. Muchas gracias, señorita.

Si interrumpe mi visita
Más amena entretención....

CLA. Ninguna, Señor Gaxiola.

(Se sientan)

LUIS. (Sonriendo) Soy un novio muy avieso,

Clara, es verdad, lo confieso:
No puedo inspirar amor.

Literato á mi manera,
Político independiente,

No ofrece gran aliciente
Mi enturbiado porvenir.
Me sonroja proponeros
Una mano tan vacía....

CLA. Llena para mí estaría
Con el corazón, don Luis.

Un perfecto caballero
De acrisolada conciencia,
Que aunque lo sea de herencia,
Lo es también por convicción:
Un buen amigo que instruye
Y deleita con su trato,
Es para mí muy más grato
Que tren de gran esplendor;
Y más grato me sería
Una amistad libre y pura,
Sin esa legal premura,
Que tiene la esposa, Luis.

LUIS. Soy ingenuo por carácter;

De lo de más, yo carezco,
Pero en el alma agradezco
Que lo supongais en mí.

Alentadora confianza
se respira á vuestro lado,

Un perfume delicado
De virtud y de bondad.

CLA. Ni la virtud ni el talento,

Ni el oro, ni el poderío
Pueden llenar el vacío
Que el amor debe ocupar.

LUIS. El amor!... es una llama

Que se enciende poco á poco,
Comenzando por un foco

De amistad ó gratitud.
 CLA. El amor es una hoguera
 Sin razón ni precedente,
 Que se enciende de repente
 Como la eléctrica luz.
 LUIS. ¡Es decir que nada vale
 Lo mucho que yo os estimo?...
 CLA. Os habrá dicho mi primo
 Que yo os aprecio también;
 Y comprendo lo que obliga
 Vuestra oferta generosa;
 Pero un matrimonio, es cosa
 Que exige más madurez.
 El amor balbute apenas,
 Por eso *infante* se llama,
 Y comunica su llama
 Sin tener casi que hablar.
 Lo que nosotros sentimos
 Uno por otro, hasta el día,
 A lo más, es simpatía,
 Un principio de amistad.
 LUIS. No pretendo, bella Clara,
 Que sintais de luego á luego
 Aquel ardoroso fuego
 De una primera pasión.
 Esas luces boreales
 Son radiación de la infancia,
 Y tienen tanta inconstancia
 Como los iris del sol,
 Y si quereis que esa aurora
 Con sus ígnicos colores
 Matices las blancas flores
 De la corona nupcial,

Es pretensión semejante
 A que haya espectro sin prisma,
 Es preferir un sofisma
 A la estética verdad.
 ¡Fantasía quimérica!
 Y sin embargo, yo creo
 Que los lazos de Himeneo
 Convendrían á los dos,
 Porque la amistad sincera,
 Vínculo de alma con alma,
 Nos dará esa dulce calma
 Que es el verdadero amor.

(Pausa)

CLA. Pero entonces ¿qué os festina?
 Podemos tranquilamente...
 LUIS. Quiero irrevocablemente
 Mi suerte fijar aquí
 Tal vez algún vano escrúpulo
 Os haga entrar en temores....
 CLA. Explicaos.

LUIS. Otros amores.
 Algún capricho infantil.
 Porque nadie de este mundo,
 En lo azul de su pasado,
 No descubre algún nublado
 Que turbe su claridad.
 Pero despreciar debemos
 Esos amores de escuela
 Menos firmes que la estela
 Que deja un barco en la mar.
 Nada importa lo que el alma
 Allá en otro tiempo quiso:
 La fuerza de un compromiso

Sólo alcanza al porvenir.
 No quiero hacerme ilusiones,
 Ni yo engañaros pretendo.
 ¿Qué ganaremos fingiendo
 Los dos, un amor febril?...
 Yo también mi época tuve
 De romántico absoluto,
 Yo también pagué el tributo
 De luctuosa decepción! (Pausa)
 Era una niña inocente
 Que parecía, extasiada,
 Cantarme con su mirada
 Todo un poema de amor.
 Pero ese ángel de inocencia,
 Con estudiada falsía,
 Rendido amor me fingía
 Por jugar y por reír.
 Pasó, por fin, esa crisis
 De su juguetona vena,
 Y me dejó—tan serena—
 Cual se deja un manequí.
 Yo en modesta medianía,
 Estudiante sin influjo;
 Ella con el tren y lujo
 De elevada condición....
 Hay suertes tan desiguales,
 Que unir las fuera delirio:
 O bien perpetuo martirio,
 O un insensato candor....
 Pero pasó!—y en vos hallo
 Inesperado consuelo....
 Ahora, gracias al Cielo,
 Mi suerte es otra también.

El matrimonio es un lazo
 Que debe atar la experiencia
 Con nudo de conveniencia,
 Si no de vil interés.
 Y los dos tenemos algo....
 Que nos acerca y nos liga,
 Perdonad, querida amiga,
 Tenemos algo.... común.
 (Picada,) Está bien!.... (Se oye ruido de
 sillas.) ¿Pero estais cierto
 Que aquella mujer no os ama....?
 ¿Está extinguida la llama
 De la primer juventud?
 (Sale Amella por detrás de los interlocutores,
 sin ser vista por ellos)

CLA.

ESCENA III.

AMELIA y dichos

LUIS. ¿Me creéis á mí tan necio,
Que á miserable coqueta
Mi albedrío yo someta?
Esa mujer.....la desprecio!

AM.
CLA. Ah! (*Vacilando y como aturdida*)
Gracias á Dios que vienes!

LUIS. ¿Pero qué es eso.... Vacilas,
(*Corriendo á socorrerla*)
Y se nublan tus pupilas!
(*Sosteniéndola*)
¡Amelia, Amelia, ¿qué tienes?
(*Ap.*) Nos escuchaba sin duda!
(*Alto*) Jamás habría pensado
Que me hubierais preparado
(*Clara quita á Amelia el prendedor y
su pañoleta ó adorno del cuello, que
entrega á Luis por no tener á mano
otra parte donde ponerlos.*)
Broma tan seria y tan cruda.

CLA. Vuestras sospechas acerbas

Os hacen ser temerario
E injusto.LUIS. (*Que ha estado examinando el prendedor.*)Este relicario
Contiene unas secas yerbas
Tras la imagen de María....
Por el reverso, un retrato
Borrado casi... ¡Insensato!
Mi antigua fotografía!Que en su pecho conservaba
Con amor vivo y constante
¡Mientras que yo delirante,
Con vileza la ultrajaba!
(*Se precipita á socorrer á Amelia.*)CL. Ya vuelve en sí. Dadnos viento;
Abrid pronto los cristales.
(*Luis abre el balcón y vuelve junto á Amelia.*)
Sentémosla.LUIS. ¿Teneis sales?
Traédselas al momento. *Sale Clara*

ESCENA IV.

AMELIA y LUIS. La primera como aturdida
al principio, cubre sus ojos con
un pañuelo, pero se va reponiendo
poco á poco.LUIS. Crucé procelosos mares,
De dudas y desengaños,
Y al través de mil azares
Alumbraba mis pesares
La luz de felices años.
Muchas veces sofoqué
El desaliento en su cuna,
Porque impávido y de pié
Orientaba con la fe
La barca de mi fortuna.
Y al llegar al puerto mismo
Mirando casi la orilla,
Me arrebatava al abismo,
El traidor escepticismo

ESCENA III.

AMELIA y dichos

LUIS. ¿Me creéis á mí tan necio,
Que á miserable coqueta
Mi albedrío yo someta?
Esa mujer.....la desprecio!

AM. Ah! (*Vacilando y como aturdida*)
CLA. Gracias á Dios que vienes!
¿Pero qué es eso... Vacilas,
(*Corriendo á socorrerla*)
Y se nublan tus pupilas!
(*Sosteniéndola*)

LUIS. ¡Amelia, Amelia, ¿qué tienes?
(*Ap.*) Nos escuchaba sin duda!
(*Alto*) Jamás habría pensado
Que me hubierais preparado
(*Clara quita á Amelia el prendedor y
su pañolito ó adorno del cuello, que
entrega á Luis por no tener á mano
otra parte donde ponerlos.*)

CLA. Broma tan seria y tan cruda.
Vuestras sospechas acerbas
Os hacen ser temerario
E injusto.

LUIS. (*Que ha estado examinando el prendedor.*)

Este relicario
Contiene unas secas yerbas
Tras la imagen de María...
Por el reverso, un retrato
Borrado casi... ¡Insensato!
Mi antigua fotografía!

Que en su pecho conservaba
Con amor vivo y constante
¡Mientras que yo delirante,
Con vileza la ultrajaba!

(*Se precipita á socorrer á Amelia.*)

CL. Ya vuelve en sí. Dádnos viento;
Abrid pronto los cristales.

(*Luis abre el balcón y vuelve junto á Amelia.*)

Sentémosla.

LUIS. ¿Teneis sales?

Traédselas al momento. *Sale Clara*

ESCENA IV.

AMELIA Y LUIS. La primera como aturdida
al principio, cubre sus ojos con
un pañuelo, pero se va reponiendo
poco á poco.

LUIS. Crucé procelosos mares,
De dudas y desengaños,
Y al través de mil azares
Alumbraba mis pesares
La luz de felices años. ¡
Muchas veces sofoqué
El desaliento en su cuna,
Porque impávido y de pié
Orientaba con la fe
La barca de mi fortuna.
Y al llegar al puerto mismo
Mirando casi la orilla,
Me arrebató al abismo,
El traidor escepticismo

De funesta pesadilla.
 Pero tú, que de bonanza
 Eres celeste presagio,
 Disipas mi desconfianza
 Y me vuelves la esperanza
 Salvándome del naufragio.
 ¡Cómo, que fueses tan pura,
 He llegado yo á dudar,
 Cuando en tus ojos fulgura
 Una luz y una dulzura
 Que no pueden engañar!
 Perdóname la falsía
 de un momento de arrebato,
 Pues yo te amo, vida mía,
 Como te lo repetía
 La expresión de este retrato. (Se
 lo entrega

AM.
 ¡Tú pedirme á mí, perdón!
 A mí que fui la perjura,
 La que con negra traición
 Abriera en tu corazón
 Un manantial de amargura!....
 Mas fué tan hondo el quebranto
 Que sufrí por mi flaqueza,
 Que mira, [enseña el retrato] he llo-
 rado tanto,
 Que se borró con mi llanto
 El perfil de tu cabeza,
 Y las flores que trajiste
 Del campo, azules y rojas
 Y que en hora aciaga y triste
 Como un símbolo me diste,
 Son estas, pálidas hojas,

Me convencí que falso era
 Que pérfido me engañaras,
 Mas, de cualquiera manera,
 No quise que me esperaras
 Hasta que libre yo fuera.
 Pero jamás he podido
 Romper los sagrados lazos
 Que á tí me habían unido,
 Y siempre á Dios he pedido
 Poder morir en tus brazos.

(Se abrazan)

LUIS.
 Se goza más con la aurora
 Cuando horrible noche se alza.....

AM.
 Por un error fui traidora.
 Por engaño he sido falsa;
 Perdóname pues ahora!

Luis.
 Tu obediencia y tu suplicio
 No son falta que merece
 Perdón, como el torpe vicio;
 Fueron noble sacrificio
 Que á mis ojos te enaltece....
 Ya no del abismo se hable
 Que atrás dejamos los dos.
 Perdonarte no me es dable,
 Porque tú no eres culpable
 Ni ante los ojos de Dios.

ESCENA FINAL.

CLARA, ALBERTO y dichos.

C.

(Con ironía)
 Te has mejorado. que es estupendo.

AM. Tan mejorada que soy feliz!
 C. Pero tan pronto! Yo no comprendo.....
 AM. Luis es mi novio, Luis es mi Luis.

(A Luis)

Hoy que del Cielo baja á torrentes
 Para nosotros, vivida luz,
 Que no dé sombras á amigas frentes
 De triste luto, negro capuz.

(A Alberto)

A ambos os quema secreta llama
 Y á ambos consume vano temor,
 Pero el que abriga sospechas, no ama,
 Y el desconfiado es el traidor.

(A Clara que llora con dtímulo)

Mas en vosotros no hay nada de eso,
 Su esceptisimo no es radical

AL. He sido un sandio yo lo confieso,
 Y soy la causa de todo el mal
 Creí que Clara no me aceptaba
 Sino á defecto de otro cualquier.....
 En fin, yo quise ver si me amaba
 Y necia duda satisfacer,
 Y hela ofendido.....

AM. Clara me ha abierto

LUIS. Como á una amiga, su corazón....
 (Interponiéndose á interrumpiendo)

Alto!-En castigo, yo impongo á Alberto
 Que de rodillas pida perdón:

AL. (Arrodillándose)

Perdón, primita, que yo te juro
 Haberte amado más que tú á mí.

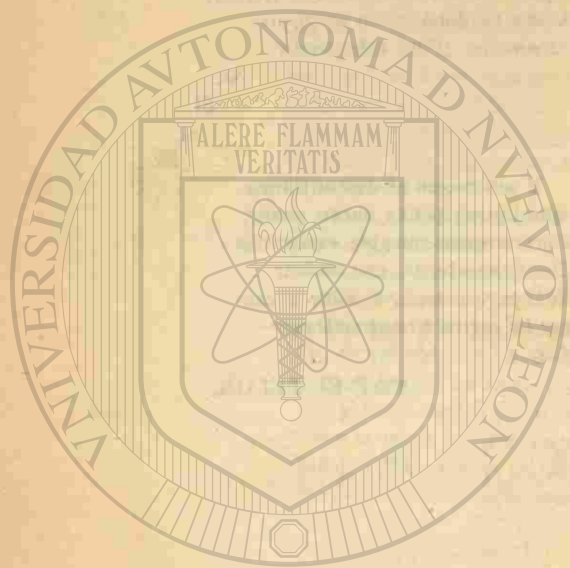
AM. (Viendo á Clara con expresión de

súplica, pero al mismo tiempo, risueña)
 Clara perdona: yo lo aseguro.
 (Sonriendo) ¿Pero tan pronto?

C. Sí.
 AL. Sí.
 AM. sí.
 LUIS. sí.
 C. Sí.
 AM. Sí.

Y sin recelo ni desconfianza
 Que tantas penas hacen pasar,
 Coronaremos nuestra esperanza
 De dicha eterna, con azahar.
Si la pieza se pone con música, can-
tan los cuatro á tiempo este cuar-
(teto.)

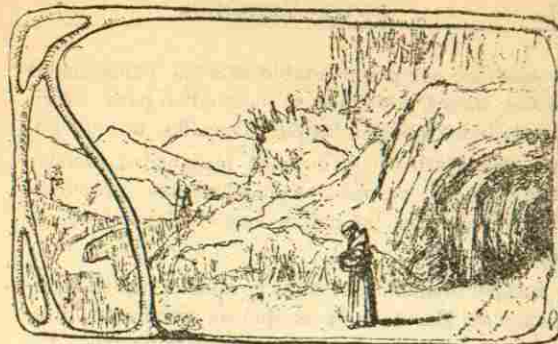
CAE EL TELON.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I UN PLACER

Don Rafael de Lebrija era un viejo español, recio de facciones, cargado de espaldas y zamborotudo, vestido con pantalón y paletó de casimir del país, fieltro maltratado y zapatos burdos; había asistido como marinero al combate de Trafalgar y fué soldado del Rey mi Señor en las guerras de nuestra Independencia. Yo lo conocí en Tepic por el año de 1862 en que la dominación de Lozada se extendía como chapa de fierro mohoso, sobre lo que ahora forma el Territorio, siendo el dicho Don Rafael jefe de garita en que se cobraba una especie de peaje ó alcaba

la *ad libitum* que plugo establecer á los paniaguados de *Don Manuel*, los cuales se ingeniaban para exprimir de todos modos á los pueblos caídos en sus garras, después de que los de pelea mataban ó asendereaban á los varones, saqueaban las propiedades y violaban á las mozas que hallaban á su paso.

Inesperadamente me cogió en aquella ciudad el remolino del Dos de Junio en que sorprendieron y destruyeron á la pequeña guarnición de milicianos que allí había dejado el Gobierno de Jalisco, después de los tratados de Ocazón; de modo que durante la época imperial que vino en seguida, fué aquello una verdadera cena de negros, una bacanal de canibalismo, sin comunicación ni dependencia de los centros civilizados del resto del país, en que se daba caza á los del partido llamado de los *Changos*, por los *Macuacos*, de que se había declarado directora la casa mercantil de Barron Forbes y Ca., filiada en el bando conservador. Todo ese tiempo Tepic presentaba el aspecto de una plaza tomada por asalto, en que los cuadrilleros tenían derecho á apoderarse de cuanto querían y á maltratar y vejar á todo el mundo, no siendo menos crueles y temibles, los *políticos* que sin haber bajado de la Sierra ó formar parte integrante de la gavilla, se organizaba en permanencia para explotar al vecindario y vivir de los despojos y del trabajo de los vencidos.

Mucho era lograr entonces, los reputados *Changos* ó los *neutrales*, arrimarse á la sombra de algún macuaz manso que, sin pertenecer precisamente á los indios de la gavilla, ó ser de sus primitivos coad-

jutores, los adulaban ó aplaudían, para disfrutar de cierto fuero de impunidad, dominio y manos libres.

Don Rafael era uno de esos vividores, pachorrudo y acomodaticio, que sin estar animado de tirria y mala voluntad hacia nadie, se había declarado macuaz, porque era el partido más productivo y de mayores probabilidades de superioridad durante largo tiempo, bien pesadas las circunstancias; y había conseguido el empleo de alcabalero que, por su condición de alienígena y carácter pacífico, podía desempeñarlo con menos susto de los causantes y más pingües productos para los dominadores, porque nadie se atrevía á pasar por las garitas mientras estuvieron ocupadas por matones de á caballo eructando insolencias y erizados de puñales y pistolas.

Por desahogarme un poco de la reclusión forzada y llena de privaciones que me imponía aquel estado de sitio y alboroto en permanencia, íbame algunas veces por las siestas, que era cuando solía haber menos santiaguitos y trabacuentas en las calles, á saborear el café de la modesta sobremesa de Don Rafael convidándole, por mi parte, una breva de tabaco escogido de Chila, para hacerlo referir algunas de sus aventuras truhanescas ó de sus pasadas glorias militares, que narraba con verba inagotable siempre que se daba cuerda con un trago de *pousse-café* ó que lo entusiasmábamos sus oyentes, que éramos un lejano pariente mío su compañero de oficina, y el que esto escribe, con aplausos y excitativas, de vez en cuando, para que siguiera espantándonos el sueño pesadísimo de esas horas de tedio y de bochorno.

Ya nos había descrito varios episodios de Trafalgar en que había tomado parte activa como tripu-

lante del San Antonio, y nos había pintado la herra-
 dura de batalla que habían formado los barcos espa-
 ñoles, en presencia de los ingleses, las disidencias
 con el Almirante francés y el nombre, arqueo y ca-
 ñones de cada una de las naves combatientes. Des-
 pués nos refirió algunas de sus correrías por la Nue-
 va España, sus triunfos y derrotas de insurgentes,
 en que había trafragado desde Nueva Vizcaya hasta
 Choapan, y desde la Veracruz hasta Valladolid, ya
 solo, ya en conserva con su regimiento ó en carava-
 nas de diversas clases, etc.; etc.; de cuyos lances
 conservo muy pocos rasgos, así como de los nombres
 de personas, lugares y fechas que citaba y describía
 con minuciosidad y gracejo admirables. Desgracia-
 damente no se me antojó entonces tomar apuntes
 de una de esas relaciones, en que apenas me fijaba
 de momento, preocupado como estaba por los suce-
 sos de actualidad que se desarrollaban en ese tiempo
 por todo el territorio nacional, y principalmente en
 nuestra localidad, que era como si dijéramos, teatro
 de una batida continua y de las más insólitas peri-
 pecias.

Conservo, sin embargo, después de luengos años
 de aquellas conversaciones y sucesos, los puntos sa-
 lientes de una de esas relaciones que nos hacía cuan-
 do ya me trataba con más confianza; habiendo con-
 venido entonces, en aprovechar un claro de aquella
 enredada y comprometida trifulca, para hacer una
 expedición dispuesta con los elementos correspon-
 dientes, en busca de una guaira que nos haría más
 ricos que á Montecristo; pero no llegó á realizarse.

«Andábamos entre lo que ahora se llama Durango
 y Zacatecas, dijo, no recuerdo si citando fecha ó

simplemente refiriendo el suceso, cuando fuimos al-
 canzados por una cuadrilla de insurgentes, superior
 diez ó doce veces á nuestro grupo; y aunque trata-
 mos de resistir y nos sostuvimos largo tiempo sin
 desorganizarnos, poco á poco íbamos mermando y
 sintiendo el pánico y el agotamiento. Eramos los
 realistas diez ó doce y contábamos ya tres muertos
 y otros tantos heridos seriamente, que no tomaban
 parte en las faenas; mientras que del resto, ningun-
 o estaba enteramente exento de contusiones y des-
 calabros ó de fatiga, que nos imposibilitaba de se-
 guir haciendo resistencia. Fuímonos separando fa-
 vorecidos por la obscuridad, hacia diversos lados, y
 yo me aproveché de una de las acémilas en que traí-
 amos víveres y vestuario, que ya no era dable salvar.
 Los animales estaban hambrientos y cansados, por-
 que habíamos corrido sin detenernos todo aquel día
 y no había sido posible atenderlos; pero de todos mo-
 dos, valían más los cuatro remos de un solipedo,
 que los dos míos semibaldados y ateridos, y más
 cuando llevaba remolidas las costillas del lado sinies-
 tro por un hondazo que había recibido á corta distan-
 cia, disparado con diez ó doce culebras por un tarra-
 mara aceitinado de mugrienta cotona, que yo inte-
 rrumpí con la explosión de mi mosquete y á quien
 dejé atarantado, mientras que yo, azotando y talo-
 neando á babor y estribor mi cabalgadura, me aparté
 cuanto antes del teatro de la lucha.»

«Anduve toda esa noche sin respiro, azuzando á mi
 macho en silencio con piés y manos, porque parecía-
 me oír en las ráfagas del viento, carreras y retintín
 de «gachupín tiznado» y otras jaculatorias, figurán-
 dome que me alcanzaban y me hacían picadillo ó me

degollaban, como estuve á pique de serlo en las Barranquitas de Guadalajara.»

«Al aclarar el día, después de haber errado largo trecho por un bosque, tratando yo de meterme por lo más espeso para no ser visto desde alguna distancia, oí el relincho de un caballo, no muy lejano, á mi derecha. Viéndome ya casi descubierto y que mi montura no daba señales de actividad, y sin gobierno, por no venir más que con jácquima y montado en el aparejo, creí más conveniente abandonarla y escurrirme á pié por entre unos breñales, pasados los cuales y como á veinte pasos de distancia, tras unas viejas higueras, encontré una covacha entre los recortes de un paredón, en la que me introduje no sin gran trabajo, encerrado y lastimándome horriblemente mis chipones y arañazos.»

«Efectivamente, apenas había logrado ponerme á cubierto en mi escondite, cuando sentí que llegaban algunos al sitio en que había abandonado mi mulo, y que se alternaban y mezclaban varias voces terribles y amenazantes que se disputaban mis alforjas, en que llevaba mendrugos de galleta, queso, cigarros y otras baratijas.»

«No sé cuanto tiempo tuve que tener en suspenso la respiración, temeroso de ser descubierto por su compás, que parecían muy ruidoso y podía percibirse á los 60 ú 80 palmos que me separaban de mis terribles enemigos; aunque ahora reflexiono que tal vez no eran beligerantes, porque se notaban en el orfeón, flautas de chico y de mujer. Pero el miedo y las circunstancias son linterna mágica que reproduce los objetos con formas y tamaños formidables.»

«Por la tarde, y muy avanzado el día, hostigado por la sed, me sentí trastornado por una especie de desesperación que me hizo desentender de todo peligro, para salir en busca de algún refrigerio ó alivio de mi mortal situación, que si se prolongaba, tendría necesariamente el peor de los desenlaces.»

«Pero el sobresalto y mis heridas no me permitieron disfrutar de un largo sueño, como se disfrutó en los casos ordinarios después de una noche de holgorio y de verbena, sino que calculo que allá por la media noche ó poco más, emprendí de nuevo la marcha, aguijoneado por la idea de que era preciso hallar cuanto antes una salida á mi situación....»

Omito por innecesaria á mi propósito, la narración de tres días con sus noches en que Lebrija anduvo errante por cerros y hondonadas, desiertos, lomas y vericuetos; sin huellas recientes de humanidad, en las tortuosas escabrosidades de la Sierra de Alicia ó del Nayarit.

Después de mucho vagar, padecimientos y peripecias, llegó nuestro hombre á un espacio despejado donde distinguió adosada contra el recorte acantilado de un ribazo, una especie de choza formada de hacinados pedruzcos y cubierta con sarmientos de *cuamecate* y escobilla, que aunque temió fuese el aduar de algún huicho salvaje, revestido de temerario valor, se encaminó hacia ella con la esperanza de encontrar allí un modo de repónerse, ó siquiera de exhalar el ánima á la vista de un hijo de Adán.

Su valor subió de punto, cuando divisó que el probable propietario ó uno de los moradores de aquella cabaña, era un anciano de barba larga, espesa y ca-

na, cubierto de pieles, pero no á la manera de los indios que adornan con ellas su bronceada desnudez, sino más bien como de un sejeto que ha conocido los usos sociales.

«Avancé más, siguió diciéndonos, sin que aquel mascarón diera muestras de temor ú hostilidad hacia mi persona, hasta que pude dirigirle la palabra implorando su compasión y pidiéndole hospitalidad en la estrecha y angustiosa premura á que me habían reducido mis descalabros, cansancio y carencia de todo, en aquellos desiertos tan abruptos y perdidos; y con poca dificultad, después de varias preguntas, y mediante algunos informes sobre mi proveniencia y motivo de encontrarme allí, me ofreció de buena gana el anciano, todo el amparo que podía impartirme en sus circunstancias, aunque con encogida reserva y sin darme á conocer ni entonces ni después, nada relativo á su persona y condición.»

«Me tendió sobre unas hojas de maíz bajo de una manta de fibras de maguey, me proporcionó unas poleadas preparadas con polvo de maíz y unos cachos de burda torta del mismo cereal; lavó mis desgarraduras y heridas, ungiéndolas después con un bálsame aromático. De modo que por mi parte, aunque con gran curiosidad por saber quién era aquel ser misterioso, separado del mundo, de tan correctas maneras y no inculdo de lenguaje, me dormí luego, sin cuidarme por entonces de otra cosa, que de aprovechar mi presente acomodo.»

«Al día siguiente fuimos entrando en nuevas explicaciones más completas y francas de mi parte, por la confianza que me inspiró aquella especie de ermitaño que parecía bastante familiarizado con tan

ásperas serranías y soledades, y acostumbrado á hacer frente á sus inclemencias, ya por el hábito de sentir las, ya por estar provisto de lo indispensable para desafiarlas.»

De la relación de mi tertulio, en que entraba la descripción de los trebejos que componían el ajuar de la cabaña y sus alrededores, se deduce el concepto que él se formó del propietario. Había cerca, un pequeño manantial de agua limpia, y prósperaban á la vera de su corriente algunos frutales y hortaliza. No lejos, pastaba á sus anchas, un asno viejo y sarroso, en un enciso de maíz y frijol recién cosechados,

Era el Padre Jacinto, según le llamaba Lebrija, uno de esos eremitas semilegendarios de las vidas del Santoral que poblaron la Palestina y la Tebaida en los primeros siglos del Cristianismo, y que sólo era verosímil en el supuesto que él se hacía, de ser aquel anacoreta, un jesuita escapado de la expatriación decretada por Carlos III, por no haberla podido obsequiar de pronto, sea porque hubiese andado de misión por aquellos contornos, sin haber llegado á tiempo á su noticia la Real Orden, sea por otro motivo; y se había remontado en aquella sierra con el ánimo de llevar vida regular y libre, al mismo tiempo, de la presión de las circunstancias, pues según Lebrija, todo lo que había observado y oído de aquel hombre, le había inducido tal coacción, incluso un pergamino viejo en latín que conservaba, así como sus referencias á personas y sucesos de que, atando cabos, se podía colegir que no se trataba de un simple colono lego en busca de fortuna, ó de algún proscripto común, ya que no tenía familia y lo

habían respetado y dejado en paz, los indios bozales que indudablemente habían tropezado con él varias veces; lo que prueba que les había prestado importantes servicios. Hacía poco caso de las comodidades y no se guarecía en aquel tugurio, sino en casos extremos, pues desaparecía desde el alba para no volver hasta más en rada la noche, y a algunas ocasiones, durante la estancia de Lebrija, permaneció ausente dos ó tres días seguidos, dando á entender muy claramente que deseaba estar solo y que le molestaba la compañía, es decir, que su huésped debía ausentarse tan luego que se sintiera restablecido para seguir su camino, ó que de lo contrario, cambiaría él su residencia, como ya lo había hecho otras veces, cuando había sido descubierto por personas que lo inquietaban con sus visitas y consultas y que temía denunciaran su retiro. En una de esas excursiones había traído sobre el asno, un ciervo cuya piel estaba, y adobó sus carnes de manera, que se conservaron algunos días. De otra ausencia volvió con un paquete de azufre que servía para encender luz, mediante el procedimiento de eslabón, yesca y pedernal, único entonces conocido. Parecía además, que aquel hombre no había tenido un sólo lugar de residencia, sino que la cambiaba de tiempo en tiempo quizá para desorientar á los que lo hubiesen descubierto, ó bien por convenir así á sus propósitos é inclinación.

Pasados algunos días, cosa de un mes, en que ya nuestro realista se había repuesto, fuvo que disponer su retirada, de acuerdo con su benefactor, quien le ofreció las provisiones indispensables para su larga y riesgosa caminata. A ese efecto, llevó el mis-

mo día un saco de oscuros pedruzcos, que puso en un hoyo revestido de lajas y cubrió con gran fogata, los cuales se convirtieron en planchas de plata pura; y montando de nuevo en el borrico, se alejó durante dos días de la vivienda, volviendo provisto de los objetos deseados, y que fueron entre otros, un jamelgo, un sarape, zapatos y un puñado de reales en efectivo, habiendo reservado algo para sí, como sal, un azadón y no recuerdo que otra cosa.

Don Rafael tenía la idea que el criadero ó mina de donde el jesuita extraía tan fácilmente aquella riqueza, no distaba ni tres millas de su morada, por el tiempo que dilató en transportar el mineral, á no ser que ocultara algún depósito para tenerlo á mano en cualquier evento, lo cual es muy posible, tratándose de un sujeto prudente y precavido. El solitario jamás quiso revelar le ni su verdadera condición, á pesar de no haber llegado á negar formalmente que fuéese sacerdote, y mucho menos se prestó á indicarle el lugar, distancia ó rumbo de donde había traído las piedras argentíferas, porque se excusó con que ponía en peligro el secreto de su subsistencia, hizo prometer bajo juramento á su favorecido, despertando codicias; y antes por el contrario, que jamás revelaría ni su presencia en aquellos lugares, ni el modo con que había sido alojado y atendido, ni mucho menos la existencia de mina, de metales preciosos ó tesoro, que pudieran dar margen á una invasión de buscones denunciadores que le frustraran su propósito de permanecer por allí con toda libertad, ignorado del mundo y dedicado á la santificación de su alma.

«Como de entonces á acá, agregaba nuestro peninsular interlocutor, han pasado cosa de cincuenta a-

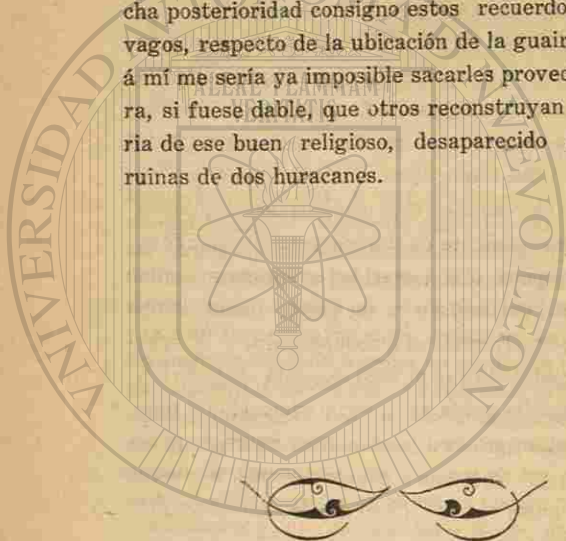
nos, creo que no existen ni restos del Padre y de su celda. Me considero; por consiguiente, desligado de mi juramento; pero estoy seguro de que si me encontrase otra vez frente á aquella perspectiva que conservo viva en mi imaginación, ó cerca de ella'' por el camino que traje al salir de allí, reconocería luego el paisaj. y me orientaría en las principales direcciones, no siendo cosa imposible encontrar después el surtidero de plata de aquel santo varón, donde debe haber tambien un rico placer de oro, por que al despedirme por última vez, y dar la vuelta á un cerrito que limitaba el horizonte de aquella posición, sacó de su cuera unas pepitas de oro de cosa de diez ó doce onzas de peso, y me las regaló diciendo que hacia mucho tiempo las conservaba, y que no le servían de nada, porque no había querido venderlas ni permutarlas en alguno de los pueblos vecinos á donde iba de vez en cuando á hacer alguna compra, por no despertar sospechas que pudieran serle funestas; pero que á mí, podrían ser útiles aquellas piezas para, que no me encontrara sin recursos al término de mi viaje.

Esto es lo que he podido reconstruir, después de mil sucesos y preocupaciones de toda especie que me han sobrevenido consecutivamente, absorbiendo mi atención, de la encarecida confianza que nos hizo el ex-marino español, habiéndose me escapado varios detalles é incidentes en que se detenía, siempre que nos trató de esta aventura, y sobre todo, he perdido los nombres propios de personas y lugares, las fechas y el leguario, por que al escuchar la relación no me pareció de importancia fijarme en ellos, ya que estábamos en hacer los tres juntos la

expedición, sufragando yo los gastos y siendo guía el mismo autor del priminitivo drama, para ir rectificando y rehaciendo sus recuerdos sobre el terreno, á fin de encontrar el tesoro; pero no pudimos por entonces verificar el viaje, por que el estado de revolución no lo llegó á permitir, hallándose toda la comarca infestada de fascinosos y bandidos y dominada enteramente por las huestes feroces del «Tigre de Alica,» que apenas me toleraba en sus posesiones merced á ciertas combinaciones diplomáticas de una pudiente casa de comercio que me favorecía. Era pues, una temeridad aventurarme entre sus mismas guaridas, no ya de paso, sino el tiempo necesario para ejecutar el reconocimiento. Y si hubiéramos podido llegar al sitio deseado descubriendo algo, aquella gente se habría adueñado de todo, con mas razón, para no perdonarnos entonces ni la vida, y sin que se hubiera sabido después, la suerte que hubiéramos corrido, ni en dónde hubiesen quedado nuestros despojos.

A los dos ó tres años murió el tío que me servía de vínculo ó de intermediario en mis relaciones con Don Rafael, á quién no volví á tratar después del periodo agudo de la dominación lozadeña en Tepic; y luego tuve que salir de allí, ansioso de otra atmósfera y de otra sociedad sin ocuparme por entonces, ni rememorar en mucho tiempo aquella relación, ya que no era posible intentar nada.

Supe, entre tanto, de la muerte de Lebrija, que á su vez se había establecido en el Rosario, después del derrumbe final del cacique Alicantino; y con mucha posterioridad consigno estos recuerdos, aunque vagos, respecto de la ubicación de la guaira, porque á mí me sería ya imposible sacarles provecho, y para, si fuese dable, que otros reconstruyan la historia de ese buen religioso, desaparecido entre las ruinas de dos huracanes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II.

EL AGUATE

Ocupado Tepic por la banda Lozadeña, después del inesperado y pérfido albazo del Dos de Junio de 862, no había orden ni seguridad ninguna para los habitantes, especialmente para los que no habían promiscuado con la gente alicantina. Casi nadie circulaba por las calles, á no ser por premente necesidad de procurarse víveres ó por otro negocio imprescindible; pero en los pequeños intervalos de quietud que dejaban los *colorados* de Corona, solíamos sacar las narices de nuestros escondrijos y penosa reclusión los que por circunstancias ineluctables teníamos que permanecer en aquel nido de odios y salvajismo, desafiando el peligro de tropezar á cada paso con algún pollo de la insolente gavilla, que nos hiciera pagar caro la incontinencia.

Era una tarde ardiente y abrumadora del mes de agosto de 63, de aquellas en que en nuestros climas costeros se suspenden las lluvias por varios días, se ausentan los nublados y queda el cielo más azul y transparente que en el resto del año, porque no hay una mota de polvo que enturbie la atmósfera, y el sol chispea sobre pisos y paredes redoblando su brillo y fuego abrasador.

Hábiame conquistado un valioso y buen amigo, D. Julio Pérez, empleado de la plurimillonaria casa mercantil de Barron, Forbes & Co, que congeniaba conmigo por su afición al estudio y á la literatura, y me visitaba algunas veces que sus labores se lo permitían, como cuando tenía que pasar por la calle de mi alojamiento para ir á la fábrica de hilados y tejidos de Jauja, que dista cosa de un kilómetro al noroeste de la población, á transmitir órdenes ó desempeñar otra comision de sus principales que eran los dueños de aquella negociación.

Como la casa de Barron estaba aliada con el cacecilla serrano, los agentes y dependientes de aquella, gozaban de inmunidad entre los cachorros del Tigre y tenían curso libre y sin riesgo, aun en las ocasiones de alboroto, llamado allí *borrego*, que eran peligrosas aun para los mismos macuaces. Borrego era la alarma y pánico que se difundía instantáneamente cuando alguna partida ó merodeadores sueltos de Corrona, penetraban dentro del caserío, tiroteando y acuchillando á los macuaces que hallaban al paso y llegando á veces hasta los puestos de guardia y Casa Consistorial, para regresar después á su campo, cuando ya más no podían, no sin dejar aquí y acullá algún muerto ó maltrecho de ellos mismos que no pudieran recoger, y á los vecinos llenos de alarma y pavor, sumidos en lo más recóndito de sus viviendas, porque los lozadeños, durante largo tiempo seguían correteando á pie y á caballo por todas las calles, ebrios y furiosos, arremetiendo, cintareando y desvalijando á todo el que encontraban, cual si fuera beligerante enemigo, hasta que el re-

bato, los tiros y atropellos iban mermando poco á poco.

La tarde á que me refiero, era de las más pesadas y silenciosas, porque habían transcurrido varios días sin borrego, y mi amigo Pérez me decidió á acompañarle á su excursión á Jauja, donde tenía que transmitir algunas instrucciones al director Fowler, personaje de cuenta, yankee de cierta ilustración, pues que había sido administrador general de Correos en Nueva York, y solía invitarnos con instancia á su mesa, que era muy bien provista y servida, porque masculábamos el inglés y él no entendía una jota de castellano. Es decir, nos agazajaba como no lo acostumbra los de su país, porque lo poníamos al tanto de lo que pasaba en la ciudad, de lo que se rumoraba acerca de la Intervención, y charlábamos de sobremesa con mayor libertad y confianza que con los paisanos sobre la política y acontecimientos del día, pues en otras partes se temía siempre tropezar con algún favorecedor encubierto de los latro-intervencionistas.

Se le servía la sopa poco después de las cinco, y esa tarde nos detuvo á tomarla porque tenía invitados á D. Flaminio Agassini y á Mr. Marshall, empleados superiores de la *factory*, y nos obsequió, además de lo ordinario, con ostiones frescos, un magnífico pastel y champaña, pues tenía á su servicio un excelente cocinero negro. ®

Por mucho que quisimos levantarnos de la mesa lo más pronto posible, saboreando apenas un sorbo de café, al encender un habano, emprendimos el regreso ya agonizando el día, y caminábamos á toda prisa á fin de atravesar á buena hora las calles su-

burbanas que eran las más expuestas, por oscuras y sin casas habitadas; seguimos las ondulaciones del río y hasta nos olvidamos del riesgo con el magestuoso rumor de su corriente, que serpentea entre piedras y rompientes, y respirando el embriagante perfume de los jazmines silvestres que bordean la otra orilla. Cruzamos los cristalinos manantiales de Acayapan y entramos sin novedad hasta más allá de la garita; Pero al dar vuelta para la calle del tendejón del "Nopal," tuvimos la mala suerte de encontrarnos, caracoleando en las puertas de esa cantina, figón á unos ginetes de rifle, machete y terrorífica catadura.

Cuando quisimos retroceder, ya teníamos encima á dos de aquellos fierabrases, uno de los cuales era nada menos que el famoso *Aguate*, de los segundos y más consentidos del *Amo* que se pavoneaban con el título de coroneles, y éste se distinguía con ese apodo, porque era astuto y sutil como una pua para desgranar á tiempo su revolver y acabar con sus contrarios, metiéndoles en el cuerpo su limpiadientes.

Tan luego como nos hubo descubierto se arriscó el chambergo, desnudó el chafarote y picó el *cuaco* hasta cerrarnos el paso, intimándonos con elocuente interjección, la orden de detenernos; mas al reconocer á Pérez modificó un tanto el tono y dirigiéndose á mí, con avinado y provocante acento:

—¡También los catrines se raspan el gasnate, aulló, Vengan á echar un trago con los hombres!

—Muy bien, amigo, le contesté; con mucho gusto, aparentando recibir una invitación afectuosa, y tomando la botella de manos de su compañero que me

la ponía insolentemente entre los dos ojos, hice como que tragaba un sorbo, empujando la negra y baboseada limeta, y se la devolvía, dándole las gracias cortezmente; pero el indio malcarado me la rechazó, diciendo:

—Eso no es nada; apéchuge hasta que lo sienta!

Receloso de que hubiese notado mi anterior simulación y tratando de ser consecuente hasta el extremo para evitarnos una desastrosa catástrofe, me resigné al sacrificio de pasar dos ó tres sorbos, haciendo borbotar el líquido, y le alargué de nuevo su frasquito; mas él arremetiendo el caballo y con tono cada vez más altanero y amenazante me intimó la orden de agotar el contenido.

No me di por entendido todavía de la violencia, tratando de excusarme con varias razones, en que D. Julio me secundaba, aunque con timidez; pero el *Aguate* con sarcasmos y sierpes de su vocabulario de guerra, rugió de nuevo su intimación.

Viendo yo que no había remedio ni evasiva eficaz, y que lo que el bandido proponíase únicamente era atórrame de alcohol hasta el embrutecimiento, para tener en seguida mejor pretexto de ultrajarme y acabarme, por cualquier indiscreción ó imprudencia de mi parte, me vino de súbito la inspiración de resistir solemnemente, jugando el todo por el todo, antes de que se anublara mi cabeza, prefiriendo más bien, percer luego, en mi juicio y con dignidad.

—Haga V. conmigo lo que le plazca, le dije serenamente y sin alterarme; creí que V. me hacía una invitación afectuosa como caballero, que yo acepté agradecido, pero, puesto que se trata sólo de oprimirme y pisotearme, es en vano toda deferencia de

mi parte. No tomo más, y arrojé violentamente la botella que se hizo mil astillas en el suelo, poniéndome erguido y mirándolo de frente.

Quedose un largo rato también él sin movimiento y clavando sus ojos en los míos, no sé si sorprendido de mi audacia, ó deliberando lo que hubiera de hacer en aquella eventualidad, para él, inesperada, hasta que al fin prorrumpió con sonsonete de satisfacción y aplauso:

—Así me cuadran los hombres!... que saben morir sin rajarse.

La divina Providencia me había salvado esta vez, como otras muchas de mi vida, porque nadie habría escapado en mi lugar, de haber sido hecho trizas, ó por lo menos befado y estrujado por aquella fiera que contaba en su hoja de servicios con más de cien proezas de este y otros tipos, terminadas en horrores y matanzas, y aun por motivos más fútiles, ó por el simple cálculo de hacerse temer y renombrar entre amigos y enemigos.

Sea que hubiera temido disgustar al Jefe, maltratando á uno que bien podía ser amigo de *la Casa*, puesto que andaba en compañía de uno de sus factores, ó sea que mi actitud le inspirara algún respeto y simpatía, ó por cualquier otro motivo, aquel hombre cambiose de momento y de manera, que no dejó libre el paso, y vuelto yo del aturdimiento que aquel brusco cambio me causara, y que no había sentido en el peligro, di gracias á Dios que me había librado en aquel lance, como yo no lo esperaba, pues fué un acto casi indeliberado y automático, la arrogancia y serenidad de mi comportamiento. Varias veces he tenido ocasión de convencerme que me re-

servaba para otros fines y pruebas más duras tal vez, en el curso de mi vida, y que juega con el corazón de los mortales, repitiendo cuando le place, el episodio de Daniel en la cueva de los leones, ó el de Ester y Asuero.



mi parte. No tomo más, y arrojé violentamente la botella que se hizo mil astillas en el suelo, poniéndome erguido y mirándolo de frente.

Quedose un largo rato también él sin movimiento y clavando sus ojos en los míos, no sé si sorprendido de mi audacia, ó deliberando lo que hubiera de hacer en aquella eventualidad, para él, inesperada, hasta que al fin prorrumpió con sonsonete de satisfacción y aplauso:

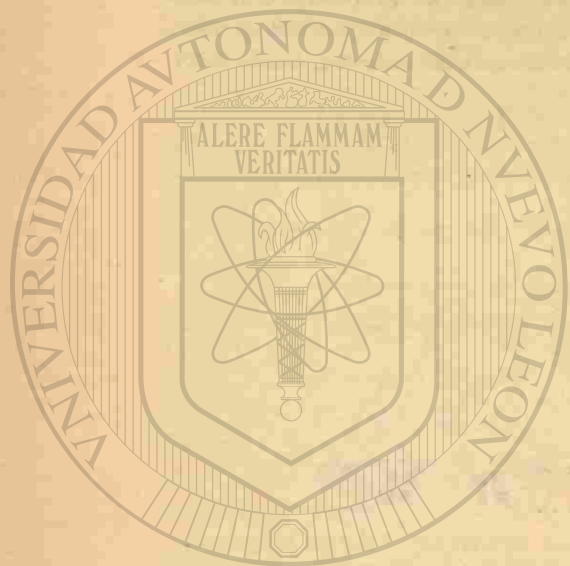
—Así me cuadran los hombres!... que saben morir sin rajarse.

La divina Providencia me había salvado esta vez, como otras muchas de mi vida, porque nadie habría escapado en mi lugar, de haber sido hecho trizas, ó por lo menos befado y estrujado por aquella fiera que contaba en su hoja de servicios con más de cien proezas de este y otros tipos, terminadas en horrores y matanzas, y aun por motivos más fútiles, ó por el simple cálculo de hacerse temer y renombrar entre amigos y enemigos.

Sea que hubiera temido disgustar al Jefe, maltratando á uno que bien podía ser amigo de *la Casa*, puesto que andaba en compañía de uno de sus factores, ó sea que mi actitud le inspirara algún respeto y simpatía, ó por cualquier otro motivo, aquel hombre cambiose de momento y de manera, que no dejó libre el paso, y vuelto yo del aturdimiento que aquel brusco cambio me causara, y que no había sentido en el peligro, di gracias á Dios que me había librado en aquel lance, como yo no lo esperaba, pues fué un acto casi indeliberado y automático, la arrogancia y serenidad de mi comportamiento. Varias veces he tenido ocasión de convencerme que me re-

servaba para otros fines y pruebas más duras tal vez, en el curso de mi vida, y que juega con el corazón de los mortales, repitiendo cuando le place, el episodio de Daniel en la cueva de los leones, ó el de Ester y Asuero.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

LOZADA.

Dábase por muy valido en Tepic que este célebre bandolero, adherido después al partido conservador, era hijo natural de un hacendado y de una moza india de sus rancherías, lo cual explica que fuera el hombre, ladino y astuto como los mestizos de nuestra plebe, y muy zorro, reservado y camastrón como los macuaches ó indios de raza pura, y eso también da la clave de la facilidad que tuvo para escapar de las uñas de la policía, en sus primeras hazañas de depredación y asesinato, hasta ir adquiriendo experiencia y ejercicio en mañas y arterias para seguir ese camino impunemente, por tan largo tiempo.

Las aciagas complicaciones de nuestras disidencias políticas y guerras de religión, cooperaron á la elevación de memorables bandidos, que aunque fueran de muy baja extracción y sin elementos para haberse encumbrado en otra época, se arrimaban á uno de los bandos que les cubria con su nombre, ó los mismos partidarios los llamaban y se apoyaban en ellos disimulándoles y aun excitándolos al desorden y crueldades. Así se elevaron Rojas, Simón Gutiérrez, Pueblita, Julio García & que en otros tiempos y circunstancias habrían acabado en un pa-

tíbulo, ó por lo menos en la obscuridad de un infecto rincón de alcaicería.

Lozada fué el más prominente de esos bravos que, aunque ignorante y analfabeta, si no se hubiera encanallado por completo en su vida doméstica, tenía estofa para llegar en nuestras revueltas hasta la silla presidencial, como Guerrero, Juárez y algún otro, pero no trepó tan alto, porque afortunadamente fracasó en la mojonera y no entró á Guadalajara en 73, La divina Providencia se apiadó de la ciudad que las hordas de aquel habrían llevado á sangre fuego y orgías salvajes como trataron á Santiago Ixcuintla en 56; y esto debido sin duda á las oraciones de las personas virtuosas y santas que moraban en su recinto y que desarman la cólera divina, pues medió una serie de inexplicables *casualidades*, que no pueden ser, sino providenciales ó verdaderos milagros que la salvaron de esa chusma.

En primer lugar, Gorjón jefe político del 12.º cantón, supo *por casualidad*, aunque con pocas horas de anticipación, que se acercaba un gran grupo armado, que imaginóse tener sólo por objeto caer y robar á Tequila, é improvisó una defensa, obstruyendo el paso del cerro que es casi inexpugnable, y dió parte al gobierno, pidiendo auxilio; pero á poco, que rectificó la noticia respecto á la clase de invasión de que se trataba, recibió orden de resistir hasta el último extremo, con lo cual detuvo á Lozada dos días, porque éste no traía artillería gruesa, y entre tanto, la guarnición de Guadalajara que había entrado en la mayor consternación y pavor, se previno cuanto pudo para simular resistencia, mientras se disponían y ausentaban por otro lado, los altos funcionarios

del Estado, con las personas más comprometidas, pues no había municiones y las armas, equipos y todo, estaba en pésimo estado.

En segundo lugar, la noche antes de la batalla, destacó Lozada á D. Plácido Vega con una fuerza regular para que ocupara la ciudad, y éste, tocado de ceguera, creyó que estaba guarnecida y se detuvo en la garita del Carmen, cuando no había más que una guardia de particulares bajo la dirección de D. Antonio Chávez, que vigilaba en los Portales y cuidaba de los presos de la Penitenciaría, pero dispuesta á acatar las órdenes del primero que se presentara.

En tercer lugar, Corona fué vencido en la Mojonera, como lo había sido en muchos de los encuentros que había tenido con Lozada, quemando sus últimos cartuchos de cañón, envueltos en los paños de sol de sus soldados, porque los tiros estaban apollados y rotos, y se incendiaban al tratar de introducirlos en las piezas. En seguida la caballería Lozadeña lo arrolló por completo, como si la Providencia hubiese querido patentizar que la salvación de Guadalajara no se debería al esfuerzo humano, pues Corona tuvo que retirarse con unos pocos, picado y hostigado por Domingo Nava en todo el camino por Zapopan, hasta llegar á Guadalajara, donde se dirigió á la casa del canónigo Verdía, en que había dejado oculta á su familia, como en un asilo que respetaría el enemigo cuyo lema era RELIGION. Allí supo poco á poco, que Lozada había retrocedido con toda su fuerza, abandonando el campo, y que él (Corona) había sido el vencedor y podía reogerlo.

El cacique, engañado por Vega, que también se había retirado, creyó que Guadalajara estaba prevenida y fortificada, y como sus chusmas no tenían ya víveres por la detención de Tequila, (Los indios salían á campaña con un morral á la espalda en que portaban el maíz tostado con que se alimentaban determinado número de días, el cual consumido, retrocedían hasta llegar á donde pudieran reponerlo) se retiró con el grueso de su ejército, mandando orden á Nava para que cesara y le siguiera á retaguardia.

De aquí parte el derrumbe desastroso de este formidable reyezuelo, que de seguida abrumó el Gobierno cargándole todas sus fuerzas y elementos, valiéndose de cohechos y felonías y explotando sus bajas y groseras pasiones.

Pero Lozada en 65, estaba en el apogeo de su gloria y poder, era todo un general de división, es decir, un mariscal del Imperio; si bien tenía la modestia y el buen sentido de no gastar charreteras ni tricorneo emplumado á pesar de no ser *republicano*, aunque se daba terrorífica importancia con su ajuar de charro todo plateado y galoneado, haciéndose seguir por las calles de dos ó tres de sus más fieros sayones, además de su secretario, y en las pequeñas temporadas que pernoctaba en la capital del Nayarit se le dedicaban festejos y le rendían serviles homenajes, la guarnición de la plaza, las autoridades y funcionarios, los cuales sólo de nombre dependían del gobierno imperial, pues él los ponía y quitaba á su antojo, sin consultar á nadie.

Únicamente desdeñaba imponer á los individuos del Ayuntamiento, que por no disfrutar sueldo, su

puesto no es envidiado, viéndose mejor como un cargo concejil. En las elecciones municipales de ese año, tuve la sorpresa de saber que había sido elegido regidor, y no obstante que hice gestiones para evadir el nombramiento, porque repugnaba incorporarme de cualquiera manera á la mesnada del Tigre, y mucho más en la intervención extranjera, no me fue aceptada mi renuncia, significándome el Prefecto que al insistir en mi empeño, se me tendría como enemigo de la administración y cuando menos, no podría seguir residiendo en la comprensión del departamento, si no es que se me siguiera otro perjuicio más serio.

Como por otra parte, aquel cargo no se rozaba con la política activa, ni teníamos que ver nada con el *Cuartel General* (con esta palabra se designaba á Lozada) para nuestras humildes funciones, me resigné á desempeñarlo, escogiendo, al efecto, las comisiones, más ajenas á la política, como la de diversiones públicas.

Impulsado y secundado por varios amigos entusiastas y extraños también á la política, inicié el proyecto de reconstruir el teatro que había sido arrasado hacía tiempo, por un incendio, quedando reducido á un montón de escombros y letrina pública. Formóse una compañía por acciones, con que reunimos un pequeño fondo, encargándose Gabriel Castafios de la construcción y dirección de la obra, casi gratuitamente, como ingeniero muy entendido que era, acabado de llegar de Bélgica, donde había hecho sus estudios y adquirido el título.

Terminada la obra con miles de esfuerzos y trabajos, por que el dinero escaseaba á cada paso, y

los elementos y materiales de que se podía disponer en Tepic eran muy limitados, inauguramos el coliseo con la mayor pompa y solemnidad que fué posible, en una velada literaria, en que el que esto refiere, pronunció el discurso de apertura.

Se solicitó y contrató en seguida, una compañía de recitado que actuaba en Mazatlán y que era de lo mejor á que podía aspirar una población de orden tan inferior como la nuestra; pero á fuerza de verba, de bombo y sugerencias de todo género, lográbamos tener *casa llena*, las más veces.

Por mi parte, había mandado decorar mi palco de privativo, con alfombra, colgaduras & y dos elegantes sillones nada más, para invitar solamente á alguna persona de respeto que me acompañase en la presidencia, presentándome yo siempre de frac, guante y corbata blanca para dar lustre á las funciones y atraer de todos los modos imaginables la mayor concurrencia posible, no sólo del recinto de Tepic, sino de los pueblos vecinos.

Pero los independientes habíamos contado sin la huésped, porque la camarilla oficial de la administración, seguida por esa masa incolora de negociantes, agricultores, industriales & que está siempre á disposición del que manda, sea quien fuere, arregló que se diera una función dedicada á Su Excelencia, y le pusieron un propio á su residencia de San Luis, invitándolo con toda instancia y las fórmulas del más rendido vasallaje y adulación, á honrarla con su soberana presencia.

Yo había estado ausente algunos días de la capital con motivo de un negocio profesional, y no había tenido ocasión de saber aquella ocurrencia, has-

ta la última hora, ni mucho menos que Su Excelencia iría precisamente á mi platea para presidir el espectáculo en mi compañía. Con más esmero que de ordinario aunque algo inquieto é indeciso, acabé mis preparativos para asistir á la función y me dirigí con toda prisa al teatro, para no faltar ni un minuto, haciendo esperar á la concurrencia; pero muy ajeno de lo que iba á suceder.

El patio, las plateas y galerías, estaban llenas, de espectadores; señoras y señoritas lucían elegantes trajes, y primorosas alhajas, que en aquel lugar abundan y son muy ricas debido á la tradicional y, antes, opulentísima aristocracia de origen composteleño que arranca desde los primeros conquistadores, aliados con las hijas de Doña Leonor, la reina de Jalisco. (1) Se habían multiplicado las luces y adornado la glorieta y palcos con festones y cortinajes, en artísticas combinaciones. La orquesta moduló la obertura de Norma, y dada la hora indicada por los programas, el telón no se levantaba, esperando sin duda la llegada de Su Excelencia; pero inmediatamente hice taasmitir la orden, so pena de multa, para que la representación principiara.

Estaba ya muy adelantado el acto, cuando sentí rumor por mi espalda y chasquido de espadas que chocaban en el piso, hasta que al soslayo vi llegar un individuo, de baja estatura vestido de pantalone-

1. Fué bautizada con ese nombre, y como el centro pasaba por la línea femenina para que hubiera seguridad en la sucesión, los españoles más encopetados solicitaban con empeño la mano de estas ricas hembras, y sus descendientes fueron perdiendo cada vez más, el tipo indígena.

ra plateada, chaqueta y pistola al cinto, que ocupó el sillón á mi lado, pues había sospechado lo que pasaba y no quise darme por entendido de la recepción.

Por el contrario, tomé mi sombrero y abrigo, y sin saludar ni gesto alguno, salí del palco, dejando en él á otros dos charros y á un oficial de uniforme, de pie, tras los dos asientos. Nadie me detuvo ni me dijo una palabra hasta que llegué á mi casa.

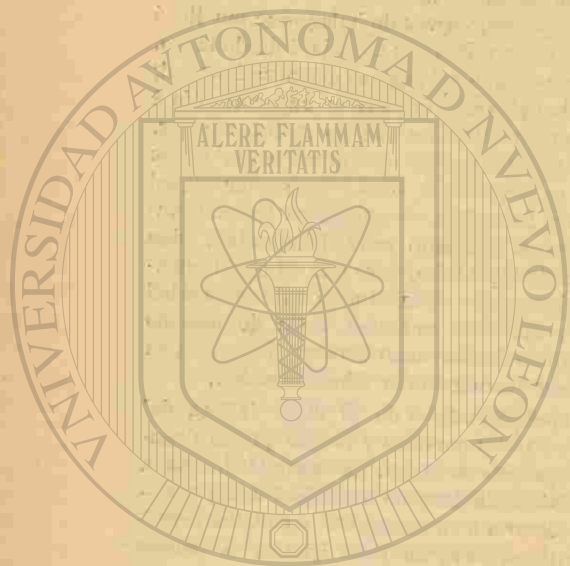
A pocos días estuvo á visitarme mi amigo y pariente, D. Pascual García, persona fina, caballerosa, de posición social muy independiente y que, aunque no tenía liga con aquel orden de cosas, era muy amigo de la casa de Barron. Hablome al principio de algún pequeño negocio y luego de asuntos indiferentes, hasta que el giro de la conversación fué á dar, como naturalmente y sin intención, á lo que había pasado últimamente en el teatro. Aprobó y aun aplaudió mi conducta, manifestando admiración de que me hubiese expuesto á un contratempo por ser consecuente con mis ideas y sostener mi dignidad, hasta que, con motivo de no sé qué frase, me dijo en tono resuelto y ya sin rodeos, que se había valido de él, un amigo, como de persona que me trataba con confianza, para explorar mi ánimo, á ver si yo aceptaría el nombramiento de Prefecto político, que Lozada estaba dispuesto á conferirme, pues aunque al principio se había amostazado mucho por mi arrogancia y desplante, reflexionando, había elogiado mi carácter, diciendo á los que lo instigaban á maltratarme que *así le agradaban los hombres*, que él los necesitaba de ese temple, y que ojalá yo me hiciese de su partido, para lo cual debía atraérseme por bien,

y que al afecto, se me ofreciera el primer puesto de su administración política.

Aquella revelación, en vez de halagarme me llenó de zozobra y desagrado, pues consideré desde luego, al rehusar, me echaba encima una enemistad mortal; pero evocando todas mis fuerzas y energía, dije á D. Pascual que manifestara que no podía aceptar, presentando mis excusas de que no me creía capaz por mi poca experiencia & para desempeñar aquel puesto, si bien le rogaba, no expresara que me había hablado sobre el asunto con toda claridad, sino sólo de un modo hipotético, pero que él había comprendido la disposición de mi ánimo, sin necesidad de hacerme proposición en forma, á fin de que no se tomara mi resolución como desaire ó como una protesta de ser enemigo de la administración.

Algunos bandidos salidos de la clase ínfima del pueblo, suelen tener partidas y razgos que no alcanzan los politicastros de oficio. La casualidad, iba á decir, la Providencia despeñó después á aquel magnate hasta volverlo á su miserable condición primitiva y permitió se elevaran otros iguales ó peores que él, que todavía en los tiempos de Lerdo le hicieron la corte y fueron á San Luis de Lozada á implorar su protección y alianza, que él desdeñó.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IV.

La Intervención.

Sea lo que fuere, los franceses no llegaron á enseñorearse de Tepic, ó mejor dicho, no se estacionaron allí tropas francesas, ni alguno de su nacionalidad ejerció el mando, lo cual hizo menos odioso el dominio del culebrón que lo estorbaba.

Yo seguí en mi puesto de munícipe, aunque no dejaban de escapárseme algunas burlas y manifestaciones de desafecto al gobierno de Su Magestad, como sucedió, por ejemplo, en una asistencia oficial para solemnizar la Independencia. Tenía yo un hermoso perro, juguetón y travieso que me había seguido inadvertidamente hasta el foro del teatro, donde comenzó á corretear y dar saltos entre los empingorotados funcionarios, y me vi precisado á sacarlo de allí para hacerlo salir, llamándolo por su nombre que era *Maximiliano*, lo cual provocó sofocada hilaridad entre los concurrentes D. Manuel Rivas, que era el Prefecto político y presidía la festividad, creyó de su deber amonestarme por aquella pública falta de respeto al monarca, y yo le manifesté con afectada cortesía, que aquel perro era de raza regia, *king Charles*, por cuyo motivo sin duda, el primitivo dueño, le había puesto ese nombre, que

yo no había podido cambiarle después, porque el animal estaba emperrado con aquel título y no quería entender de otra manera.

Con esto, la hilaridad cundió haciéndose estrepitosa, por el patio y galerías, sazonada con aplausos y voces de aprobación, que interrumpieron largo tiempo el orden, porque mi *king Charles* fué ovacionado por todo el coliseo, resultando una verdadera cencerrada al Imperio.

El año de 66, cuando á ese orden de cosas se le vino el mundo encima, no ciertamente por los esfuerzos de los liberales (que muchos se habían pasado á figurar en él, y los demás, con raras excepciones, no sacaban la cabeza por el territorio nacional,) sino por la disposición de los Edos. Unidos, Lozada se declaró neutral, en espera, decía en su manifiesto, de los acontecimientos futuros que aclararan la voluntad de la Nación, y las fuerzas francesas que habían ocupado á Sonora y Sinaloa, como todas las demás que invadían el país, tuvieron que concentrarse, para salir de Méjico en el plazo que se les había señalado. Desembarcaron en San Blas y pidieron permiso á Lozada ó le notificaron cortézmente que tendrían que atravesar el territorio de su jurisdicción. No conozco las comunicaciones que mediaron, pero parece que el Indio manifestó no oponerse, como no se opuso después al paso de Corona, imponiendo únicamente la condición ó haciéndoles la advertencia de que las tropas no se alojaran en el interior de la población para evitar conflictos y disgustos, como cuando pasaron en 64, y marcándoles el camino que habían de seguir.

Eran cosa de dos mil franceses y argelinos

que se instalaron, parte en el convento de la Cruz que está en las afueras del caserío, y el resto en las lomas y llanos adyacentes, no sin rodearse de precauciones con guardias y centinelas y abocando artillería hacia el poblado, como si se tratara de establecer un sitio. En Tepic no habían quedado sino algunos guardas municipales y policías, porque el desconfiado cacique se había llevado su gente de guerra, en previsión tal vez de alguna dificultad ó sorpresa, dejándonos á la merced de los pintorescos y fachendosos huéspedes. Pasaron allí unos tres ó cuatro dias proveyéndose de víveres, pasturas, acémilas & para hacer su travesía por los despoblados y montañas que tenían que cruzar hasta llegar á Guadalajara; y entre tanto, por las noches, solían descolgarse algunos soldados y oficiales sueltos, en busca de chichisbecs y parrandas en que satisfacer sus lúbricos y desvergonzados apetitos de erotismo brutal. En la segunda ó tercera noche de su permanencia, parece que habían arreglado una especie de bacanal, con gente, del mismo calibre y de rompe y razga, que es la que se presta ó simula prestarse á secundar esas orgías. Los cupidos se excedían en la bebida llegando sin duda, al estado de locura y postración, y sea que haya habido camorra, ó solamente por patriotismo y mala disposición de aquella gentuza contra los invasores, dieron cuenta con tres ó cuatro de ellos, que aparecieron otro día muertos á navajazos, tirados en puntos distantes de donde probablemente habían pasado los sucesos.

El hecho llegó á conocimiento del jefe francés, que entró en violenta excitación de soberbia y cólera y mandó al Ayuntamiento una grosera y tronan-

te comunicación en que significaba que si, para las doce del día no se le entregaban los autores y responsables del delito, él procedería á tomar satisfacción ahorcando á doble número de los principales vecinos de la ciudad en los fresnos de la plaza de armas.

Por más que aquello pareciese una fanfarronada, una especie de conminación *ad terrorem* para descubrir á los culpables, se convocó á toda prisa al cuerpo municipal, que acordó nombrar una comisión para que se acercara con dicho jefe á darle una satisfacción ó explicación de lo sucedido, y que pusiera el negocio en conocimiento de Lozada; procurando se interesara y tomara parte en nuestra defensa.

Fuimos nombrados para desempeñar esta comisión, D. Fernando de los Ríos que se preciaba de mantener buenas relaciones con el *Ayo*, y el que esto escribe, en atención á que se expresaba en frases con alguna facilidad; é inmediatamente nos dirigimos al hotel de «La Bola de Oro,» donde estaba alojado el comandante de las fuerzas transeuntes, con su estado mayor y un retén de treinta ó cuarenta hombres.

Después de algun tiempo de ser anunciados por un edecán, salió á recibirnos al corredor que da á la plaza, delante de varias personas que allí se encontraban, y sentándose con altanera y despreciativa arrogancia, sin ofrecernos asiento, hízonos una muestra de interrogación, á lo cual, tomando yo la palabra, comencé por decirle que la policía y la autoridad judicial se ocupaban con todo empeño, en investigar el paradero de los culpables de los homicidios, que la ciudad lamentaba hondamente, para aplicar-

les el condigno castigo; pero que la desgracia traería su origen de la imprudencia de los occisos, tanto por haber penetrado en la población, contrariando el acuerdo que se había tenido sobre el alojamiento de las tropas, como por los desórdenes á que se habían entregado con gente de la más baja ralea. El me interrumpió diciendo:

—Ah! Conque habeis matado á mis hombres por haberse atrevido á dar un paseo en la ciudad sin vuestro permiso! Yo os lo pediré colgando doble número de los vuestros.

—Nada de eso, Señor; os hago esta manifestación solamente para que os convenzais de que no es responsable solidariamente el vecindario, de la triste ocurrencia, pues si la autoridad hubiese tenido conocimiento á tiempo de que vuestros soldados deseaban pasear por la ciudad, habría dado órdenes para que hubiese sido vigilada su seguridad por la policía y para que se les advirtiese de los peligros á que podrían exponerse penetrando en ciertos lugares.

—Eso no me satisface. Si no se me entrega á los criminales antes de medio día, cumpliré lo que tengo dicho.

—Señor, los procedimientos judiciales no pueden caminar con tanta rapidez, hasta poner la causa en unas cuantas horas, en estado de declarar quienes fueron los culpables y aplicarles la pena que merezcan; si bien, se está trabajando con toda la actividad posible.

Pero el francés apenas me dejaba hablar, interrumpiéndome á cada frase con la intimación de

mandar suspender de los árboles de la plaza de armas, doble número de víctimas, y acompañando sus palabras con gesticulaciones y gritos descompasados; y como entre tanto que estas cosas pasaban, se había reunido gran multitud en la calle adyacente, ansiosa por saber el resultado de nuestra embajada, por qué se había difundido rápidamente la noticia de la ocurrencia por todas partes, y hacían ruido, daban voces y preguntaban lo que sucedía al ver desde lejos la mímica del francés, exaltado éste, que no entendía lo que decían, creyó que lo burlaban ó amenazaban, exclamó:

—Si no manda Ud. retirar en el acto toda esa canalla, les arrojaré vuestra cabeza por encima de la barandilla.

Me revestí de serenidad y sin mostrar turbación, le dije que las voces de los que estaban abajo no significaban amenaza ni falta de respeto á su honorabilidad, y que en nuestro propósito, al ir á hablarle y darle explicación y satisfacción por lo sucedido, pidiéndole tan solo un plazo prudente, no había entrado la más mínima idea de amenazarlo ó injurarlo, y que por lo mismo, no habíamos sospechado siquiera que peligraba nuestra vida, desempeñando aquella pacífica comisión.

Pero las voces mezcladas con silbidos seguían, y el gabacho cada vez más sobrecitado, profería gritos y juramentos, acompañados de señas conminatorias é incorrectas. Ríos se había retirado á la barandilla, procurando satisfacer la curiosidad de los que le interrogaban pidiéndole informes, y yo, notando que nuestra actitud humilde y suplicante nos

daba un resultado contraproducente, cambié de tono, diciéndole.

—Podeis hacer de nosotros lo que queráis, ya que hemos tenido la debilidad de creer que escucharíais la razón, y hemos venido á entregarnos en vuestras manos; pero os aseguro que las voces de afuera no son hostiles; aunque si tocais un solo pelo de nuestra cabeza, no respondo de lo que sucederá; tal vez ninguno de vosotros salga de aquí con vida. (Había mejicanos en el mismo corredor en que teníamos la conferencia, y muchos también en el patio del hotel.)

—Mis soldados reducirán á cenizas en un momento, vuestro insolente villorio (*hameau*.)

—En los alrededores hay competentes fuerzas mejicanas para atacar vuestras posiciones y en todo caso, no saldríais muy bien librados por entre nuestras montañas y barrancas, donde pagaríais muy caro vuestro capricho, porque es un verdadero capricho, una exigencia imposible de satisfacer, el que en un momento se descubran y pongan en vuestro poder los delincuentes; mientras que nosotros seríamos unos miserables cobardes y criminales, entregandoos para que los ejecutarais, á cualesquiera inocentes ó personas que no fueran los verdaderos autores del delito. Sois un hombre ilustrado y no podeis menos de saber que un proceso no se instruye y termina en unas cuantas horas.....Permitidme por de pronto, calmar á la multitud, manifestándole que estamos á punto de entendernos.

Y como no me dijera ni sí, ni no, aproveché aquellos momentos de indecisión ó perplejidad para inclinarme sobre el balaustrado y rogar á los amigos

que estaban abajo, trataran de llevarse á la gente, no tanto por el peligro que los de la comisi3n corriamos, sino porque amenazaba una hecatombe, pues que los soldados del hotel iban á hacer fuego sobre los que no se retiraran inmediatamente.

El pueblo comenzó á irse por diversas direcciones. El franc3s se calmó. Nosotros nos despedimos bajo la promesa de entregar á los culpables al día siguiente, que creíamos concluiría el proceso; aunque todo quedó en promesa, porque al día siguiente los franceses levantaron su campo.

V.

D. Benito Juárez.

Voy á consignar aquí un rasgo, ó más bien dicho, un hecho histórico muy significativo, concerniente á este personaje que ha sido tan aechado y discutido por todos los partidos políticos de nuestra patria, sin haberse logrado aún, poner en claro su verdadera condición y valía, por las diversas exigencias de la pasión y el pique y despique de tirios y troyanos.

Podría referir además, alguna otra anécdota de diverso caracter, realmente bochornosa y que lo pone en caricatura, que me fué transmitida por quien intervino para salvar á la víctima; si bien, difícil sería decidir qué sea más ignominioso, si el rebajarse á hacer esos rufianescos obsequios, ó el aceptarlos no tanto por incontinencia, sino por ser deferente con los sostenedores á la vez, que explotadores de la sede gestatoria, ya que las bajezas se engendran y corresponden recíprocamente, perdiéndose la libertad de negarse á ejecutar cada vez otras peores.

Por lo demás, las tunantadas de los hombres públicos, pertenecen indudablemente á la historia, porque su vida privada explica y determina su conducta oficial y cívica, sin poderse separar una de otra tan netamente, como si se tratara de dos personalidades distintas. ®

que estaban abajo, trataran de llevarse á la gente, no tanto por el peligro que los de la comisi3n corriamos, sino porque amenazaba una hecatombe, pues que los soldados del hotel iban á hacer fuego sobre los que no se retiraran inmediatamente.

El pueblo comenzó á irse por diversas direcciones. El franc3s se calmó. Nosotros nos despedimos bajo la promesa de entregar á los culpables al día siguiente, que creíamos concluiría el proceso; aunque todo quedó en promesa, porque al día siguiente los franceses levantaron su campo.

V.

D. Benito Juárez.

Voy á consignar aquí un rasgo, ó más bien dicho, un hecho histórico muy significativo, concerniente á este personaje que ha sido tan aechado y discutido por todos los partidos políticos de nuestra patria, sin haberse logrado aún, poner en claro su verdadera condición y valía, por las diversas exigencias de la pasión y el pique y despique de tirios y troyanos.

Podría referir además, alguna otra anécdota de diverso caracter, realmente bochornosa y que lo pone en caricatura, que me fué transmitida por quien intervino para salvar á la víctima; si bien, difícil sería decidir qué sea más ignominioso, si el rebajarse á hacer esos rufianescos obsequios, ó el aceptarlos no tanto por incontinencia, sino por ser deferente con los sostenedores á la vez, que explotadores de la sede gestatoria, ya que las bajezas se engendran y corresponden recíprocamente, perdiéndose la libertad de negarse á ejecutar cada vez otras peores.

Por lo demás, las tunantadas de los hombres públicos, pertenecen indudablemente á la historia, porque su vida privada explica y determina su conducta oficial y cívica, sin poderse separar una de otra tan netamente, como si se tratara de dos personalidades distintas. ®

Me concretaré á referir algo que no le es realmente deshonroso, y que no raras veces acontece, porque lo que se hace y se piensa al pisar los dinteles de la eternidad, es nuestra verdadera convicción, y no aquello que ejecutamos por proporcionarnos los regalos de la vida, por respetos humanos ó por el orgullo de aparecer firmes y consecuentes con nuestras pasadas flaquezas, aunque en conciencia las reconozcamos tales.

El año de 1888, cuando aquí se inauguró el ferrocarril que nos enlazó con el centro de la República, hubo gran entusiasmo por las excursiones en uno y otro sentido, viniendo á visitarnos á Guadalajara, personas que jamás habrían pensado emprender ese viaje en otras circunstancias, de modo que los hoteles y casas de huéspedes estaban llenos, y todos los vecinos nos veíamos obligados á dar hospitalidad á nuestras relaciones, ó á los que estas nos mandaban para que los atendieramos.

Por mi parte, y entre otros, tuve alojado en mi casa, por recomendación de un conterráneo, compañero de estudio y buen amigo, á un Sr. Berson, Dr. en Medicina que era catedrático de la Escuela Preparatoria de la Capital, judío alemán muy perito en su profesión é instruido en lenguas antiguas y modernas, y que, por esto, simpatizamos desde el primer contacto, pues siempre he sido afectísimo á ese ramo de estudios. Conocía el hebreo como se conoce el idioma natal, dando los sonidos diferenciales de letras y sílabas semejantes, como en el *Kamét hatuf* y el *Kamét patach*, y explicaba perfectamente las siete formas del verbo, que no tienen correspondencia en los idiomas de nuestro occidente, &. Prendado

yo de aquel hallazgo y para aprovechar más lecciones, me esforzaba por acompañarlo, proporcionándole la entrada á todas partes y mostrándole como buen Cicerone, cuanto era digno de verse entre nosotros, tartamudeándole alemán, hasta donde me era dable, y pidiéndole las correspondencias hebreas, que él se complacía en trasmitirme, viendo mi afición á la lengua del Talmud, y refiriéndome á cada paso, según venía á cuento, anécdotas de su vida anterior, hablándome de los lugares que había visitado en sus múltiples viajes, y haciéndome la biografía y retrato de los personajes notables que había tratado ó conocido.

El Sr. Berson había sido el médico de confianza á quien comunicaba especialmente D. Benito, sus dolencias y afecciones, recibiendo dócilmente sus recetas y consejos para dominarlas; y por lo mismo, estaba muy al tanto de lo que el gran repúblico padecía y de todas sus costumbres higiénicas y en relación con su salud, el cual, me dijo, que desde algun tiempo antes de su muerte, venía experimentando ciertos achaques que me nombró y describió técnicamente, pero que yo no repito aquí, tanto porque han escapado de mi memoria sus detalles, cuanto por temor de equivocarme y errar en algún punto de importancia, como aconteció de ordinario á los profanos en la ciencia de Hipócrates. Aseguraba que el Presidente había ido decayendo poco á poco y por el proceso común de su enfermedad, hasta llegar á situación alarmante y de verdadera gravedad, en que el mismo Berson le aconsejó pedir la opinión de otros facultativos; pero que ni el círculo de amigos y oficial que le rodeaba, ni él mismo había que-

rido hacer público su estado para evitar dificultades políticas y manejos que pudieran ocasionar trastorno en los planes é intereses de la reinante camarilla, y de la causa que encabezaba.

No fué pues, según Berson, una enfermedad repentina, subitánea é imprevista, la que llevó á D. Benito al sepulcro, aunque aquel opinaba que había sido festinada artificialmente y de propósito la que sufría, y orillada á una violenta crisis, por el miedo que se tenía, en vista de las disposiciones del enfermo, de que diese el escándalo de renegar de su obra y antecedentes, hasta devolver los bienes eclesiásticos que había adquirido, al impartirle los auxilios que con insistencia manifestaba estar dispuesto á recibir, y poniendo en berlina á todos los que se habían aprovechado de esa cucaña ó granjería, ya que el jefe principal desertaba cobardemente de sus filas. Su alcoba y departamento estaba guardado y vigilado constantemente día y noche por los Hermanos del mandil, que le cortaban toda comunicación con el mundo exterior á menos que no fueran de la camada, entre los cuales era conceptuado Berson, por su confesión de israelita, aunque no disfrutando de la plena y absoluta confianza del círculo, á pesar de reputarlo libre-pensador y amigo ó, á lo menos, neutro, por lo cual, era acompañado siempre en sus visitas, por algún otro más caracterizado de la cofradía.

Juárez era liberal, enemigo del clero y afecto á la desamortización, al desafuero y á la exclaustación; pero conservando cierto fondo de cristianismo y de los dogmas más fundamentales de la Religión, como lo hacían los liberales constitucionalistas de su

tiempo, que para sostener la intervención del poder civil en la disciplina eclesiástica, al montar á la tribuna, comenzaban haciendo su profesión de ortodoxia, que pretendían ser compatible con las doctrinas liberales.

Juárez tenía en su casa un sacerdote que era el institutor de sus hijos, había favorecido el cobro de diezmos durante su gobierno en Oajaca y jamás se le oyó contradecir ó burlarse de los misterios del cristianismo, como á los intelectuales de la época presente, porque la impiedad progresa y se desarrolla naturalmente hasta la incredulidad absoluta, ya que tiene que ser consecuente con sus negaciones, de las cuales unas engendran á las otras. El liberalismo de ahora, no es el mis no que el liberalismo de antaño.

La narración pues, de Berson, de que Juárez al morir quiso reconciliarse con la Iglesia y recibir los Sacramentos, así como de que se lo negaron é impidieron los que tenían interés en ello, ocultando con todo empeño y secreto aquella disposición, no sólo es verosímil, sino muy natural y probable, porque es lo que pasa y ha pasado en muchos casos, sobre todo, en personas de cierta instrucción y antecedentes y que no se han depravado por completo en sus costumbres, aunque no todos consiguen bañarse en la piscina de Betsaida, ni mucho menos que el Amo les diga que, sin hacerlo, carguen su lecho y suban al Cielo. Esta versión es tanto más creíble y aceptable, cuanto que el Doctor me la hacía como moñándose indignado de la debilidad del épico campeón de la Reforma mejicana, que no había tenido constancia y energía para sostenerse decentemente en

el sitio á que se habia encumbrado. Para él, Juárez, se habia rodado de su pedestal, como el idolo de Nabuco y perdido todo su mérito, al querer cantar la santa palinodia á última hora, como lo hacen, decia, los hombres vulgares, ignorantes, cobardes y llenos de preocupaciones.

¡Nadie puede penetrar los recónditos secretos de la Providencia! ¡Propondráse mostrar que no siempre se alcanza el perdón cuando se solicita á última hora, habiendo dado pérfido y contagioso ejemplo de rebelde contumacia?... ¿Será para hacer ver dónde está el error y dónde la verdad, por la inconsistencia del uno, y lo avasallante de la otra...?

De cualquier modo, ¡Ojalá que el arrepentimiento del indio guelatense haya sido sincero, y que Dios lo haya acogido al fin, en su santo Reino!

VI.

D. Ramón Corona.

Conoci algo á fondo al Jefe del llamado «Ejército de Occidente,» porque lo traté con alguna intimidad, pues me nombró secretario al pasar por Tepic, en 1866, cuando se vino de Sinaloa para el interior, después de los franceses, para proseguir la campaña contra el Imperio.

Corona era hombre sencillo, sobrio y de buenas costumbres, con regular talento, pero sin más instrucción que la que se adquiría entonces en las escuelas de primeras letras. Si habia mandado sacrificar al Padre Ojeda en Santiago, era porque habíasele arraigado honda prevención contra los sacerdotes, á quienes miraba únicamente como cómplices de Lozada y de sus inmundas fechorías. La felonía del Ceboruco, de que milagrosamente escapó, y la del Dos de Junio, lo predispusieron á represalias sangrientas que no tenían, por cierto, fundada razón ni objeto, ejercidas contra personas inofensivas y muy ajenas á aquellos sucesos; pero era de carácter firme y sosegado, al mismo tiempo que de ánimo esforzado y decidido, lo cual vale más que otras dotes en muchas ocasiones, para inspirar respeto,

adquirir dominio sobre los demás y elevarse en tiempos de revolución y desorden político, como pasó entre nosotros en aquella época.

Si Lozada lo venció en algunos de los encuentros que con él tuvo, fué por la superioridad de los elementos de que dispusiera, pues tenía mayor número de hombres, y lo obedecían como autómatas, entrando y acometiendo ciegamente á donde él les ordenaba. No había que repartirseles prest ni municiones, porque todo lo llevaban consigo, corrían como gamos por barrancos y serranías haciendo jornadas dobles de las ordinarias del soldado, etc.; mientras que los de Corona, aunque eran gente del pueblo y campesinos, estaban menos avesados á aquel duro tratamiento. Lozada y sus capataces se dejaban en calzón blanco al entrar en los combates, para confundirse con los demás indios y correr menos peligro; al paso que Corona y sus oficiales vestían de manera que los exponía á ser cazados señaladamente por los enemigos. Este, con escasos recursos, tenía que mantener á sus fuerzas constantemente sobre las armas, y aquel volvía á sus hogares á los que no empleaba en el momento.

Pero Corona y los suyos metieron en cintura á los franchutes en Sinaloa haciéndoles morder el polvo en Veranos, Ciqueros, Palos Prietos, etc.

Desde Guadalajara, después de la Coronilla, caminábamos de ordinario juntos, con dos ó tres ayudantes á corta distancia, pero separados del resto de las tropas, para no ahogarnos en el polvo que levantaban, las cuales iban repartidas á vanguardia y retaguardia y por senderos laterales, á fin de precavernos de sorpresas y golpes inesperados, y entre-

tanto, conversábamos de todo, haciéndome él multitud de preguntas sobre política, Derecho Público y Militar, historia etc., de que él apenas tenía barruntos ó ignoraba del todo, aceptando humildemente mis respuestas como si fueran lecciones, y á su vez me confiaba sus ideas, sus afectos íntimos y hasta sus aventuras eróticas, pues era muy sentimental y en otras circunstancias habría sido poeta.

Tuve que abandonarlo en Morelia, porque no pude sobreponerme al maltrato de aquel trajín en que á veces pasábamos sin alimentos días enteros, pernociando al aire libre ó bajo una choza de paja en el rigor del invierno, enrollados en un sarape, y por mi parte, ni aun así, porque en las horas en que los demás reposaban, era precisamente cuando se abría la correspondencia, se hacía el acuerdo y se contestaba, librando las órdenes á las tropas y á los gobernadores de los Estados que estaban bajo la dirección del Jefe de Occidente.

Una afección reumática de intenso dolor llegó á privarme casi del movimiento y tuve, aunque contra mi voluntad, que volverme á Guadalajara. No deploro aquel contratiempo, porque he comprendido en eso y en todo lo que me ha pasado en la vida, la acción de la Providencia que rige nuestros destinos á pesar de nosotros, y siempre para nuestro propio bien y en relación con el de los demás. Joaquín Escoto me remplazó, de modo que si mi enfermedad no hubiera sobrevenido, tal vez yo hubiera sido en su lugar el asesor del consejo de guerra que condenó á Maximiliano, que yo habría repugnado ó que lastimaría mi memoria todo el resto de mi existencia.

Sin embargo, Corona y yo seguimos manteniendo nuestras relaciones, y aún conservo algunas de sus cartas en que me participaba con llaneza y confianza las peripercias del sitio de Querétaro; pero después se fué enfriando nuestra amistad, por motivos que aquí no viene al caso referir, principalmente por nuestro distinto modo de ver las cosas de la Religión, si bien él no era un redomado increyente, tanto que en sus últimos años tuvo asomos de verdadera piedad, y si al morir no se reconcilió públicamente por medio de los Sacramentos, fué porqué le pasó lo mismo que á Juárez; un círculo de yerro se formó á su derredor que le impidió la comunicación con quien pudiera consolarlo y absolverlo.

El 20 de Julio de 72, un ayudante del General, después de buscarme en mi alojamiento sin haberme encontrado, se echó á inquirir mi paradero, por toda la ciudad en los lugares que yo solía frecuentar, para comunicarme el llamado urgentísimo de su Jefe. Por fin, logrólo á cosa de las diez de la mañana, y yo me diriji luego á la calle, entonces, de «La Merced», donde estaba instalado.

—Qué pasa, mi General, le dije, tendiéndole la mano.

—Lo necesito urgentemente, compañero, (dábame ese título por agazajo y como muestra de afecto) me contestó, introduciéndome al fondo del gabinete, después de despedir á los que por allí se encontraban y dar dos vueltas á la llave de la puerta de entrada.

—Vea Ud. este telegrama.

Lo consideré algunos momentos sin hallarle nada de extraño ni sorprendente, á no ser porque D. Se-

bastían Lerdo directamente le participaba que, habiendo fallecido el Sr. Juárez, él se había hecho cargo del Ejecutivo Federal, en su calidad de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, y conforme á la Constitucón.

— Está todo en regla, le dije; no podía ser de otra manera. ¿Qué tiene esto de singular?

—¿Qué tiene esto de singular? Que yo no puedo, no quiero reconocer á Lerdo como Presidente, y que es preciso contestar este telegrama, de modo que no me comprometa en ese sentido.

—Pero ¿qué pretexto habrá que poner para resistirse á obedecer á la ley constitucional y á reconocer al gobierno que ella impone?

—No hable Ud. de leyes ni de musarañas. Ud. sabe que en las pasadas elecciones yo he combatido con todas mis fuerzas la candidatura del jesuita, sosteniendo la de D. Benito que era de todo mi gusto. Aliviado estaría si en este remolino de la fortuna, yo me hiciera lerdista en un segundo, facilitándole el modo de anularme y destruirme, como indudablemente lo hará, si yo me pongo en sus manos.

—Pero ¿qué piensa Ud. hacer?

—Que Ud. me redacte una contestación, como Uds. los abogados saben hacerlo maravillosamente, algo ambigua y sin declaración terminante de que lo reconozco ó desconozco, para ir dando tiempo, entretanto, á meditar y confabular lo que debemos hacer. Ya Ud. ideará lo que podremos decir al Gobierno, á la Nación y á los compañeros de pelea para legitimar y justificar la actitud que tenemos. Cuento con el apoyo de cosa de 12000 hombres, aunque sólo tengo unos 4000 bajo mis inmediatas órde-

nes; y si nos ponemos de acuerdo con algunos otros jefes de segunda importancia, le ganamos la mano á Escobedo, que sin duda aspirará á la presidencia, porque no crea Ud. que reconoce á Lerdo, antes de saber mi decisión.

— Mi querido General, va Ud. á volver á la Nación al caos y al abismo de que acaba de salir y á que por su causa se derramen rios de sangre, siendo har-to difícil que Ud. pueda legitimar su anómala posición y hostilidad al Gobierno legal y convencer al público de que la asume con razón y justicia y no por ambición personal. Se le puede venir todo el mundo encima, y concluir Ud. su carrera como un pronunciadillo vulgar de que hay tantos ejemplos en nuestra historia. Por el contrario, si reconoce Ud. á Lerdo, poniéndose á sus órdenes con presteza y galantería, antes que Escobedo y algún otro jefe superior, él se unirá estrechamente con Ud., apoyándose en su nombre y popularidad, y al poco tiempo será Ud. su sucesor; no puede ser de otra manera.

— ¡Oh no lo crea, Licenciado! Ud. no conoce á ese jesuita; me halagará de pronto, y por debajo, cuando ya esté fuerte y cuente con los otros, me hará la guerra y destruirá. Está Ud. seguro que si yo no aprovecho esta coyuntura, cualquier otro jefe secundario y de poco valer la explotará y derrumbará á Lerdo, ocupando el lugar que *nosotros* debiéramos tener. Lerdo no es querido del ejército, y el ejército entre nosotros es quien pone y dispone de la silla presidencial.

Seguimos algún tiempo el mismo tema con diversas variaciones, y habiéndolo hecho titubear en al-

gún punto en que no pudo menos que concederme la razón, se fué quedando callado y pensativo, murmurando de vez en cuando palabras sueltas y entrecortadas, al pasear pausadamente por el aposento, que era su escritorio; y yo, aprovechando aquellos momentos de vacilación, tomé la pluma y escribí una respuesta de reconocimiento y felicitación á D. Sebastián, por su ascenso á la primera magistratura.

— Firme Ud., compañero: esto es lo que pide el honor y la conciencia, que Ud. jamás ha desoído.

— Pero, Licenciado, por Dios! piénselo Ud. bien.

— Estas cosas no se piensan, ni se miden por la conveniencia, Dios ha inspirado á Ud. para llamarme y consultarme, y yo siento que faltaría á mi deber, al papel que la Providencia me imparte en estos solemnes momentos, consintiendo en que Ud. obre de otra manera. Pronto y no vacile Ud., porque el mérito y la oportunidad se perderían.

Maquinalmente firmó Corona aquel recado, que tomándolo de la mesa, estrujaba convulsivamente entre los dedos, de donde se lo arrebaté rápidamente y corrí hacia la salida, torciendo la llave. El me alcanzó cogiéndome el faldón del chaquet, que por poco dejó entre sus manos, pero logré escapar, revolviéndome como para detenerme, con lo que, engañado, me soltó; pero yo me precipité por la escalera de caracol que quedaba en seguida, y no paré hasta llegar al Telégrafo y urgir por la inmediata trasmisión de aquel mensaje.

No tengo más prueba documental de esta ocurrencia, que el original de ese telegrama, escrito de mi

puño, el cual debe obrar en el archivo de esa oficina.....

¡La suerte de la Nación estuvo en mis manos por un momento!

La Providencia se vale de instrumentos insignificantes é ignorados, para realizar sus fines. En efecto, yo erré, pues en vez de Corona, D. Porfirio Díaz derrocó á Lerdo y se ha momificado en una presidencia autocrática, yankipositivista. ¡Quién dijera que yo he tenido la culpa de ese diptongo! ¿Porqué, el uno y no el otro?.....

Solamente Dios puede contestar categóricamente esta interrogación; mientras que nosotros nos perdemos en diversas y encontradas conjeturas y explicaciones.....

Quizás la Señora Romero Rubio entró por algo en los designios del Omnipotente, como lo decía una vez el Señor Arzobispo Labastida, con motivo de cierto conflicto, que ella tomó parte en conjurar.

ERRATAS.

P.	L. Dice	Debe decir
3	21 A ELLA	DOLORES
11	2 ceremonias	procesiones
13	22 Al recuerdo de Booth	Recordando á Macrino y Booth
14	12 al ángel	la diosa
15	2 emponzoña	seduce
17	25 radiante	radiante
18	6 llama	llama;
22	13 fieles	fiéles
76	33 todo mundo	todo el mundo
86	9 cpacios	espacios
126	3 francia	fragancia
157	1 A ELLA	DOLORES
159	1 DOLORES	ENLACE
161	1	DESENLACE
164	15 Fe revelas	Te revelas
168	178	168
232	27 presentado	presentado
183	11 pne si nos	que si nos
186	25 N. debe ser	U. debe ser
193	29 sacarronería	socarronería
204	18 Señorica	Señorita
205	5 salve	salvé
210	33 Un di	Un día
217	15 daado	dado
218	25 lenguje	lenguaje
218	27 ¡Ppr	¡Por

P. L.	Dice	Debe decir
249 12	Si la pieza se pone con música cantan los cuatro á tiempo este cuar (teto)	(Si la pieza se pone con música, cantan los cuatro á un tiempo este cuarteto)
256 33	Zarctecas	Zacatecas
257 22	gabía	había
259 18	esc brosidades	escabrosidades
259 23	pe	de
260 3	sejeto	sujeto
260 22-23	bálsame	bálsamo
264 5	imagi ación	imaginación
265 2	autor	actor
263 3	Alicantino	alicantino
271 6	s enta	sienta
„ 22	al orrarme	atiborrarme
277 32	re ogerlo	recogerlo
283 4 y 5	luego, al rehusar.	luego, que al rehusar
285 10	Indepencia	Independencia
285 17	concurrentes D.	concurrentes. D.
291 9	ningno	ninguno
303 30	tenemos.	tomemos.

INDICE

Prólogo.....	I
Advertencia.....	3

VARIAS.

Un fin de año.....	7
Más Allá.....	12
Bolívar.....	16
Tepic.....	20
Salmo XXXII.....	22
Othelo.....	24
A Inés.....	28
La Mujer.....	30
Dísticos sueltos.....	42

SATIRAS Y EPIGRAMAS.

Ecce Mundus.....	47
El Te.....	60
Cuatro Sonetos.....	62
El Dinero.....	68
A Laura.....	71
En un baile.....	76

EROTICAS.

Una Serenata.....	85
Su Nombre.....	91
Te amo.....	93
En un album.....	95
Tus Ojos.....	96
No.....	08
Mi Destino.....	101
La Hada de la tarde.....	104

INTIMAS.

San Blas.....	107
Conticinio.....	109
Primavera.....	115
Mi Recepción.....	118
Muerte de mi madre.....	121
La Vida.....	125
Sisifo.....	131
Quejas.....	133
Recuerdos.....	135
Angustia.....	139
Confianza.....	143
Deprecación.....	145
Voto.....	147
¡¡Maveth!!.....	151

DÓLORES.

Enlace.....	159
Desenlace.....	151

Su Retrato.....	163
Sobre su tumba.....	167

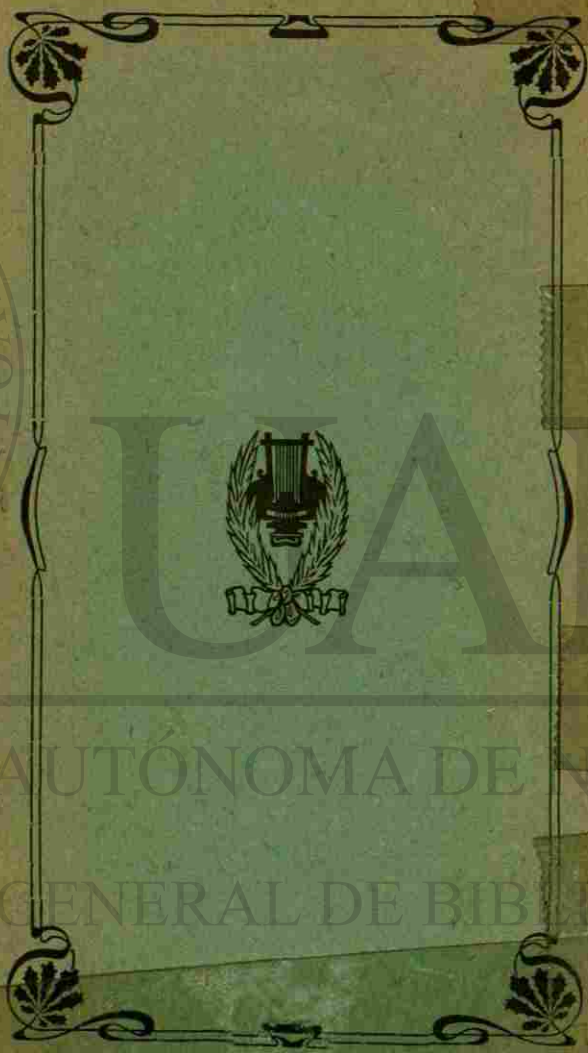
DRAMAS.

Una Carta de recomendación.....	171
Desconfianza.....	207

DE MIS MEMORIAS.

Un Placer.....	253
El Aguate.....	267
Lozada.....	275
La Intervención.....	285
D. Benito Juárez.....	293
D. Ramón Corona.....	299
Erratas.....	307





UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC